



Solo tras vivir  
en la oscuridad  
más aterradora  
se alcanza la luz...

SOPHIE JORDAN

# Hidden

ALMA DE LUZ

## **¡Ya está aquí el impactante final de la trilogía Firelight!**

La huida de Jacinda y Will ha arrastrado a Tamra y a Cassian hasta el cuartel general de los enkros, el misterioso lugar donde acaban los drakis capturados por los cazadores.

Allí está atrapada Miram, la hermana de Cassian, a la que Jacinda desea rescatar antes de emprender una nueva vida. Para ello, no le quedará más remedio que convertirse también en prisionera.

Una vez dentro, en el corazón de las tinieblas, la joven descubrirá qué terribles secretos ocultan los enkros y comprenderá que ni siquiera con la ayuda de Tamra, Cassian y Will hay garantías de sobrevivir en un mundo lleno de enemigos insospechados que resulta cada vez más peligroso.

Intentar escapar es solo el principio de una larga cadena de amenazas y revelaciones sorprendentes...

Sophie Jordan

# **Hidden. Alma de luz**

**Firelight 3**

Título original: *Hidden*

Sophie Jordan, 2012

Traducción: Begoña Hernández Sala

Fotografía de cubierta: Amber Gray

Diseño de cubierta: Sasha Ilingworth

*Para vosotros, fieles lectores.*

*El amor que siento por ti es como un viaje.*





# 1

El aire se queda atrapado en mis pulmones, ardiendo, mientras doy vueltas delante de la furgoneta, asomándome al interior, examinando las profundidades en penumbra. Es muy semejante a otra furgoneta que conocí no hace mucho tiempo, y aunque esta

está vacía, pronto ocuparé su espacio. Yo sola. Me duelen los ojos de mirar tan fijamente la que, dentro de poco, será mi prisión, y parpadeo deprisa. Me recuerdo a mí misma que esto es decisión mía.

—No tienes por qué hacerlo —me dice Will, y me coge la mano y acaricia la parte interna de la muñeca, logrando que mi pulso vuelva a la vida.

De repente, recuerdo cómo respirar. Con él todo es siempre más fácil, más soportable.

Incluso esto.

Asiento con la cabeza, aunque el miedo se retuerce en mi interior como una serpiente. Necesito hacer acopio de todo lo que tengo para liberar la mano y agarrar el borde de la puerta.

—Sí que tengo que hacerlo —replico.

—Podemos buscar otra manera...

—No. Esto funcionará.

Es idea mía, y por supuesto que creo en ella. Los he convencido a todos, rebatiendo sus protestas hasta que han estado de acuerdo los tres, Will, Cassian y Tamra. Ya hemos llegado hasta este punto. Hemos dejado a mi hermana a varios kilómetros de aquí, esperando, escondida hasta que Will y Cassian vuelvan a por ella.

La expresión de Will se tensa y parece mayor, cansado, pero aún dolorosamente hermoso. Pestañeo y deslizo los dedos por su cara, por sus mandíbulas cuadradas con barba de unos días.

—Todo va a ir bien —lo tranquilizo—. Solo tenéis que ceñiros al plan.

—No hagas ninguna estupidez ahí dentro..., no intentes ser una heroín...

Le aprieto los labios con los dedos para que guarde silencio, y disfruto de su textura firme y fresca. Sus ojos se dulcifican, con sus tonos dorados, marrones y verdes, como un bosque en otoño. Algo se despliega en mi pecho, como siempre que Will me mira de ese modo.

Tras respirar hondo, me giro hacia Cassian, algo cohibida por que pueda estar observándonos, pero él contempla la línea de árboles y da patadas al suelo. Aun así, yo puedo sentirlo a través de la conexión mutua que compartimos. Trata de ofrecernos espacio a Will y a mí, aunque percibo cómo se concentra en evitar mirarnos..., sus esfuerzos por ocultar el malestar que serpentea en su interior.

Espero que mire. Puede que incluso desee que lo haga. Toda esta historia del vínculo que compartimos todavía me resulta nueva. Cuando Cassian mira por fin, asiento con la cabeza y él me devuelve el gesto.

Formo un pequeño círculo con un dedo y, en voz lo bastante alta para que quede claro que estoy dirigiéndome a los dos, digo:  
—Ahora, de espaldas.

Una levísima sonrisa curva la boca de Will, pero obedece. Cassian también. Con los dos girados, me desvisto, centrándome en mis movimientos, todos muy pausados, al desatarme las zapatillas, quitarme los vaqueros... Doblo la ropa en un pulcro montón, con un cuidado extraordinario, como si ese acto fuera de la máxima importancia. Supongo que estoy prolongando el

momento.

Me quedo mirando la espalda de Will, el suave algodón gris de su camiseta, tensado sobre sus anchos omóplatos. El aire se desliza por mi cuerpo y el sol me besa la piel. Ahora es cuando se supone que debo subir a la furgoneta y cerrar las puertas. Ahora es cuando nos encaminamos a la guarida del lobo. Donde ellos me dejarán. Me abandonarán... a petición mía. Si las cosas salen mal..., pero no, rechazo la idea diciéndome: «No vayas por ahí».

Sin embargo, la garganta se me contrae igualmente. De repente, agarro a Will por el hombro para obligarlo a girarse y pego mis labios a los suyos, en un beso que sabe mucho a despedida. Se lo doy todo. Pongo nuestros recuerdos en ese beso. Todo lo que hemos vivido. Nuestros días en Chaparral. Su familia —los cazadores— intentando aniquilarme. La pérdida de Miram. Corbin intentando matarlo...

Sus manos rodean mi espalda y yo lo beso hasta que un ardor familiar brota en mi interior y empieza a ascenderme por la tráquea. Con el rostro rojo de calor, me separo.

La mirada de Will desciende y no se le escapa nada antes de volver a subir. Se le hincha el pecho con una profunda inhalación. Las mejillas me arden todavía más, pero no me muevo. Emociones abrasadoras destellan en sus ojos avellana, y sé que tengo que irme. Tengo que irme o no me iré nunca.

Salto a la furgoneta y empiezo a tirar de las puertas, pero entonces la voz de Will me detiene.

—Espera —dice, y yo lo miro—. Tienes que manifestarte —explica él, mostrándome las cuerdas.

—Oh.

¿Cómo he podido olvidarlo? Tenemos que hacerlo bien para que piquen el anzuelo.

Me bajo de la furgoneta y, plantada en el suelo, fuerzo el cambio. Tengo las emociones a flor de piel, pues un fuerte calor y un cosquilleo me recorren todo el cuerpo debido a Will, así que no me cuesta mucho. Me manifiesto rápidamente; mi piel se tensa de golpe y mis alas se liberan con un tenue crujido en el aire.

Will me contempla un momento con evidente admiración. Su mirada me envuelve, y yo me derrito por dentro al ver que todavía puede mirarme apreciativamente bajo mi forma draki, al igual que la primera vez que me vio. Como si yo fuese una preciosidad y no una de las criaturas a las que su familia persigue. Es un estupendo estímulo para mi confianza, ahora que estoy a punto de enfrentarme a los difusos hombres del saco de mi niñez —los enkros—, los tipos que mandan a los cazadores a por los de mi especie. Por fin veré sus caras. Me estremezco con un respingo estrangulado.

Will me ata las muñecas, deprisa pero delicadamente, y después las alas. Evita mi mirada mientras trabaja, como si no soportara hacerme esto. Mientras, siento el cambio de Cassian, que irradia dudas.

Por fin, Will me mira a la cara y me ayuda a volver a la furgoneta, y yo le ofrezco una sonrisa. Se me antoja débil y forzada, así que la borro y me limito a comunicarme con los ojos: «Esto es lo correcto».

Luego me giro, dándole la espalda, para que no pueda verme

más la cara. Para que yo no pueda ver la suya y me eche atrás.

Noto cómo Will espera, cómo duda, al igual que noto las oleadas de punzante inquietud que brotan de Cassian, pero no me vuelvo a mirar. A ninguno de los dos. No puedo. Si lo hago, temo derrumbarme, desmoronarme, temo convertirme en la niña que temblaba bajo las mantas mientras Az susurraba en la oscuridad historias sobre las terroríficas cosas que los enkros les hacían a los drakis que capturaban. Aunque no tenemos forma de saberlo con seguridad, ya que ninguno de esos drakis ha regresado jamás a casa.

Finalmente, Will cierra las puertas del vehículo, encerrándome en su interior, y me doy la vuelta. Durante un momento, pego mis temblorosas manos al frío metal y las dejo ahí, como si de alguna manera pudiera llegar a Will, sentirlo al otro lado. A él, no a Cassian.

Un instante después se cierran las portezuelas delanteras: Cassian y Will ya han montado también. Y luego nos ponemos en marcha. La furgoneta traquetea. Busco un lugar donde acomodarme en el mugriento suelo y me abrazo con fuerza y un nudo en el estómago.

Respirando hondo, espero que la furgoneta se detenga y que empiece lo que tiene que empezar: la batalla que llevo toda la vida aguardando.

El traqueteante recorrido me quita algo de valor. Es todo tan familiar que me cuestiono mi cordura al ofrecerme a pasar de nuevo por esto. La parte trasera del vehículo me resulta claustrofóbica; hay poco aire y escaso espacio para moverse. Y yo

estoy petrificada, como en mis peores pesadillas. Mi mente se centra en eso, se aferra al recuerdo de la última vez que estuve encerrada en una camioneta como esta. La última vez...

Al fin y al cabo, esa es la razón de que esté aquí.

Tomo pequeñas bocanadas de aire, luchando por tranquilizarme y prometiéndome a mí misma que esta vez lo tengo todo bajo control. Sacudo la cabeza para retirarme de la cara mechones de pelo enredado e intento mantener el equilibrio cuando tomamos una curva cerrada.

Para calmar mis nervios, hago una lista mental de las diferencias con la otra vez. Confío en los conductores. Tienen todo mi apoyo. Sé adónde vamos..., he visto nuestro destino. Y en esta ocasión no sufro dolor alguno. Al menos físicamente. Pero estoy sola. Miram no está aquí.

Es por Miram por quien estamos haciendo esto..., es a ella a quien vamos a salvar. Para ser sincera, ella solo es parcialmente la razón de que yo esté aquí. Esto se ha convertido en algo más grande, algo más para mí. Una búsqueda de la verdad. Will lo sabe. No creo que Tamra sea consciente, ni siquiera Cassian, pero Will sabe que se trata de encontrar respuestas. De encontrar a mi padre.

La furgoneta reduce la velocidad y acaba deteniéndose. Yo contengo la respiración y el aire brota de mis labios y mi nariz como si fuera humo. No es algo deliberado. No puedo evitarlo. Yo soy esto: una criatura que exhala fuego. En estos momentos me dominan las emociones, con lo que me resulta especialmente difícil ser ninguna otra cosa.

Miedo. Rabia. Dudas. ¿Estaba engañando a Will al decirle que esto funcionaría? ¿Estaba haciéndome falsas ilusiones? Todo eso se eleva en mi interior en un torrente de carbón y brasas, listos para estallar en llamas y fuego.

Oigo voces fuera de mi caja de lata. Dentro de unos instantes estaré sola entre los enkros, tal como habíamos planeado. Espero, con los músculos tensos y vibrantes bajo mi piel draki. Mis alas empujan las ligaduras. Will ha hecho un buen trabajo. No podría liberarme ni aunque quisiera, pero no quiero. Ese no es el plan. Para mí, el plan es que represente el papel de una cautiva creíble.

Durante un momento pienso en mi hermana, sola en la habitación del motel, esperando a que vuelvan los chicos. Sonreía cuando nos hemos separado, pero la sonrisa no le llegaba a la mirada. No la sentía. Sus ojos del color de la escarcha brillaban húmedos, y yo sé que se habrá derrumbado entre lágrimas en cuanto nos hemos marchado.

Tamra estaba en contra de este plan desde el mismo instante en que yo lo propuse. Incluso después de convencer a Will y Cassian, ella seguía poniendo objeciones. Mientras las cuerdas se me clavan en la piel, cortándome la circulación, aparto los pensamientos de Tamra y mis crecientes preocupaciones. Con determinación renovada, fijo la vista en las puertas traseras de la furgoneta y espero. Hay voces en el aire y creo reconocer el sonido apagado de la de Will. O quizá solo sea que deseo oírlo con toda mi alma...

Cassian está ahí. No necesito oírlo para saberlo. Puedo percibirlo. Mientras espero en la penumbra, la furia de Cassian me

golpea como un puño, rápida y feroz. Ahora debe de estar cara a cara con ellos. Se me escapa un siseo entre los dientes cuando su ira me sume en un frío tan intenso que me hiela hasta el tuétano de los huesos.

Para combatirlo, busco en mi interior lo que sé..., lo que soy. El calor se acumula dentro de mí y asciende abrasadoramente por mi tráquea para guerrear con la furia helada de Cassian.

Se oye un tintineo, y luego el roce de metal contra metal. Miro fijamente hacia delante, observando cómo se abren las puertas.

Entonces la luz inunda mi jaula metálica y yo levanto las manos atadas para protegerme los ojos. Miro a través de los dedos y descubro a Will, que parece relajado y cómodo, sin revelar nada. Al menos exteriormente. Un músculo de su mandíbula se mueve bruscamente, y en él veo su tensión incluso cuando me señala diciendo:

—Aquí tenéis al ejemplar hembra, chicos...

Cassian está unos pasos detrás de él, junto a varios... individuos con bata blanca que me observan con ojos valorativos. Son enkros. Su visión me impacta. No podría haberme preparado para esto.

Cassian, entre ellos. No se me escapa la ironía de la situación. Una ridícula necesidad de reír borbotea en mi garganta.

Me obligo a concentrarme. La furgoneta ha entrado reculando por una especie de puerta de garaje. Un largo corredor blanco mate se extiende ante mí y una única puerta de acero aguarda al final. No hay posibilidad de escapar al mundo exterior ni hacia el

cielo. Aunque no estoy aquí para escapar. Al menos, no todavía.

Uno de los batas blancas se adelanta. Sujeta una larga vara con un lazo en la punta. Antes de que me dé cuenta de qué está haciendo, le echa el lazo a mis manos atadas y lo aprieta de golpe, sacándome de la furgoneta con un rudo tirón. Solo vislumbro los resueltos ojos del hombre, de un azul tan pálido que parecen incoloros, antes de caer al frío suelo.

Aterrizo sobre el hombro con un grito de dolor..., sin que deje de asombrarme lo comunes y corrientes que parecen estos tipos con sus batas blancas. Como si fueran doctores o investigadores, y no la amenaza secreta que ha ensombrecido mi vida durante tanto tiempo.

Me alcanza una nueva oleada de furia de Cassian y me estremezco, intentando quitármela de encima. Resulta debilitante... y hace que me entren ganas de pelear, de dar rienda suelta a lo que soy ante estos enkros.

A Will se le escapa un sonido, algo entre un gruñido y un bufido. Al levantar la vista, mis ojos se encuentran con los suyos. Está flexionando las manos a los costados, conteniéndose a duras penas. Yo muevo levemente la cabeza, esperando transmitirle la idea de que tiene que controlarse.

Él y Cassian deberían irse. Sé que esto los estará matando a ambos, y no puedo arriesgarme a que uno de ellos muestre el menor signo de que les afecta el trato que me están dando.

—¡Arriba! ¡Venga! —exclama el sujeto del lazo, pegando un nuevo tirón, y la cuerda se me clava tan profundamente en las muñecas que estoy segura de que, si no me muevo, podría perder

las manos.

Lo fulmino con la mirada, y me impresiona la falta de pasión de sus ojos azules. En ellos no hay nada, ni siquiera lo que me esperaba. Nada de veneno, nada de maldad. «Porque esto no le afecta —pienso—. Porque cree que está haciendo lo correcto».

La ira de Cassian sigue abriéndose paso hasta mí.

—¡Mírala! —dice entonces otro de los batas blancas, y casi me siento tentada de mirarme a mí misma para saber de qué está hablando.

Entonces, tras una serie de movimientos rápidos y llenos de pánico, me tapan la boca con cinta adhesiva para que no tenga tiempo de reaccionar. Supongo que saben lo que soy y lo que puedo hacer.

El bata blanca da un paso atrás y añade:

—Eso servirá de momento, hasta que sea procesada. Ya no le prenderá fuego a nadie más.

Gruño un poco, aunque me ahogo, y miro a un lado y a otro desesperadamente, buscando a Will: necesito verlo otra vez, solo una vez más antes de que me lleven y me «procesen».

Otro brusco estirón, y me levanto a trompicones. Tiran de mí a toda prisa por el pasillo, dejando atrás a los demás. Las bombillas que lo surcan, enjauladas, emiten una despiadada luz amarilla.

Estoy en marcha. Ya no diviso ni a Will ni a Cassian, pero el miedo y la frustración de este último siguen alcanzándome, y la abrasadora gelidez de esas emociones me embarga.

Miro por encima del hombro para verlos por última vez y

compruebo que Cassian está inmóvil como una estatua, observándome con fijeza. Will está hablando con un bata blanca. Me lanza una breve mirada y luego desvía la vista. Parece insólitamente pálido, y se frota un lado del cuello como si tuviera algo ahí que pudiera borrar.

Entonces llego al final del corredor. Cruzamos la puerta y Will desaparece.

Ahora solo me queda lo que tengo ante mí.

Mis captores y yo bajamos en un ascensor. Todos se mantienen a cierta distancia de mí, pegados a las paredes y con las armas preparadas.

Resulta reconfortante que sigan considerándome peligrosa incluso amordazada. Siento la ausencia de Will y Cassian tan profundamente como la hoja de un cuchillo. Mi corazón anhela a Will por encima de cualquier otra cosa, pero es el vacío de Cassian lo que percibo con mayor intensidad conforme se desvanece su fría rabia. Y no solo pierdo su rabia; también su inquietud, su desazón, su miedo..., sus dudas. Todo eso se evapora como humo en el aire.

Ahora estoy sola con mis sentimientos, aunque al menos ya no tengo que revolver entre ellos, esforzándome por separar los míos y los de Cassian.

Ya no necesito disimular mi temor mientras me conducen a las entrañas del cuartel general. No estoy segura de qué era lo que esperaba..., ¿tal vez mazmorras como las de un castillo? En

cualquier caso, las paredes blancas y los techos brillantemente iluminados no son lo que me imaginaba. El suelo de baldosas es fresco y liso bajo mis pies, pero, aunque habitualmente prefiero el frío, me estremezco. No tiene la frescura del suelo del bosque, tan blando y flexible por la capa de agujas de pino. Este es estéril y duro.

Nos acercamos a una puerta que se abre sola silenciosamente de arriba abajo.

Parpadeo ante el repentino resplandor de la habitación que tengo delante. Cuando mis ojos se acostumbran a la luz, se me forma un nudo en la garganta por la escena que veo.

Hay una larga mesa de observación delante de numerosas celdas. Todas tienen tres paredes sencillas de color blanco y una frontal de plexiglás. Y dentro de cada una hay un draki. De todas las formas, tamaños y colores.

No consigo hacer un recuento completo, pero puede que haya unos diez en total.

Es demasiado para asimilarlo, así que me quedo quieta, incapaz de moverme, y de pronto me pinchan en la espalda con tanta fuerza que doy un traspié. El bata blanca que está ante mí grita y tuerce la boca con un gruñido mientras tira de mis muñecas y me iza un segundo antes de que mis rodillas toquen el suelo. El dolor me atraviesa las articulaciones de los hombros. Las ligaduras de plástico se tensan, cortándome la circulación.

Realmente, para ellos soy un animal, menos que eso... En sus ojos hay una pizca de asco, pero también una sombra de fascinación. Aunque me consideren una bestia, soy lo bastante

parecida a ellos para ponerles los pelos de punta. Si fuera un simple animal, me tratarían con mayor amabilidad y cortesía.

Pero no lo soy.

Para ellos soy una cosa extraña, una especie de fenómeno que ven como una anomalía a pesar de que mis antepasados, los dragones, llevan aquí más tiempo que los hombres.

Mi corazón adopta un ritmo salvaje mientras me empujan al interior de la gran sala. Enseguida reviso todas las celdas, sin fijarme en ningún draki en concreto, pues estoy buscando a Miram.

De repente la encuentro y se me dilatan las aletas de la nariz por la emoción de verla viva. Está ovillada de costado, y su piel tostada y anodina parece apagada, no tan vibrante como la de sus vecinos. Tiene los ojos cerrados y el pelo le cuelga hasta el suelo, lacio y sin gracia, como trigo seco.

La llamo a gritos en nuestra lengua draki. A pesar de la cinta adhesiva que me tapa la boca, hago mucho ruido y varios drakis alzan la cabeza en mi dirección.

Pero Miram no reacciona, ni siquiera entreabre los ojos, así que vuelvo a gritar contra la mordaza, repitiendo su nombre una y otra vez.

De pronto ella abre los ojos: ¡creo que me ha oído! Mira un momento en mi dirección y luego ya no, luego cierra los ojos de nuevo y a mí se me cae el alma a los pies. Es como si no le importase. O a lo mejor no puede procesar que soy yo; a lo mejor la han drogado. Quién sabe qué le han hecho...

Después ya no puedo verla más porque me conducen a una

celda vacía. El panel de plexiglás se abre y me meten dentro de un empujón. Me siguen varios batas blancas y me pinchan con una nueva vara que me suelta una descarga eléctrica.

Caigo al suelo como un peso muerto, con un grito ahogado. Los hombres trabajan deprisa para desatarme las alas y las muñecas mientras me estremezco en el frío suelo, capaz de ver y sentir pero no de controlar mis movimientos. En resumen: he caído en el infierno. Me dejan la cinta adhesiva en la boca, aunque me faltan fuerzas para arrancármela.

Poco después todos salen de la celda menos uno, que se queda mirándome con ligero interés. El pulso me golpetea contra el cuello mientras soporto su escrutinio, consciente de que él puede hacerme cualquier cosa y yo no puedo levantar un dedo para defenderme.

El tipo se inclina y me acaricia un brazo lentamente, con un movimiento que me revuelve el estómago. Una bilis abrasadora me sube a la garganta y justo entonces otro bata blanca aparece detrás de él.

—Vamos, Lewis.

Este sacude la cabeza, pensativo.

—Desde luego, esta tiene una bonita piel —afirma, y me observa con fría curiosidad.

—Sí, y lanza fuego, de modo que yo en tu lugar saldría de ahí. Primero debemos examinarla como es debido para averiguar cómo lidiar con esta dragona en particular. ¿Recuerdas las historias de los últimos cazadores que capturaron un ejemplar de piroexhalador?

—¿Crees que este ejemplar es el mismo?

—Ni idea, pero da igual. La cuestión es que aquel escapó. No subestimes a esta. Venga, vamos —añade el bata blanca de los consejos justo antes de marcharse.

Lewis sigue mirándome con la cabeza ladeada.

—Ya... Pero ahora no puedes hacer nada, ¿verdad? Eres inofensiva. —Su mano se desliza por mi vientre, sin prisa, antes de que sus dedos me pellizquen, retorciéndome la piel con veloz ferocidad—. ¿Cómo sienta estar indefensa? Ahora estás a nuestra merced. No hay escapatoria. ¿Entendido? —Tras un largo instante, asiente satisfecho y me suelta—. Nos vemos luego.

Da varios pasos atrás hasta que se cierra el panel de plexiglás, interponiéndose entre nosotros.

Una vez sola, me quedo quieta y aprieto los temblorosos labios. Es lo único que puedo hacer para no gritar.



2

**M**e quedo tendida en el suelo, temblando, con el estómago palpitando de dolor donde ese cerdo me ha pellizcado. El efecto de la descarga eléctrica empieza a abandonar mis extremidades, y me abrazo las rodillas contra el pecho, mirando

vagamente a los enkros que van y vienen fuera de mi celda. ¿Es esto lo que le ocurrió a mi padre? ¿Estuvo él aquí? No he tenido tiempo de ver demasiado antes de que me metieran aquí. ¿Si gritara «¡Magnus!», él me respondería?

Las espectrales figuras ataviadas de blanco se mueven de un lado a otro, ocupadas en sus tareas. Pasan minutos antes de que me sienta preparada para moverme de nuevo. Estirándome, me apoyo en las palmas de las manos, con los músculos temblando por el esfuerzo.

Capto una voz: un draki susurra quedamente desde algún lugar a mi derecha. Aguzo el oído por encima del leve tecleo de los ordenadores y el zumbido de voces humanas en la mesa de observación. Allí están sentados dos enkros que de vez en cuando levantan la vista. En ocasiones me miran a mí; en ocasiones, a las otras celdas. Seguro que siempre hay alguien sentado ahí, observando, estudiándonos, a la busca de cualquier cosa que se les escape a las cámaras de los rincones. Odio esto; odio no poder hacer ni un movimiento sin que pase inadvertido.

Empiezo a encajar las palabras que me llegan a través de las paredes.

—Quieroiracasaquieroiracasaquieroiracasaporfavor...

Es una draki, y no puedo evitar preguntarme si no estará un poco loca. Quién sabe cuánto tiempo llevará aquí, cuánto tiempo llevarán prisioneros los demás.

Me estremezco, y enseguida me recuerdo a mí misma que solo tengo que sobrevivir un día más. Veinticuatro horas, y Will y Cassian vendrán a por mí. El recordatorio funciona, pues me

devuelve a mi propósito.

Me pongo en pie, haciendo caso omiso de los ojos que me observan, de las cámaras que registran todos mis movimientos. Agarro el borde de la cinta adhesiva que me tapa la boca y me la arranco con un tirón abrasador. Hago una mueca, y tomo aire a través de los doloridos labios.

—¡Miram! —exclamo. La voz me sale ronca al principio, y luego más firme, mientras golpeo el cristal con las palmas de las manos. Los enkros me miran pero yo no me inmuta, pues sé que no pueden entenderme—. ¡Miram, soy yo, Jacinda! No te preocupes, Miram. He venido a rescatarte.

Sin embargo, no hay respuesta, nada. Solo se oye el interminable mantra que la chica de al lado murmura entre dientes. Me paro para gritarle que se calle antes de seguir llamando a Miram.

—Miram, ¿puedes oírme? Por favor, dime algo. Me ha enviado Cassian. Él también está aquí, fuera, justo al otro lado. ¡Hemos venido a por ti!

Nada. Yo pensaba que la mención de su hermano la motivaría. Por eso he entrado en este sitio. Aparte de para que Cassian me localice a través de nuestra conexión, estoy aquí para avisar a Miram..., para prepararla para la huida.

Con esos urgentes pensamientos en la cabeza, insisto. Tengo que intentarlo.

—¡Miram! —chillo—. No tienes que contestarme, pero debes estar lista. Vamos a sacarte de aquí. Vamos a escapar en menos de veinticuatro horas. Estate preparada.

En la celda de mi izquierda brota una risa. Risa draki. Los batas blancas presentes parecen fascinados por los guturales estallidos y se sumen en una frenética actividad, documentándolos. Probablemente no han oído muchas risas entre estas paredes...

El sonido es chirriante, y pego las palmas a la pared que comparto con el risueño draki y le pregunto con un resoplido:

—¿Qué te parece tan gracioso? —Las carcajadas continúan y me tapo los oídos—. ¡Ya basta! —exclamo, y de pronto la risa cesa.

Levanto las manos. Durante un momento, creo que no voy a obtener una respuesta. Luego, de repente, el tono gutural de un draki macho araña el aire:

—Lo que me parece tremendamente gracioso es que creas que vas a salir viva de aquí.

Ante esas palabras, mi valor flaquea, aunque consigo recuperarlo y pregunto a través de la pared:

—¿Y qué? ¿Acaso tú no tienes esperanzas? ¿Te has dado por vencido? ¿Has aceptado tu suerte?

—No, no me he dado por vencido —responde con aire indignado. Es mucho mejor que la draki del otro lado, que parece medio loca con sus incesantes susurros—. Solo intento seguir cuerdo y vivo en este lugar. La amiga a la que llamas..., ¿Miram?, se rindió hace tiempo.

—¿Y tú te conformas con pasar el resto de tus días en este antro?

—Es una forma de vivir.

—Difícilmente. Vamos a escaparnos de aquí —aseguro—. Ya verás.

Las ásperas carcajadas vuelven.

—Bien, si eso sucede, me tendréis pegado a vuestros talones.

Me dejo caer al frío suelo para descansar las piernas, que noto tan inconsistentes como la gelatina, y observo todo lo que puedo ver de la sala que hay al otro lado del panel de plexiglás: la larga mesa, varias cámaras situadas en todos los rincones... Los pocos enkros que hay hablan en voz baja. Parecen estar decidiendo alguna cosa. Uno mira su reloj y señala la hilera de celdas. Otro me observa directamente y niega con la cabeza; es obvio que no está de acuerdo en algo.

Yo me inclino a un lado hasta que mi hombro toca el plexiglás. Intento descifrar sus voces apagadas, convencida de que, sea lo que sea lo que estén discutiendo, tiene que ver conmigo. Necesito estar preparada.

Llegan más enkros, y los que están tras la mesa de observación prácticamente hacen una reverencia servil al verlos.

Estoy asimilándolo todo cuando habla otra draki; su voz me llega desde un par de celdas más allá:

—Si ellos no te dan, te dará el gris.

«Parece una niña», pienso, ladeando la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Si los enkros no acaban contigo, entonces lo hará él —contesta, pronunciando «él» como si yo debiera comprender lo que significa—. El gris.

—¿Quién es «el gris»?

—Es malvado. Lleva aquí más tiempo que ninguno de nosotros —me explica, sorbiéndose la nariz—. Probablemente por eso es tan desagradable. Mantente lejos de él.

—¿Qué es?

Nunca había oído hablar de un draki gris. Debe de poseer un talento que desconozco. En vez de miedo, siento un escalofrío de emoción: conocer a otro draki, descubrir a un draki que ni siquiera sabía que existiese... No es algo que hubiera pensado al venir aquí, la verdad. Me consumían otras ideas...

—Será mejor que no lo averigües. Aléjate de su camino. Escóndete.

Estoy a punto de preguntar cuándo se supone que podría encontrarme con ese draki —al fin y al cabo nos tienen encerrados en estas celdas—, cuando empieza a sonar una sirena y una luz roja e intermitente inunda la sala.

—¿Qué ocurre? —pregunto, mirando a mi alrededor con nerviosismo.

Incluso desde mi celda oigo cómo los drakis se ponen en pie. Distraídamente, pienso si Miram también se habrá levantado o seguirá siendo un bulto en el suelo de su celda.

—¡Preparaos! —ordena el draki que ha hablado antes conmigo.

¿Que nos preparemos? ¿Para qué?

Aun así, los músculos se tensan bajo mi piel. De pronto, la pared del fondo de mi celda se abre. En realidad no es una pared. Se hunde en el suelo como la ventanilla de un coche, dejando a la vista un frondoso mundo lleno de vegetación.

Suenan varias ráfagas de aire cuando los otros drakis echan a volar y desaparecen en la espesa vegetación. Desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, como fantasmas en el aire, perdidos en un follaje rebosante de vida, demasiado deprisa para que los identifique o distinga si Miram se encuentra entre ellos.

Doy un paso adelante cuidadosamente, no muy segura de qué puedo esperar. En cuanto traspaso el umbral de mi celda, esta se cierra a mis espaldas. Ya no hay vuelta atrás.

Suelto el aire despacio, flexionando mis pies descalzos sobre el suelo. Estoy sola. No hay ningún otro draki a la vista, ni siquiera la Miram ovillada inserviblemente. Pero yo sé que están ahí, en esta extensa simulación de un bosque.

¿Qué están haciendo los enkros? ¿Qué esperan conseguir? Miro a mi alrededor, inspeccionando la espesura de árboles, y entonces las descubro. Cámaras. Por todas partes. En lo alto de un árbol, entre las hojas, en el nudo de un tronco... Dudo que haya un palmo de este bosque falso que no puedan ver.

Eso hace que me pregunte qué están esperando grabar. ¿Cómo interactuamos? Porque, por lo que observo, no hay nadie interactuando. Todos están... escondidos.

Al caer en eso, todo en mi interior se queda agarrotado y recuerdo la advertencia sobre el draki gris.

«Mantente lejos de él»...

«Aléjate de su camino»...

«Escóndete»...

Justo lo que están haciendo los demás drakis ahora. Todos excepto yo. De pronto sé que no debería estar plantada en un

espacio abierto. Demasiado tarde, un gruñido retumba en el frío aire y al cabo de un segundo me invade una certeza.

No estoy sola.

Es gris, exactamente como lo ha descrito la joven draki. De un gris pizarra como acero líquido, y posiblemente el draki más grande que he visto jamás. Es mucho más alto que los ónix de mi manada. Resulta evidente que es fuerte, y quizá también rápido. Sus alas son correosas, de un color ceniciento, y arponean el aire por encima de sus enormes hombros. No creo que sea viejo, pero, sin embargo, hay algo en sus ojos... Esa mirada de peltre contiene una amenaza tan salvaje y malvada que parece ancestral.

De pronto, desearía haber hecho más preguntas, haber pedido más respuestas a la joven draki cuando estaba dándome consejos.

—Hola —digo, manteniéndome inmóvil, sin saber qué hacer.

Mis dedos tamborilean sobre mis muslos con agitación. Nunca había estado cara a cara con un draki que no perteneciera a mi manada. Históricamente, las manadas son tribus rebeldes y enfrentadas. Eso es lo que nos llevó a la última Gran Guerra.

Los antiguos textos recogen las crónicas de varios cientos de manadas, demasiadas para saberlo con certeza. Nos han hablado de ellas en la escuela. Yo incluso he leído parte de la historia en los tomos que custodia Taya, nuestra bibliotecaria, fascinada por la época anterior a las guerras, cuando las manadas estaban unidas como una gran nación.

Mientras lo miro sin parpadear, me digo que no debería

impresionarme conocer a un draki nuevo. Siempre he sabido que estaban ahí fuera.

Pero este supone un reto. Todas las fibras de mi cuerpo laten con el instinto de luchar, de defenderme. Es la misma reacción que he experimentado cuando me perseguían los cazadores, pero nunca habría pensado que me sentiría así cerca de otro draki. De algún modo, se me antoja un sacrilegio. Al fin y al cabo, somos iguales.

Oh, bueno, están los elementos perturbadores como Miram, e incluso los que hacen que me sienta intimidada como Severin y Corbin. Pero al verme delante de este draki... Este es diferente.

Ahora, en este mismo momento, tengo la impresión de que mi próximo movimiento podría significar la vida o la muerte para mí.

Él no responde a mi saludo. Por la garganta me suben ceniza y carbón, y los músculos se me tensan todavía más, listos para entrar en acción.

Frente a él, recuerdo una película carcelaria que vi hace mucho tiempo y que guardo en lo más profundo de mi memoria. Es una extraña sensación de *déjà-vu*. Como si me hubiera metido en esa película. Yo soy la nueva reclusa, plantada en el patio, cuadrándome ante el matón oficial.

Intento recordar qué hacía el recién llegado para sobrevivir, porque, por supuesto, él es el héroe que consigue llegar al final. Justo lo que yo pretendo. Por lo menos, a las próximas veinticuatro horas, hasta que mis amigos nos saquen de aquí.

—No quiero problemas —digo.

El draki emite un extraño sonido, un golpeteo gutural que

jamás había oído en ningún otro congénere, y me pregunto si será una especie de grito de guerra. Mientras lo observo, su piel escamosa parece ondularse y temblar.

—¿Q-Qué estás haciendo? —le pregunto, sabiendo que podría ser cualquier cosa.

Ignoro qué poder poseo. Sea cual sea, basta para que todos los demás drakis se escondan.

Doy un paso atrás en el húmedo suelo, con los ojos clavados en él, temerosa de desviar la vista.

De repente, sus escamas se levantan. Todos los centímetros de su piel quedan cubiertos de afilados discos, perpendiculares a su enorme cuerpo. Relucen como cuchillas, y sé que un simple roce contra él me rebanará de arriba abajo.

Siento un gran peso en el estómago. Con un destello de claridad, comprendo por qué los otros han huido en cuanto se han abierto las puertas.

Maldiciendo entre dientes, giro sobre mis talones y despego del suelo con un movimiento fluido; he llegado a la conclusión de que los otros han tenido una buena idea. Debo alejarme de este draki. Deprisa.

Al instante, me pierdo en el rugido del viento aleteando entre la maraña de árboles, aunque lo oigo detrás de mí, avanzando ruidosamente. Yo soy rápida, pero él también lo es.

—Vete, vete, vete, vete —resuello en un mantra interminable.

La idea de que me atrape, de que incruste su cuerpo de cuchillas contra el mío, me llena de un pavor tan intenso que el

fuego brota en mis pulmones y me sube a la boca. Y sé que no tengo elección. Debo defenderme.

Me detengo en medio del aire y me giro. Mis alas son como velas que baten tras de mí..., pero no son nada parecido al sonido desgarrador que atraviesa el aire, creando veloces ráfagas de viento que arrancan las hojas de los árboles.

Cuando él viene hacia mí, incremento y reúno todo el calor de mi interior, consciente de que no bastará con un chorrillo de vapor de advertencia. Para él, necesito fuego, llamas asesinas.

Cuando se aproxima —su rostro está tan cerca que puedo ver las duras y despiadadas líneas de sus facciones, el protuberante puente de la nariz y las narinas dilatadas—, libero el tremendo y ardiente calor de mis entrañas, que surge en una vorágine de llamas furiosas y crepitantes.

Él desciende a un lado y pasa por debajo de mí, esquivando por los pelos el grueso del fuego.

Yo doy media vuelta, mirando hacia abajo, y lo veo volver derecho hacia mí. El fulgor de sus ojos me dice que no se siente intimidado por mi talento. Si acaso, le satisface.

Creo que eso es lo que más me espeluzna. ¿No le aterra el fuego? ¿Quiere que lo quemé? ¿Desea morir?

Consciente de que ignoro cómo va a reaccionar este draki, desciendo para volar cerca del suelo, mirando hacia atrás. Y, sí, él está a mi espalda de nuevo, persiguiéndome implacablemente. En esta ocasión no me paro y lanzo fuego por encima del hombro.

Él zigzaguea a mi estela, decidido a atraparme. Es como si en su interior no hubiera nada más que lo salvaje, el dragón de la

antigüedad, sin una pizca de humanidad. Quiere aniquilarme.

Aprieto los dientes con fuerza y vuelo más deprisa.

Mis pensamientos van a toda velocidad. Sé lo que tengo que hacer. Desciendo hasta aterrizar y luego me tumbo de espaldas a esperar, acumulando fuego en mi interior, con la blanda y suave hierba debajo de mí, mientras miro al draki que se acerca. Me brota humo de la nariz y su mirada sigue el humo antes de clavarse en mis ojos. Hay satisfacción en ese peltre reluciente..., y me asalta la repentina sospecha de que su satisfacción no se debe a que esté convencido de que va a matarme. «No. Quiere que yo gane», pienso. Quiere que lo venza para poder librarse de este sitio.

Justo cuando está a punto de alcanzarme, nos vemos rodeados.

Los enkros invaden el bosque simulado. Son una docena, ataviados de los pies a la cabeza con trajes blancos que los asemejan a astronautas. A mí me agarran por los brazos y me sacan a rastras. Yo me retuerzo..., es instintivo hacerlo, incluso aunque me estén rescatando de una especie de draki obsesivo. O rescatándolo a él de mí. No estoy segura de cuál es el caso.

—¿Qué estáis haciendo? —les grito—. ¿No es esto lo que queríais? ¿No queréis que nos matemos entre nosotros? ¡Vamos! ¡Vamos!

Maldigo entre sus brazos, lanzando un fuego inofensivo, pues rebota en sus trajes ignífugos.

Varios rodean al draki gris. Ni siquiera con sus trajes le ponen la mano encima, y supongo que es porque desgarraría el material especial de su equipo de protección.

Lo agujijonean con un palo puntiagudo..., y entonces me doy cuenta de que no es un palo: es una vara eléctrica como la que han usado conmigo. En cualquier caso, parece que tiene poco efecto sobre él. ¿Será porque no penetra en su piel? O tal vez él sea demasiado fuerte para que le afecte...

Y, de pronto, desde mi interior brota algo increíble pero igualmente verdadero: lástima.

El draki gris gruñe y rezonga, aullando cuando lo pinchan repetidamente, pero no se derrumba. Le dan descargas una y otra vez, y él no se inmuta.

Cielo santo, ¿qué es?

Luego estoy de vuelta en mi celda, cuya pared se cierra aprisionándome de nuevo. Me quedo sola, temblando con grandes resoplidos humeantes.

Y ya no puedo ver nada más.



### 3

—¡Eh, Jacinda! —El fuerte susurro atraviesa la niebla de mis pensamientos. Se trata de la joven draki que ha hablado antes conmigo—. ¿Te encuentras bien?  
Tumbada de costado en el suelo, todavía aturdida por haber

rozado la muerte, abro un ojo. La lucha con el draki kamikaze me ha dejado debilitada, por dentro y por fuera. Físicamente consumida. Mentalmente exhausta. Y ni siquiera llevo una hora aquí. ¿O sí? El tiempo pasa con una lentitud agónica.

Me incorporo despacio, frotándome la cara.

—Sí. Estoy bien. ¿Cómo te llamas? —le pregunto, pues supongo que ya es hora de saberlo.

—Me llamo Lia. —Incluso a través de las paredes percibo su juventud e inocencia—. Es la primera vez que conozco a un ejemplar de draki piroexhalador.

Yo no me molesto en señalar que, en realidad, no nos hemos conocido.

—Ah, ¿sí? ¿Qué clase de draki eres tú?

—Soy una draki acuática. Desde hace unos seis meses.

«Una draki acuática como Az», pienso, y noto una punzada en el corazón al acordarme de mi amiga. Me digo que esto no es el final, aunque en tan corto espacio de tiempo, este mundo, en mi papel como prisionera, me ha consumido. Parece que llevara días encerrada aquí. ¿Cómo será para los que llevan atrapados mucho más tiempo? Recuerdo al draki gris..., el anhelo de muerte de sus ojos, y supongo que puedo imaginármelo. Entonces asimilo las últimas palabras de Lia. ¿Seis meses?

—¿Qué edad tienes? —le pregunto.

—Doce años.

¡Doce! No es más que una niña.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Hace ya un par de meses. —Lo dice con tanta naturalidad

que me estremezco. De pronto las paredes me parecen más próximas, aumentando mi sensación de claustrofobia, y me froto las sienes con fuerza, angustiada—. Perdona que no te haya avisado mejor sobre el gris...

Yo niego con la cabeza antes de recordar que no puede verme a través de las paredes de la celda.

—Lo has intentado. No ha habido mucho tiempo para explicaciones.

—Nunca lo hay.

—¿Qué quieres decir?

—Lo primero que hacen cuando capturan a un draki es lanzarnos a todos juntos al bosque. Ahí es donde lo tienen a él. — Ahora ya sé a quién se refiere—. Quieren ver cómo actúan los drakis nuevos entre la población de aquí. Bueno, básicamente quieren ver cómo reaccionan los drakis nuevos ante el gris. Ya sabes, si tenemos un buen talento o no...

—¿Qué es él? ¿De dónde procede?

—No es como ninguno de nosotros.

—Sí, ya me lo había imaginado, teniendo en cuenta su primer impulso de aniquilar a los de su propia especie.

El draki del otro lado se une a la conversación:

—Es viejo. Tiene más años que todos nosotros.

—A mí no me ha parecido tan viejo —comento.

—Yo apuesto a que es el más viejo de todos los drakis vivos.

Es más dragón que humano.

Yo frunzo el entrecejo y pregunto:

—¿Cómo sabes eso?

—Roc lo sabe todo —declara Lia—. Es realmente listo.

—Solo es una teoría —contesta Roc—. Conforme pasa el tiempo, nosotros nos volvemos más y más humanos. Supongo que antes nos parecíamos más a él..., parecíamos más dragones. Él es lo que éramos. —Hace una pausa, y casi puedo verlo encogiéndose de hombros al otro lado de la pared—. Es lo que éramos hace, quizá, unos dos mil años, antes de que la civilización se impusiera. Primitivos. Salvajes.

Yo me muerdo el labio. Puede ser... Pero también me pregunto si el draki gris no será sanguinario como resultado de lo que le han hecho los enkros. A lo mejor ha enloquecido al vivir en cautividad. Incluso ahora noto los nervios crispados.

Trago saliva y sacudo la cabeza. No estoy aquí para resolver el enigma del draki gris. Estoy aquí para rescatar a Miram y, si es posible, echar abajo todo este tinglado. Acabar con estos enkros que quizá hayan tenido que ver con la desaparición de mi padre. Incluso aunque no haya sido así, hay que detenerlos.

El silencio se cierne sobre mí, y sé que todos estamos rumiando nuestros propios pensamientos. En algún sitio distante, al final de la hilera de celdas, oigo una voz murmurando en lengua draki. Los enkros que hay en torno a la mesa de observación hablan en un tono bajo y monótono. Uno de ellos repara en que estoy mirándolo y yo aparto la vista, incapaz de sostenerle la mirada, como si él pudiera ver dentro de mí, escrutar mis secretos.

Impaciente, me paseo por el estrecho espacio preguntándome cuánto tiempo habrá transcurrido desde que estoy en esta celda. Ya me parece demasiado. Yo no estoy hecha para esto..., para

estar encerrada. Desde luego, nadie lo está, pero yo me siento especialmente nerviosa. Como si fuera a arrancarme el pelo si no escapo pronto de esta caja.

—¡Miram! —la llamo al cabo de unos momentos, decidida a intentarlo de nuevo—. ¿Estás aquí? —Por supuesto que está aquí. ¿Adónde iba a ir?—. Sé que estás aquí. Y sé que estás enfadada conmigo.

Aparte de nuestra misión para rescatarla, en cierto modo se ha vuelto importante arreglar las cosas con ella. Desde mi enlace con Cassian, mis sentimientos hacia Miram no son tan... duros. Estoy segura de que sentir las emociones de Cassian, el amor y el afecto que siente por su hermana, me ha influido.

—¿Enfadada? —La familiar voz por fin rasga el aire—. ¿Y por qué tendría que estar enfadada? ¡Tú solo conseguiste que unos cazadores me atraparan y me metieran aquí!

Respiro hondo y reprimo las ganas de decirle que la culpa es tan suya como mía. Para empezar, ¡ella no debería haber estado siguiéndome y espiándome! Pero no he venido a discutir con Miram. Tengo que conseguir que entienda eso, que vea que somos aliadas.

—Tu hermano está aquí, Miram.

Hay una larga pausa antes de que ella pregunte:

—¿Cassian?

—Sí.

—¿Y ha venido a por mí?

—Sí. Todos hemos venido a por ti. Tamra también. Yo he dejado que me cazaran para que Cassian pueda localizarnos

cuando entren aquí. —Trago saliva—. Ahora él y yo estamos unidos. Él sabrá exactamente dónde me encuentro. Vamos a sacarte de aquí.

No menciono a Will. Teniendo en cuenta que Miram no quiso huir conmigo la última vez porque Will me acompañaba, creo que lo mejor es no nombrarlo de momento.

Todos los drakis que me rodean guardan silencio, y sé que Miram no es la única que está escuchando. Todos están asimilando mis palabras tanto como ella. En su lugar, yo estaría haciendo lo mismo..., mis pensamientos irían a toda prisa, como si así pudiera liberarme también.

—¡Escuchadme todos! —exclamo—. Vamos a salir de este lugar.

—¡Oh, gracias! —chilla Lia, emocionada.

—Ya veremos —se limita a mascullar Roc, pero yo capto un leve deje de esperanza en su voz.

—¿Qué tengo que hacer para ayudar? —me pregunta Miram.

Mis hombros se relajan de alivio ante sus palabras: va a colaborar.

—Estate preparada —le respondo—. Haz lo mismo que yo, pase lo que pase. —«Incluso cuando veas a Will», añadido mentalmente—. No puede ser como la última vez. No te dejes llevar por el pánico...

—Estaré preparada.

Noto cierto enfado en su voz, y supongo que es normal. Puede que incluso sea bueno; un poco de rabia es saludable. Quizá hasta le dé valor cuando llegue el momento de actuar.

Me deslizo hasta el suelo con la espalda pegada a la pared e inmediatamente la draki de la cantinela enloquecedora empieza otra vez. Por lo visto, ni se ha enterado de mi promesa de escapar de aquí. Pronuncia las palabras tan juntas y tan deprisa que ni siquiera logro distinguirlas. Me tapo las orejas con fuerza, intentando bloquear su estridente voz, pero resulta imposible.

Roc le pega un grito y yo doy un salto, aunque la draki no para; si acaso, eleva el volumen. Otro sonido se une a la cacofonía: el de alguien aporreando las paredes. Suena casi como un cuerpo chocando contra una celda. Los golpes producen una vibración en el suelo que me sube por las piernas.

Entierro la cara entre las manos, convencida de que acabo de aterrizar en un manicomio. Solo un día. Solo un día.

El tiempo no avanza lo bastante deprisa.



## 4

Se me nubla la visión de quedarme mirando demasiado tiempo al otro lado del plexiglás. Parpadeo, con los ojos doloridos, y aparto la vista, intentando centrarme de nuevo en mis pensamientos. Lo intento con todas mis fuerzas, pero es

imposible. La adrenalina ha desaparecido y me siento casi enferma, agotada y con una espantosa falta de energía. Un dolor sordo me late en la parte trasera de la cabeza y me atormenta como si hubiera una bestia royendo un hueso dentro de mí. Me froto la base del cráneo. No puedo encontrarme a mí misma en medio del vertiginoso zumbido de mis pensamientos. Toda mi confianza me evita. Sí, tenemos un plan, pero ¿y si no funciona? ¿Y si Will, Cassian y Tamra intentan rescatarnos y fracasan? ¿Y si me quedo metida aquí, encerrada en una celda para siempre? El pánico me atenaza la garganta.

«Cassian». Mi mente susurra su nombre, buscándolo, tratando de alcanzarlo. ¿Podrá sentirme? ¿Oírme?

«Cassian, no sé cuánto tiempo podré soportar esto». Pienso las palabras, las formo en mi cabeza como si estuviera hablando con él, como si él estuviera aquí, dentro de mí.

Por primera vez, necesito que el vínculo que hay entre nosotros funcione. Él es mi única conexión con el exterior, con la vida que brota lejos de aquí..., con Will.

Un bata blanca pasa de largo y luego retrocede, deteniéndose delante de mi celda de forma tan repentina que me impulsa a echarme atrás.

Lleva una tablilla con sujetapapeles en una mano y un sándwich en la otra; por todos los lados del pan sobresale abundante lechuga. El tipo me observa con curiosa fascinación..., como si yo, de pronto, pudiera hacer algo interesante. O a lo mejor ya lo estoy haciendo...

Da unos golpecitos con el dedo en el plexiglás, pringando la

superficie con un reguero de mostaza.

—Hola —me dice con tono arrullador, como si yo fuera una mascota a la que hay que domesticar—. Pero ¡qué chica tan guapa eres...!

Yo ladeo la cabeza. Mi pecho se dilata, llenándose de calor. Me sale humo por la nariz mientras lo miro y él se ríe entre dientes.

Otro bata blanca se coloca a su lado y le dice:

—Esta tiene algo especial. ¿Crees que llegaremos a abrirla? Sería interesante ver cómo le funcionan los pulmones y las vías respiratorias.

—Imagino que al final lo haremos —responde el primero. Da un mordisco a su sándwich y sigue hablando con la boca llena—: Después de llevar a cabo todos los exámenes... Nunca habíamos tenido un ejemplar como ella. El doctor querrá echar un vistazo a su interior.

Yo me levanto. Sus rostros se inclinan mientras avanzo tambaleante hacia ellos. Incapaz de contenerme, doy un puñetazo al cristal. Este se estremece por el impacto, pero no cede, aunque tampoco esperaba que lo hiciera.

Los batas blancas sonrían, divertidos por mi estallido de rabia.

—Creo que nos entiende —dice Comesándwiches asintiendo convencido, y deja el sándwich en la parte inferior de la tablilla para poder garabatear una nota sobre mi comportamiento—. El doctor se alegrará; siempre ha creído que estos seres poseen inteligencia.

El otro bata blanca suelta un bufido y sacude la cabeza.

—No son más que animales. Criaturas fascinantes, sin duda, pero entienden lo mismo que mi labrador.

Y luego se marchan los dos.

Yo me paseo arriba y abajo en mi prisión, intentando comunicarme con Cassian desesperadamente, incapaz de librarme del pánico que me produce pensar en la posibilidad de que jamás me rescaten de esta celda.

Me paso las manos por el pelo y caigo contra la pared mientras por mis mejillas ruedan lágrimas calientes. Deslizándome hasta el suelo, suelto un gran suspiro y cierro los ojos, combatiendo mis emociones. Nada de lágrimas. No permitiré que me vean sollozando para que puedan anotarlos en sus informes.

«Cassian, ayúdame. Ayuda a Miram».

Apoyando la cabeza entre las rodillas, me hundo en el oscuro caparazón de mí misma, sin esperarme la escena que me aguarda ahí.

Una imagen confusa llena mi mente. Estoy a plena luz del día, en el exterior. Veo a mi hermana y a Will. Él está andando de un lado a otro delante de la furgoneta.

Abro los ojos al instante y me encuentro todavía en la celda. Aunque borrosa, la imagen me había parecido de lo más real.

Bajo la cabeza cerrando los ojos de nuevo, y regreso otra vez a la brumosa visión, en la que siguen Will y Tamra. Pero ¿dónde está Cassian?

Will avanza hacia mí, con el rostro tenso y el pecho firme bajo la camiseta que llevaba cuando nos separamos. Mi corazón se dilata, abrumado por su imagen.

—¿La notas? —pregunta—. ¿Cómo está? ¿Quiere que vayamos?

Y entonces lo comprendo. He conseguido llegar hasta Cassian. Más allá de mis fantasías más delirantes, he conectado con él. Tanto que ahora mismo estoy dentro de él: puedo ver y sentir todo lo que Cassian está experimentando.

La voz de Cassian brota de mi interior..., mejor dicho, del suyo:

—Sí, la noto. No está... llevándolo muy bien.

—¿Le están haciendo daño? —inquire Will palideciendo. Mira a Cassian sin parpadear, con expresión crispada.

—Creo que no —responde Cassian—. Al menos, ahora no. No percibo ningún dolor. Pero...

—¿Está asustada? —interviene Tamra.

Mi visión da saltos mientras Cassian asiente.

Tamra se humedece los labios.

—Entonces haz algo por ella —dice mi hermana—. Consuélala...

La expresión de Will es desesperada.

—Tenemos que entrar —espeta—. No podemos esperar.

Antes de que alguien conteste, Will suelta un taco y se aleja, saliendo del campo visual de Cassian. Mi hermana empieza a seguirlo, pero se detiene para mirar a Cassian.

La conexión comienza a desvanecerse, aunque me siento reconfortada, aliviada. No puede faltar mucho; van a venir a por nosotras.

Exhausta, vuelvo a caer dormida y sueño con Will. No es la

primera vez que ocupa mis sueños, pero es la primera en la que vuela a mi lado como un draki. Sus ojos son los de siempre, excepto por la pupila en forma de línea vertical. Resplandecen encantados mientras nos elevamos y descendemos, atravesando el beso húmedo de las nubes. Su piel es iridiscente, y destella del dorado al marrón y al verde..., exactamente igual que sus ojos avellana. Sus alas se mueven con fluidez en el aire, como grandes y susurrantes velas junto a mí. Al despertarme, he sentido el impulso irracional de echarme a llorar cuando la realidad ha caído como una losa sobre mí.

Las lágrimas arden al fondo de mis ojos. Porque Will volando..., eso no podrá suceder jamás. La dulzura de esos momentos que he encontrado en sueños no se producirá nunca. Él y yo nunca podremos tener eso, estar juntos de esa manera, como dos drakis. Aunque Will ha demostrado ser otra cosa, algo más que humano, jamás podrá ascender al firmamento conmigo.

«¿Y acaso tiene que hacerlo? —susurra una vocecilla en mi cabeza—. Eso nunca te había importado».

Me aprieto las rodillas contra el pecho y froto mi suave piel con ambas manos. Tal vez al estar aquí, como prisionera de los hombres, relacionada únicamente con otros drakis (excepto, desde luego, con el que preferiría matarme), anhelando el cielo, siento más agudamente el abismo que hay entre Will y yo.

Justo entonces la puerta de la sala de observación se abre y aparecen más batas blancas. Empujan una camilla cubierta con una sábana y con correas de piel marrón colgando a los lados. Solo verla me produce un lento y nervioso hormigueo en el estómago.

Me pongo en pie, con el corazón cada vez más acelerado. Pego la espalda a la pared, apretando las palmas contra el frío hormigón. Un draki, situado más abajo en la hilera de celdas, empieza a hacer un ruido tremendo, casi como si estuviera cavando en el suelo de hormigón.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunto a gritos con la esperanza de que alguno de mis compañeros me responda.

Me responde Lia con tono de disculpa, como si se sintiera la responsable de algún modo:

—Han venido a por ti. Es tu turno.

Yo doy un respingo.

—¿Mi turno para qué?

—Al principio se nos llevan a todos... para ponernos algo dentro.

—¿El qué? —grito, paseándome deprisa por mi celda, de un extremo al otro, como si mis rápidos movimientos pudieran alejarme de esto de alguna manera.

—La verdad es que no lo sé..., una cosita metálica y brillante. Duele solo durante un segundo.

«¿Una cosita metálica y brillante?».

Vuelvo a pegar la palma de la mano contra la pared y sacudo la cabeza como si así pudiera detenerlo todo, como si así pudiera impedir que los enkros vengan a por mí. No había previsto esto. No creía que tuvieran tiempo de hacerme nada malo antes de que me rescataran.

—No vale la pena oponerse —interviene Roc con voz muy seria—. Todos tenemos que pasar por eso.

«Todos tenemos que pasar por eso».

Esas palabras no me animan, desde luego, y el terror me sube por la garganta al ver que los humanos se paran al otro lado de mi panel de plexiglás. Se supone que yo no tengo que pasar por esto. Solo veinticuatro horas: ese era el plan, no esto. Esto nunca ha sido el plan. Y ahora se supone que se producirá antes. Will ha dicho que ya venían. ¿Dónde están? ¿Habría salido mal algo?

Al llegar aquí he sido una criatura dócil porque estaba representando un papel, pero ya no puedo permitirme seguir siendo una víctima fácil. No puedo ser más que yo misma, así que estoy preparada cuando abren la puerta de plexiglás. Lanzo un chorro de fuego crepitante con la intención de impedir que lleguen hasta mí.

Ellos retroceden al principio, pero luego vuelven, agachados. Lo intentan en varias ocasiones, acercándose cuidadosamente a la celda. Los recompenso con fuego una y otra vez, obligándolos a dar marcha atrás.

Jadeo sonoramente, con respiraciones humeantes, y me niego a preguntarme cuánto tiempo puedo seguir así. Me limito a decirme a mí misma que debo hacerlo. Tengo que aguantar hasta que llegue Will.

Con el rostro furioso y enrojecido, los hombres cierran el panel de plexiglás y se reagrupan. Me lanzan miradas asesinas; la determinación de tenerme, de cogerme, de destruirme reluce en sus ojos.

—Antes era un ejemplar fácil —dice uno con una voz casi quejumbrosa.

«¿Fácil yo? Sí, claro».

Al final, otro ordena:

—Ya basta. Id a ponerlos los trajes.

Se me contrae el estómago, pues ya sé de qué trajes está hablando. De los ignífugos que llevaban en el bosque simulado, cuando han impedido que el draki gris y yo nos matáramos.

Poco después vuelven dos hombres con traje protector. Por lo visto, piensan que con dos bastará para manejarme. Me pongo en tensión: mis muslos se estremecen, preparados, y un gruñido quedo brota en mi garganta.

Cuando los dos tipos se cuadran delante de mi celda, provistos con las varas que recuerdo tan bien, los demás retroceden.

El panel de plexiglás se abre de nuevo y yo rocío a los hombres con fuego. Siguiendo el reguero de llamas, me abro paso entre sus cuerpos con la intención de escapar, pero no logro mi objetivo y me arponean.

Todos mis músculos se tensan mientras me recorre una descarga eléctrica. Un grito queda estrangulado en mi garganta. No puedo moverme. No importa cuánto le ordene mi mente a mi cuerpo que se mueva, que se vaya..., porque no puedo hacerlo.

Caigo de rodillas y el impacto me sacude hasta lo más hondo de los huesos. Hay alguien detrás de mí. Lo sé porque oigo el sonoro tirón de la cinta adhesiva. Una mano me agarra un puñado de pelo y me obliga a echar atrás la cabeza. Me arde el cuero cabelludo.

Unas manchas bailan ante mis ojos.

Es la cinta adhesiva de nuevo, pegada sobre mi boca.

El tipo me suelta el pelo y yo caigo hacia delante, como un peso muerto. Deseo moverme, levantarme, pero soy incapaz.

Los hombres no se molestan en atarme las alas ni las muñecas. Supongo que, después de la descarga eléctrica, no les preocupa demasiado que arremeta contra ellos. Dos me cogen por los hombros y me sacan a rastras. Mis pies se agitan, tratando de ponerse rectos para apoyarse en las lisas baldosas.

La sala da vueltas y los rostros pasan de largo a toda velocidad. Son personas, como yo. «¡Soy como vosotros! Estáis lastimando a alguien que hace las mismas cosas, grandes y pequeñas, que hacéis vosotros. Alguien que piensa y vive, ama y odia. Y odia... Os odia a todos vosotros», quiero gritar...

El fuego arde en mi interior como una enfermedad de rápida propagación. Siento un hormigueo en los labios bajo la asfixiante cinta adhesiva.

Me lanzan a la camilla como si no fuera nada, como si ya estuviera muerta. Como un cadáver. Aunque si fuera un cadáver, no les interesaría hacer las cosas horribles que tienen planeadas. No necesitarían meterme ninguna cosita metálica y brillante.

Mi mente trabaja a toda velocidad, con desesperación, intentando pensar qué podrá ser eso, qué me hará.

Me atan a la camilla con las correas de cuero, ciñéndome con fuerza las muñecas y los tobillos.

Y como si eso no fuera suficiente, me inmovilizan el pecho y los muslos con sendas bandas de cuero. Las aprietan tanto que apenas puedo respirar por la nariz. Empiezo a sentirme mareada.

Uno de los batas blancas me observa y afirma:

—Es fuerte. Comprobad que está bien atada. —Frunce el entrecejo y se recoloca las gafas sobre el puente de la nariz—. ¿Seguro que no puede quemar la cinta adhesiva?

—Antes no lo ha hecho —le responde uno de sus colegas.

Idiotas... Antes no lo he intentado. Ahora tengo que probar.

Reúno el calor desde lo más hondo de mi pecho y dejo que ascienda. Impulso el fuego por la tráquea, intentando que me llene la boca, pero no funciona. No va bien. La cinta adhesiva está demasiado apretada. No puedo mover los músculos faciales, no puedo abrir la boca lo suficiente. La frustración enciende en mi interior una clase distinta de fuego: rabia impotente.

No puedo flexionar las mejillas como debería. Ni siquiera puedo separar bastante los labios.

Desesperadamente, me debato contra las correas de cuero, pero es inútil.

Uno de los batas blancas me pasa la mano por la frente sudorosa y, como si fuera una especie de perro al que hay que calmar, murmura:

—Eh, chica, tranquila...

Si pudiera usar la boca, le escupiría. Un momento..., no: lo achicharraría. He nacido para hacer eso; esa es la razón por la que la manada siempre me ha considerado tan importante. Pero no lo soy. Ni siquiera puedo ayudarme a mí misma. Giro la cabeza, zafándome del contacto de ese tipo. Él chasquea la lengua, mira a los otros y luego continúa en el mismo tono apaciguador:

—Esto nos ayudará a cuidar de ti, a garantizar que estés a salvo...

Intento adivinar a qué se refiere. ¿Será una especie de implante para controlar mis órganos vitales? Hasta qué punto, no tengo ni idea. ¿Quién sabe de qué tecnología disponen? Lo único que sé es que, se trate de lo que se trate, no quiero nada dentro de mí. No puedo permitir que me lo coloquen.

—Esta chica es batalladora. Va a necesitar una buena dirección.

—Si alguien puede hacerlo, ese eres tú. Tienes una gran sensibilidad con estas criaturas.

Me acompañan quedas risitas entre dientes mientras me sacan de la sala, y sé que lo último que tiene ese tipo es sensibilidad.

Doblo el cuello, tratando de seguir el rumbo que tomamos por los pasillos, que se suceden ante mí en una nebulosa, tratando de descubrir maneras de salir de aquí. Recorremos una larga distancia y luego giramos a la izquierda. Después de eso, no vamos muy lejos.

Me empujan a través de un par de puertas batientes que me recuerdan a las de las salas de urgencias de los hospitales que se ven en la televisión. El interior de la estancia es tan estéril y poco acogedor como un quirófano.

Me conducen hasta el centro de la sala, bajo varios focos de luz cegadora. Allí aguardan otros batas blancas. Entreveo una gran ventana rectangular a la derecha. Hay gente apiñada detrás del cristal: más batas blancas, e incluso algunas personas de aspecto común y corriente, vestidas de paisano.

Miran a través del cristal con curiosidad, como espectadores de un circo a la espera de presenciar algún tipo de fenómeno. Y

supongo que eso es lo que yo soy para ellos. Giro la cabeza nerviosamente, asimilándolo todo, impotente pero sin dejar de buscar una forma de escapar de esto.

Levanto la mirada hacia el bata blanca que está examinándome. Es viejo. Más viejo que ninguno de los enkros que he visto. Tiene el pelo tan blanco y escaso que puedo ver la piel, fina como un papel, de su cabeza.

Su contacto en mi brazo es frío. Me aprieta un poco como probando la textura y densidad de mi cuerpo.

Soy presa del pánico, que me atenaza el corazón, y... luego se entromete otra cosa: un creciente hilo de emoción serpentea en mi interior. La emoción da vueltas en espiral; va desde un punzante dolor que me roe la mente a una potente torsión del estómago. Es preocupación. Pura y simple. Solo que no procede de mí..., no es mía en absoluto.

Todos mis nervios estallan, sobrepasados e impactados por una repentina embestida de emociones.

Su nombre me estremece de arriba abajo con un suspiro: Cassian. Está cerca. Su inquietud y su angustia me envuelven como espinas frías y calientes. ¿Ya vienen? Me reanimo con esa posibilidad. De pronto, no me siento tan desdichadamente sola, atada a esta camilla.

Con una nueva corriente de energía, me centro en el hombre que se alza sobre mí, y en el escalpelo que reluce amenazadoramente bajo la implacable luz. Su mano enguantada asciende por mi cuello, dejando un rastro de piel de gallina.

—Bien —murmura—, veamos...

Me gira la cabeza, y noto cómo avanza a través de mi pelo y se detiene encima de mi oreja.

Yo lucho por volverme en la dirección opuesta. Con manos duras, me obligan a poner la cabeza donde estaba y me colocan una gruesa banda de cuero en la frente, muy ceñida, tanto que se me clava en la piel.

Los movimientos del viejo se tornan más firmes cuando hunde los dedos en mi pelo... buscando algo, al parecer, en mi cuero cabelludo.

—Este sitio parece perfecto —anuncia al cabo de un momento.

Otros dos batas blancas se asoman por detrás de él, observando sus evoluciones, y el viejo mira por encima del hombro, con gestos impacientes e irritados.

—¿Jenkins?

—Sí, doctor —responde una voz con absoluto respeto.

Un sonoro zumbido llena el aire. Es un sonido furioso, vivo y amenazador. Yo no puedo mover la cabeza, así que mis ojos van de un lado a otro desesperadamente, intentando ver de qué se trata.

Jenkins aparece junto al doctor, con una afeitadora eléctrica en una mano.

Yo gimo contra la cinta adhesiva cuando los fríos dientes del aparato presionan mi cuero cabelludo, justo encima de la oreja. En apenas un instante, me rasuran una pequeña zona. Unos mechones de cabello rojizo dorado flotan ante mis ojos. Luego apagan la máquina y se hace el silencio.

—Allá vamos —dice el doctor, y se sube las gafas hasta lo alto de su fina nariz.

Jenkins coge la afeitadora y se va a toda prisa hacia un lado, fuera de mi campo visual, para regresar con unas tenacillas que sujetan un trozo de gasa. El algodón está impregnado con un ungüento de color amarillo anaranjado.

—Aquí tiene, doctor.

Este toma las tenacillas y acerca la gasa a mi cabeza.

Yo me encojo, sin saber muy bien qué es, pero preparándome para algún tipo de molestia. La gasa me toca, fría y mojada aunque indolora. El doctor me frota con ella la piel rasurada.

—Ya casi estamos.

El doctor devuelve las tenacillas y regresa a mi campo visual con un escalpelo en la mano. Yo inhalo bruscamente por la nariz. El viejo no habla: se limita a fruncir el entrecejo mientras se concentra en mi cabeza.

—Esto te hará una pizca de daño —me dice entonces. Sus ojos se clavan en los míos un momento, y me pregunto si sospechará que puedo entenderlo. Luego doy una sacudida contra la tira que me inmoviliza la cabeza, tensando el cuello—. Te dolerá más si te mueves —añade.

Me sostiene la mirada con sus fríos ojos un largo instante, y ya no me cabe duda. El doctor no sospecha que puedo entenderlo: lo sabe. Y eso lo convierte en un ser todavía más monstruoso. Me siento derrotada.

Él asiente con la cabeza, satisfecho al tener la certeza de que no voy a retorcerme más en la camilla. Y no voy a hacerlo. Lo

último que quiero es que me rebane la garganta o me corte una oreja.

La cuchilla desciende.

Este es el momento en el que contengo la respiración y me digo a mí misma que las puertas batientes van a abrirse de par en par ante Will, Cassian y Tamra. Que ellos irrumpirán en esta sala y cortarán las correas que me inmovilizan. Los brazos de Will me rodearán. Sus labios se unirán a los míos.

Así es como debería suceder. Así es como se suponía que iba a suceder.

Solo que no es así.



## 5

El doctor me hace un corte, clavándome profundamente la cuchilla en la piel, atravesando tejidos. Brota una sangre cálida que me gotea por el pelo. Yo grito contra la cinta adhesiva y oigo una especie de chirrido estrangulado. En mi garganta arde el

fuego, una defensa automática que no me beneficia en nada ahora.

Me sale humo por la nariz y el doctor desliza el bisturí. Sé que solo tarda unos segundos, pero se me antoja una eternidad. Como todas las demás cosas de aquí abajo, la penetrante presión se alarga infinitamente.

Yo miro al hombre de reajo cuando se incorpora, con los dedos curvados alrededor del escalpelo. Mi sangre cubre la superficie plateada, de un morado centelleante bajo la brillante luz, revelando mi herencia. El doctor se apresura a entregar el bisturí y luego aprieta un pequeño frasco contra la incisión de mi cabeza, para recoger la sangre.

—Que no se desperdicie ni una gota —murmura.

Hecho esto, acepta un nuevo objeto de manos de Jenkins. Un pequeño disco metálico, no mayor que mi uña.

Ahora actúa más despacio, cuidadosamente, con movimientos precisos y experimentados, y yo no puedo evitar preguntarme si mi padre estuvo tendido en esta misma camilla, con un pequeño disco metálico cerniéndose sobre él.

De pronto, mi pánico se transforma en algo más tranquilo. Me siento extrañamente en paz, como si Cassian estuviera a mi lado, infundiéndome ánimo en susurros.

Y entonces sé que no puedo tener esa cosa dentro de mí. Me retuerzo de nuevo, tratando de apartarme, pero las ligaduras no ceden. No hay ningún sitio adonde ir.

Me encojo y me tenso contra las correas. Su elástica tenaza se curva contra mi cráneo. Gimoteo, dilatando deprisa las ventanas de la nariz con resoplidos calientes, mientras el doctor abre con

los dedos la incisión que me ha hecho, bajando hacia mí el pequeño disco de metal, hasta que ya no puedo seguir viéndolo.

De pronto las luces parpadean. El doctor se detiene y levanta la vista, ceñudo. Jenkins murmura algo ininteligible y mira alrededor frunciendo el entrecejo.

Y entonces las luces se apagan y nos quedamos a oscuras.

La oscuridad dura tan solo un momento, pero un momento lo bastante largo para que uno de los batas blancas suelte un taco. Y también para que yo note la tensión que se extiende entre los enkros.

Una capa de miedo envuelve la sala. Las luces de emergencia se encienden de golpe. Un pálido resplandor rojo tiñe el aire, recordándome a la sangre. Sangre humana, por supuesto. Lo colorea todo. Vuelve rosas las batas blancas, y pinta las tensas caras de mis captores de un rojo demoníaco.

—¿Q-Qué ocurre? —pregunta Jenkins en un susurro.

El doctor mueve la cabeza.

—Probablemente solo sea un simulacro...

—¿Y nadie nos ha avisado?

El doctor frunce el entrecejo —sus cejas gruesas como orugas llegan casi a tocarse— y yo percibo que él tampoco está muy convencido. Él tampoco sabe qué está sucediendo, pero vuelve a sacudir la cabeza y contesta:

—Estoy seguro de que solo están haciendo una especie de prueba de operaciones o...

Un zumbido quedo y continuo atraviesa el aire y Jenkins suelta un grito ahogado.

—¡Es la sirena!

—No puede ser —replica el doctor, a quien los ojos prácticamente se le salen de las órbitas.

Entonces todos echan a correr, volcando una mesa con las prisas y haciendo que el instrumental se desparrame ruidosamente. Me dejan atada a la camilla. Voces nerviosas se van alejando, tropezando con otras en el pasillo, y luego me quedo sola, inmovilizada, incapaz de girar siquiera la cabeza.

Genial.

Pronto ya no puedo oír ni voces en la distancia, solo la sirena, por encima de la cual una grabación automática repite: «A todo el personal: evacúen el centro por las escaleras. Procedan con calma».

Yo me sacudo contra las ataduras, pero en vano. Me fijo en la sala acristalada donde se apiñaba antes mi público y compruebo que ahora está vacía. Hay varias sillas por el suelo y la puerta está abierta de par en par. Tentadoramente cerca y, sin embargo, tan lejos...

Sin embargo, entonces, por encima del aullido de la sirena, capto un sonido. Aguzo el oído, convencida de que son pisadas a la carrera. En la puerta batiente que hay a mis espaldas suena un leve golpe —como si una mano la hubiera empujado—, y luego distingo un leve chirrido de bisagras.

Alguien ha entrado en el quirófano. Yo contengo la respiración, casi temerosa de esperar...

—¿Jacinda?

Aunque reconozco la voz de Will, percibo en ella el miedo, y entonces caigo en la cuenta de que él no puede verme la cara. Estoy tan inmóvil y callada como una piedra. Probablemente Will piensa que estoy muerta. Yo gimo contra la cinta adhesiva que me tapa la boca y me retuerzo para que sepa que estoy viva.

De inmediato está delante de mí, con Cassian y Tamra justo detrás de él. Solo mi hermana está manifestada; Cassian, no.

Me abandono al alivio... y siento también el de Cassian. Unida a la mía, la sensación me abrumba y me hundo más en la camilla.

—¿Jacinda!

Will está aquí, rodeándome con su calidez. No ha pasado tanto tiempo, pero es como verlo con nuevos ojos, así que devoro su imagen con una avidez que no había sentido jamás. No hasta que he descendido a este abismo.

Mientras Cassian y Tamra se esfuerzan por soltar las correas, él me arranca la cinta adhesiva de la boca. Yo siseo involuntariamente de dolor, aunque en realidad no me molesta. Soy libre. Nunca volveré a mirar nada de la misma manera; nunca volveré a infravalorar nada ni a nadie.

Will hace una mueca y desliza el pulgar por mi dolorida boca, antes de darme un beso rápido y enfebrecido. Me coge la cara con ambas manos, mirándome al mismo tiempo con ojos inquisitivos y voraces. Su brillante mirada se posa en mis mechones de pelo ensangrentados, y examina con atención la herida.

—¿Qué te han hecho? ¿Estás bien?

—No es un corte muy profundo. Estoy bien —contesto, a pesar de que, por supuesto, sé que Will no puede entenderme cuando hablo en lengua draki.

—Se encuentra bien —le traduce Cassian, con semblante ceñudo bajo la luz carmesí, mientras su oscura mirada purpúrea me examina—. Rápido, veamos si puede tenerse en pie.

Los ojos de Will centellean, revelando un breve destello de irritación ante el tono de Cassian, que vuelve a ser el mismo príncipe de siempre.

Las manos de Will se mueven deprisa sobre la última correa, y en segundos estoy libre. De inmediato paso de la camilla a sus brazos, y luego me encuentro entre los de Tamra, a quien estrecho con más fuerza de la que creía que tenía. Ella se separa para observarme de arriba abajo.

—Este, sin lugar a dudas, tiene que ser el peor día de mi vida —dice.

Yo casi sonrío, pensando que probablemente no tiene ni comparación con el mío.

Cassian me contempla, pero no se acerca a abrazarme. Su rostro es una máscara rígida. Eso me recuerda todo lo que ha sucedido antes de este momento. Aunque hemos venido aquí juntos para rescatar a Miram, aunque estamos todo lo unidos que dos drakis pueden estarlo, conectados emocionalmente, no estamos... juntos.

No del modo que él desearía.

Mientras lo miro, todo eso vuelve a mí. Yo he escogido a Will en vez de a Cassian. En vez de a la manada.

Cassian nos mira a Will y a mí una y otra vez, y su irritación repta por mi piel como una criatura viva. Su oscura mirada se torna morada intermitentemente y sus pupilas verticales tiemblan. Luego Cassian parpadea y el malestar se borra de sus ojos, pero yo sigo sintiéndolo en su interior. Y en el mío.

—¿Dónde está Miram? —me pregunta, directo al grano.

Yo asiento con la cabeza, centrándome de nuevo.

—Seguidme.

Cruzamos corriendo las puertas batientes, pero freno en seco al verme frente a la obra de Tamra. Su niebla flota entre los cuerpos de los enkros caídos. Puede que no haya más de media docena en el suelo: los que no han logrado llegar a la salida.

Ante mi mirada, mi hermana se encoge de hombros y la punta de sus resplandecientes alas se eleva por encima de sus omóplatos. Yo retomo la marcha, avanzando alrededor de los cuerpos, guiando a los míos por distintos pasillos con la música de la incesante alarma y la voz de autómata que aconseja al personal que proceda con calma.

Sin embargo, enseguida planto las orejas al detectar pasos apresurados en la distancia. Al parecer, la adormecedora niebla de Tamra no ha logrado colarse en todos los rincones del centro.

El eco de los pasos se apaga en el espacio vacío de los corredores y supongo que se trata del último de los enkros.

No vemos a nadie, y yo espero, fervientemente, que todos los drakis sigan dentro de sus celdas y no hayan sido trasladados en el éxodo masivo. Al fin y al cabo, los enkros no se han parado a preocuparse por mí.

Siento un gran alivio al llegar al bloque carcelario. Ahí están todos todavía. Algunos, de pie; otros, paseándose por las pequeñas celdas; todos, claramente nerviosos por la alarma. Nos observan con cautela cuando entramos en la sala.

Cassian se abalanza a la celda de Miram y toca el plexiglás, aprieta una de sus grandes manos contra el panel, como si así pudiera alcanzar a su hermana.

Yo corro a la mesa de observación e inspecciono todos los monitores y artilugios, intentando descubrir cómo abrir las celdas.

Tamra camina despacio ante la hilera de cubículos, examinando a los otros drakis, y se detiene frente a Lia. También es la primera vez que yo la veo bien. No es más que una niña —el ejemplar de draki más pequeño que he visto jamás—, y sé que Tamra está sorprendida al ver a alguien tan joven aquí.

—Jacinda, creo que lo tengo.

La voz de Will atrae mi atención. Está señalando una fila de interruptores, todos numerados. Pulsa el número tres, y la celda ante la que se encuentra Cassian se abre.

Miram sale y se lanza a los brazos de su hermano, sollozando. Yo sonrío, sintiéndome más ligera, mientras Cassian la levanta del suelo en un abrazo. Su felicidad me invade. Es imposible no absorber su completa alegría por haber encontrado viva a Miram.

—Jacinda... —me dice Tamra.

Se ha girado hacia mí, pero está señalando la celda de Lia por encima del hombro. El mensaje de sus ojos escarchados es claro. Quiere liberar a la niña.

Voy a hacer algo más que eso. Asintiendo con la cabeza, uso

las dos manos para activar todos los interruptores a la vez. Todas las celdas se abren de golpe.

Sus ocupantes no esperan una invitación. Los drakis salen volando simultáneamente. Algunos pasan ante nosotros sin decir una palabra, pensando solo en escapar. El que supongo que es Roc, un ónix, me guiña un ojo y me da las gracias inclinando la cabeza mientras pasa aleteando.

Lia, sin embargo, se queda. Sus grandes ojos azules nos miran a Tamra y a mí sin pestañear, una y otra vez, dubitativos.

Entonces me acerco a ella y le digo:

—Ven. Deberías salir con nosotros.

No era consciente de que iba a decir eso, pero es que me parece obvio. Desde luego, no pienso dejarla sola.

De pronto, la voz automática lanza un nuevo mensaje: «Atención. Vayan a las escaleras de inmediato. La operación Lilith comenzará dentro de cinco minutos».

¿La operación Lilith? Los enkros deben de haber evacuado con éxito el centro y pasado al plan B... Se trate de lo que se trate, no puede ser bueno para nosotros.

—Creo que es hora de que salgamos de aquí —anuncia Will.

Yo asiento con la cabeza, y todos corremos hacia las puertas, listos para ir a las escaleras, ya que, evidentemente, debe de haber una razón para que nadie use los ascensores. Aunque funcionen, probablemente no son una buena opción en una emergencia. Si se fuera la luz, nos quedaríamos atrapados aquí dentro.

—¡Esperad! —oímos entonces, y nos detenemos mientras Lia va a toda prisa al cuadro de control.

Observa las celdas abiertas un momento, y luego examina el panel de botones.

—¡Vamos! —le grito, pensando en que esos cinco minutos se están consumiendo rápidamente.

Asintiendo con firmeza, como si hubiera tomado una decisión, Lia pulsa un botón y la pared del fondo de las celdas se abre, dejando a la vista el exuberante verde del bosque simulado.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto a Lia, corriendo hacia ella.

La pequeña draki me agarra la muñeca, impidiéndome que pulse de nuevo el botón para cerrar esa pared, para protegernos de ese mundo, de él...

—No podemos dejarlo ahí —dice solemnemente. Sus grandes ojos, tan similares a los de Az, me miran y me llegan a lo más hondo; parece como si supiera qué decir exactamente para influirme...

—Nos matará —afirmo, aunque no estoy muy segura. Si él queda libre, dudo mucho que se preocupe de ir tras nosotros...

—Yo creo que no —replica Lia, negando con la cabeza—. Se centrará en escapar, al igual que nosotros.

Yo ladeo la cabeza, examinándola. Para ser tan joven, es muy sabia.

—Está loco —le susurra Miram a Cassian febrilmente.

—¿De qué está hablando mi hermana? —nos pregunta Cassian.

—Ahí dentro hay otro draki... —empiezo, y luego me quedo mirando fijamente a Lia; sus pupilas verticales se estremecen con

intensidad.

Está decidida a ayudar al draki gris..., y la verdad es que yo estoy de acuerdo con ella.

Él no se merece estar preso más que cualquier otro draki. No más que yo misma.

Dirijo la vista al vibrante mundo verde, que resulta de lo más discordante con el resto de este mundo subterráneo, tan frío y estéril.

—Jacinda —me llama Will, tirando de uno de mis brazos—. Tenemos que irnos.

—Bien —respondo—. Salgamos de aquí antes de que él se dé cuenta de que las puertas están abiertas.

Abandonamos la sala a toda prisa. Nadie pide más explicaciones, y supongo que todos se dan por satisfechos porque finalmente vamos a salir. Yo miro a Cassian de reojo. Corre aferrando uno de los brazos de su hermana, como si temiera perderla de nuevo, cuando de pronto un espantoso chirrido atraviesa el aire. Es un sonido que reconozco. ¿Solo han transcurrido unas horas desde que lo oí por primera vez, convencida de que podría morir?

El draki gris ha quedado libre.

—¡Por aquí! —grita Will, sin que nadie tenga que decirle que ese sonido antinatural procede de una criatura con la que no queremos tropezar.

Recorremos otro pasillo pegando fuertes pisotones sobre las baldosas. Yo miro a Tamra. Su cabello blanco parece rojo bajo las luces de emergencia que bañan el ambiente. Tiene el mismo

aspecto que solía tener. El aspecto que tengo yo...

Más adelante hay unas puertas abiertas y, justo al otro lado, un tramo de anchos escalones de hormigón.

—¡La escalera! —exclama Tamra, esbozando una sonrisa. Es la primera vez que veo una en su cara desde que la convencí de que nos acompañara en este viaje.

Yo también sonrío. Ya casi estamos. Lo hemos conseguido.

Entonces la alarma enmudece, junto con la voz automática que atruena desde lo alto, y nos envuelve un silencio escalofriante... El único sonido es el de nuestras respiraciones resollantes al acercarnos al primer peldaño, el primer paso a nuestra libertad.

El repentino descenso a la quietud nos empuja a movernos despacio, hace que todos nos detengamos. Yo dudo, mirando a mi alrededor con incertidumbre.

Craso error. De golpe, una gran puerta de acero se cierra ante nosotros, bloqueando el acceso a la escalera.

Y dejándonos atrapados.



## 6

Parece que nadie dice nada durante mucho tiempo, pero no pueden ser más de treinta segundos. Nos quedamos mirando sin pestañear, en una especie de incredulidad desconcertada, el lugar donde estaban las escaleras. Escaleras que debían

conducirnos fuera de aquí...

—¿Dónde está el ascensor? —pregunta Tamra mientras gira sobre los talones, buscando con la mirada como si fuera a encontrarlo justo detrás de nosotros.

Es el único recordatorio que necesitamos. Hay otra vía de escape. Sea arriesgado o no, montarnos en un ascensor es nuestra única oportunidad.

Desandamos el camino a la carrera por los anchos pasillos; nuestras sombras son formas fluidas y oscuras contra las paredes teñidas de rojo. Sombras drakis y humanas; la combinación me hiela el corazón, especialmente en este entorno, donde los humanos y los drakis no se mezclan.

Y de inmediato me siento culpable, porque sé lo que soy y sé lo que Will no es. Y ya he llegado a la conclusión de que eso no importa. De verdad lo creo.

Sacudo la cabeza y me concentro en lo que tengo delante, el firme retumbar de mis pies, haciendo caso omiso de la voz que susurra al fondo de mi mente. La voz que me recuerda que los cinco minutos casi han terminado.

Frenamos en seco delante del ascensor. Los paneles plateados de las puertas están firmemente cerrados. Will pulsa el botón, apretando con fuerza dos veces. Nada. Ni una luz. Ni una señal de que funcione.

—Han clausurado todo el edificio —declara Cassian muy serio.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estás diciendo? —Tamra nos mira con desesperación—. ¿No podemos salir? ¿De... ninguna manera?

—El procedimiento debe de ser cerrar todas las salidas cuando haya algún problema, como que nosotros nos hayamos infiltrado... —explica Will. Incluso sin haber entendido a Tamra, puede adivinar el sentido de nuestra conversación.

—Entonces, ¿estamos atrapados aquí? —pregunto yo sacudiendo la cabeza, negándome a creerlo—. ¿Durante cuánto tiempo?

—No quieren correr el riesgo de que alguno de nosotros escape —anuncia Lia, y yo gruño indignada.

No deberíamos haber vuelto a por el draki gris. Deberíamos haber salido de aquí como los demás prisioneros, todos los cuales probablemente ya estarán volando hacia sus hogares. Si no nos hubiéramos parado, ya seríamos libres. Pero ahora estamos encerrados aquí. Con él.

Siento un hormigueo en la piel de la nuca y me estremezco, mirando a mi alrededor como si él ya estuviese aquí, listo para retomar las cosas donde las dejamos. Está todo en mi cabeza. No hay nada a mis espaldas, excepto un pasillo sumido en una neblina rojiza. Cuando me giro de nuevo, mi mirada se cruza con la de Lia.

Ella se encoge levemente de hombros a modo de disculpa; me ha leído el pensamiento a la perfección. Sí. Ahora desearía no haber pulsado ese botón para liberarlo.

Abro la boca, decidiendo que es mejor advertir a los otros de lo que van a encontrarse: un draki gris de más de dos metros, capaz de despedazar a cualquiera con un simple roce.

Pero entonces aparece un nuevo peligro.

Los finos tubos que bordean el techo empiezan a liberar un humo turbio con un leve siseo..., como si se hubiera puesto en marcha un aspersor.

—¡Están gaseando el edificio! —exclama Will con voz dura.

—¿Con qué? —gruño yo, aunque no pueda entenderme.

Mis pensamientos dan bandazos mientras observo esa creciente niebla. No creo que los enkros vayan a matarnos... Para ellos, somos más valiosos vivos.

Cassian sacude la cabeza, entornando los ojos ante la tenue rociada.

—No lo sé... —responde—. Quizá sea algo para dejarnos inconscientes.

Yo asiento. Eso tiene sentido; más que la idea de que nos rocíen con un gas letal para matar a todos los drakis cautivos. Así perderían su colección al completo antes de lograr llevar a cabo todos sus experimentos.

Tamra ataca el botón sin luz del ascensor, como si pudiera ponerlo en marcha de algún modo.

—Sea lo que sea lo que pretendan hacer, ¡estamos muertos si no salimos de aquí! —grita.

Lia se abraza y se deja caer contra una pared, como si de repente no pudiera con su peso.

—Lo lamento. No vamos a escapar, ¿verdad? —susurra, moviendo la cabeza y agitando su oscuro pelo azulado sobre sus pequeños hombros.

Entonces la visión de esa menuda e impotente niña provoca algo en mí. Ella no debería estar aquí. Ninguno de nosotros

debería.

Algo se retuerce y se contrae intensamente en mi interior. Aprieto el centro de mi pecho con cuatro dedos, pero no me sirve de nada. El dolor no se va. Tomo aire profundamente... y luego me paro de golpe. Miro con rabia el humo que gira por encima de nuestras cabezas. Al final descenderá hasta nosotros, nos rodeará... y hará lo que se suponga que hace. Me invade una repentina calma. Bajo las manos de mi pecho y miro a mi hermana, a Cassian y por último a Will, comprendiendo que esto podría ser el final. «Y si lo es, sé en brazos de quién quiero estar cuando tome aire por última vez».

Entonces Will me mira, como si estuviera leyéndome el pensamiento. Me sostiene la mirada un largo instante antes de apartarla, para dirigirla de nuevo a los tubos que expulsan gas. Yo me estremezco al pensar en qué le harán cuando lo encuentren aquí con nosotros. Si descubren que, en realidad, Will no es como ellos —no del todo humano, no del todo draki—, sino algo entre ambas cosas...

Esa idea me provoca dolor físico, de modo que tomo una profunda bocanada de aire intentando mitigarlo. Puede que sienta a Cassian, pero quiero a Will.

Me acerco a él. Sigue examinando los conductos, decidido a hallar una forma de salvarnos. Sin duda está considerando un modo de impedir que el gas cause estragos, pero no hay ningún modo. El tiempo se está acabando, y yo no deseo desperdiciar mis últimos momentos.

Le cojo la cara, con los dedos firmes sobre su mentón, y lo

obligo a mirarme. Ahora no tenemos palabras. No puedo desmanifestarme, pues necesito ser lo más fuerte posible. Y soy mucho más fuerte como draki. Pero haré que Will me vea, que me oiga con su corazón.

En sus ojos hay decisión e inquietud; brillan con el deseo de hacer algo, de salvarnos. De salvarme a mí. Sé que, ahora mismo, está más preocupado por mí que por él. Porque eso es muy propio de Will. Así es Will. Bueno, afectuoso, abnegado... Hace que me sienta fatal por haberlo arrastrado a esto..., a mi mundo.

Le sonrío y le paso un pulgar por los labios. Algo titila en sus ojos avellana: me entiende. Baja la cabeza y me besa dulcemente.

Me digo a mí misma que si así es como termina todo, no es una mala forma de irse. Deslizo los dedos alrededor del cuello de Will, acariciando la suave piel de esa zona, mucho más fresca que la mía, y no me importa que tengamos público. No le presto atención. Me concentro solo en Will, solo en esto. No permitiré que nada de lo que me rodea me arrebaté esto.

Sus labios también están frescos, y esas diferencias —lo que yo soy, lo que él es, lo que no somos— ya no me importan.

En mi interior brotan frustración, irritación..., y dentro de mi pecho empieza a vibrar un dolor impreciso. Intento centrarme en Will, en su sabor. Antes de ahora, nunca había sido complicado. Lo intento, pero el dolor impreciso aumenta, se vuelve más agudo, más mordaz. Me separo de Will, frotándome el centro del pecho.

—¿Qué ocurre? —me pregunta preocupado.

Yo sacudo la cabeza, sintiéndome mareada, y suelto un grito

estrangulado. Me duele. La sensación coincide con un repentino estrépito. Parpadeo contra este mundo de color rojo, miro a mi alrededor, y veo a Cassian a unos palmos de distancia, ahora completamente manifestado.

Está aporreando el muro con los puños, hasta que los nudillos relucen con sangre morada. Yo me estremezco, encogiéndome conforme el cemento se comba y se agrieta bajo la presión; algunos pedazos caen a los pies de Cassian. Siempre he sabido que era fuerte. Los ónix lo son por naturaleza; como mi padre.

Pero al ver a Cassian así, sintiendo lo que siento...

Abro y cierro los dedos de las manos, mientras el eco de su dolor vibra en mis huesos. Su furia me alcanza, tan tóxica como veneno. Durante un segundo temo que Will y yo la hayamos exacerbado... cuando nos ha visto besarnos. Yo he tomado mi decisión, pero, aun así, eso no significa que quiera herir a Cassian. Especialmente en este momento, quizá el último para nosotros. No quiero provocarle dolor.

Sondeo en mi interior, notando ahí a Cassian, buscando qué lo impulsa a actuar de un modo tan enloquecido. ¿Ha estallado sin más? Miram grita su nombre, retorciéndose las manos. Toda su cara refleja miedo; estoy casi segura de que jamás había visto a su hermano tan descontrolado. Cassian siempre ha sido formal, tranquilo y fuerte.

Entonces me doy cuenta de que solo está pensando en sobrevivir, en la libertad.

Me quedo mirando cómo ataca el muro, tensando los músculos con cada arremetida; matices de carbón oscuro se

ondulan bajo la superficie de su piel como guiños de negra noche.

Golpea y rompe el cemento con desesperación. Por muy insensato que parezca su método, a él no le preocupa. Su desesperación se desliza en mi interior, y yo doy medio paso adelante, como si estuviera a punto de unirme a su locura, pero me detengo sacudiendo la cabeza. Aquí es donde todo se vuelve confuso. ¿Cómo separar sus sentimientos de los míos?

—¿Qué estás haciendo? —le grito—. No puedes escapar por la pared. ¡Estamos bajo tierra!

Me dispongo a acercarme, pero Will me lo impide cogiéndome por un brazo. Tal vez teme que reciba accidentalmente uno de los salvajes golpes de Cassian.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a Cassian—. ¿Un túnel a través del suelo?

Él me lanza una breve mirada furibunda y continúa aporreando la pared. Por el aire vuelan pedacitos sueltos de roca y polvo. Una piedrecilla puntiaguda me da en la mejilla y me cubro con la mano ese punto. El cemento empieza a dar paso a una tierra dura y apisonada, una tierra marrón oscuro que huele a marga y a fecundidad.

—Pues eso suena bien —me espeta él mientras continúa.

Y entonces comprendo que habla en serio.

La rociada gaseosa desciende cada vez más hacia nosotros.

En nuestro grupo se oyen toses esporádicas y yo agito las manos ante mi nariz, como si eso fuera a dispersar el efecto que tengan los gases.

—¿Podemos hacer eso? —pregunta Tamra, que se aprieta las

manos nerviosamente como si rezara, como si eso pudiera ser una verdadera posibilidad.

—Si alguien puede sacarnos de aquí, ese es Cassian —declara entonces Miram. Todo su miedo ha desaparecido, reemplazado por una completa confianza en que su hermano mayor puede solucionar cualquier cosa.

Yo pongo los ojos en blanco y me reprimo para no soltarle que ni siquiera Cassian puede cavar un camino a la libertad. Estamos en un subterráneo demasiado profundo.

—Yo puedo hacerlo —dice Will en voz baja, observándonos atentamente, captando nuestra conversación aun sin haberlo entendido todo. Y luego anuncia de nuevo—: Yo puedo hacerlo.

Ante su vehemencia, Cassian vacila. Se detiene, y la sangre gotea desde sus destrozados nudillos hasta el suelo de baldosas.

—Will... —murmuro yo, y aunque su nombre en mis labios suena diferente, más un gruñido que una palabra articulada, él se gira hacia mí.

Con un simple vistazo a sus ojos avellana, lo sé. Comprendo qué quiere decir. Lo veo de nuevo como lo vi luchando contra Corbin, con la tierra moviéndose y volando bajo sus órdenes.

—Apartaos —ordena Will, y sorprendentemente Cassian le hace caso.

Todos nos quedamos mirando, intentando hacer respiraciones cortas y espaciadas, como si, de alguna manera, pudiéramos evitar inhalar el aire, que cada vez está más contaminado.

Will se sitúa ante la maltrecha pared. Miram empieza a toser y se cubre la boca con ambas manos, y pronto se le une Lia. El

sonido de sus toses lo hace todo más tenso, más urgente. Me estremezco solidariamente cuando Cassian envuelve a su hermana con sus brazos. ¿Y si estuviéramos equivocados? ¿Y si el objetivo de este gas fuera matarnos?

Con las dos manos extendidas ante sí, Will se concentra en la pared. Yo me quedo mirando sus palmas, deseando que hagan algo, que posean el mismo poder del que fui testigo cuando Will peleó con Corbin. Sus manos empiezan a temblar, pero nada más: el agujereado muro no da ninguna señal de movimiento.

Cassian gruñe indignado y yo sacudo la cabeza. No sé qué había esperado... ¿Ver algo milagroso? ¿Que quizá Will pudiera hacer algo más? ¿Algo que ni siquiera pueden hacer los drakis térreos de mi manada? Qué ridiculez. Esto no es como mi sueño, donde a él le salen alas y se eleva por el cielo conmigo...

Sin embargo, de repente se oye un crujido atronador. Una enorme nube de humo crece en el pasillo, cegándome momentáneamente. Durante un instante, creo que es una súbita emisión de gas desde los tubos del techo, pero luego me doy cuenta de que no solo hay humo por todas partes. Partículas y pedacitos de pared me cubren la piel de arriba abajo y me pican en los ojos.

Me vuelvo hacia la pared y suelto un respingo al ver que no solo ha desaparecido..., sino que en su lugar hay un agujero de varios palmos de profundidad.

Lo ha hecho Will. ¡Ha manipulado la tierra para crear una salida! Por supuesto, necesitará hacerlo varias veces más para que podamos escapar de verdad.

—¿Cómo sabías...? —empiezo a preguntarle, pero mi voz se apaga, maravillada. Además, ¿de qué sirve preguntar? Al fin y al cabo no puede entenderme...

Los ojos de Will se encuentran con los míos, asombrados. Debe de leer en ellos la pregunta, porque se encoge de hombros.

—No lo sé —responde—. Solo sabía que podía hacerlo. Me ha invadido una sensación..., un impulso.

—Buen trabajo —le dice Tamra con tono de aprobación, metiéndose en el agujero desigual que Will acaba de crear—. ¿Puedes hacerlo un poco más? —añade, y señala hacia delante.

Los demás la seguimos, entrando uno por uno en la fisura de la pared, pero entonces algo me obliga a detenerme. Vuelvo a sentir un hormigueo en la nuca. El vello se me eriza y vibra, así que me giro hacia el pasillo.

Oigo cómo los demás instan a Will a repetirlo, a hacerlo de nuevo, a cavar un túnel que nos permita escapar de aquí. Pero no están todas las voces. Falta la de Cassian.

Will obedece y otro estallido sacude el aire, propagándose por el suelo y por mis piernas. Una gigantesca ola de viento, tierra y partículas me golpea en la espalda y me tambaleo un momento antes de recuperar el equilibrio.

Pero sigo con la vista clavada en el pasillo por el que hemos llegado, y veo a Cassian plantado en medio de la nube probablemente tóxica, mirando a su derecha, con la atención fija en algo. Tose y se tapa la boca. Necesita salir de aquí, pero está ahí por alguna razón.

—Cassian... ¿Qué ocurre? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—No lo sé. Algo...

No llega a terminar la frase. Desaparece de pronto, arrancado de mi vista por un reguero de color gris.

El draki que hemos dejado libre.

—¡Cassian! —grito, echando a correr tras él, sabiendo con qué voy a encontrarme y consciente de que, esta vez, no habrá ningún enkro para separarnos.



## 7

Desde el cráter me lanzo de nuevo al pasillo, pero entonces Will grita mi nombre y me agarra de la mano, impidiéndome ir más lejos. Tiene una expresión seria, de desesperación, y refleja su deseo de que me detenga, de que me quede. De que me quede con

él. Eso es lo que yo siempre he querido y, sin embargo, no puedo; ahora no.

—Debemos ayudar a Cassian —le digo en mi sonora lengua draki.

Will tira de mi mano con más fuerza para que lo siga al interior del túnel y yo sacudo la cabeza con un gruñido, recordando que no puede entender mis palabras. No puedo dejar a Cassian, no puedo abandonarlo. Incluso ahora, en el breve espacio de tiempo en que me vuelvo a mirar a los demás, noto el profundo dolor que atraviesa el cuerpo de Cassian. Casi me dobla por la cintura.

Tomo aire con un siseo y me obligo a moverme a través de ese dolor, recordándome que para mí no es real. No es mi dolor, sino el de Cassian, pero debo terminar con él.

Me zafo de Will de un tirón y me lanzo al pasillo hasta un cruce en forma de T. Miro a derecha e izquierda... y al final del corredor descubro a Cassian enganchado al draki gris. Son una forma difusa por lo rápido que se mueven. Ya huelo la sangre, y no necesito ver las heridas para saber que es la de Cassian.

Voy hacia ellos medio corriendo, medio volando. Ambos luchan, gris sobre negro, enredándose entre sí salvajemente. Resulta difícil distinguir al uno del otro. De pronto, un chorro de sangre dibuja un arco en el aire y a punto está de alcanzarme, momento en el que pego un grito horrible.

Tengo que detener esto. No puedo permitir que continúe, o no quedará nada de Cassian.

Centro mi atención en la zona más grande del draki gris que

puedo detectar, y suelto una ráfaga de fuego, esperando dar en el blanco.

Lo consigo, y el draki ruge y se separa de Cassian. Yo no lo pierdo de vista, y mientras me preparo para soltar otra llamarada, el fuego baila en mi lengua.

Entonces las afiladas escamas de draki gris se agitan con un extraño silbido. Las que sobresalen en sus hombros se retraen y alisan. El draki se palpa cuidadosamente la parte abrasada del hombro, y gruñe cuando la carne se desliza entre sus dedos como cera derretida.

Al ver eso —lo que puedo hacer, el daño que puedo provocar en los de mi propia especie—, se me revuelve el estómago.

—¡Jacinda! —oigo, y Will llega a mi lado sin aliento, tosiendo por el creciente humo. Sus ojos se desvían hacia el draki gris y suelta un taco. El draki baja la mano del hombro y se cuadra—. Parece furioso. ¿Le has hecho tú eso? —me pregunta Will en medio de un ataque de tos.

—Ajá —contesto, asintiendo con la cabeza.

Luego respiro hondo, lista para liberar el calor de mis pulmones, pero mis vías respiratorias parecen demasiado finas, demasiado estrechas. Inhalo y me ahogo, tosiendo violentamente al llenarme los pulmones de gases tóxicos.

Will lo comprende de inmediato. Estoy indefensa; no dispongo de fuego. Necesito oxígeno puro y de calidad, así que Will me agarra de la mano y exclama:

—¡Tenemos que irnos ya!

Tiene razón, por supuesto: debemos irnos antes de que los

gases nos dejen inconscientes... o algo peor, pero no sin Cassian.

Clavo mis ojos en los de mi compañero y doy un paso adelante sin reflexionar. No pienso en que todavía he de rodear al draki gris para llegar a Cassian.

Este sacude la cabeza, y sus ojos relucen con fiereza.

—¡Márchate! ¡Sal de aquí! —me grita.

No puede estar diciendo que lo dejemos en este lugar...

—¡Cassian, no! —chillo.

Doy un paso más batiendo las alas, lista para intentarlo de nuevo, incluso aunque no pueda lanzar fuego, aunque Will me agarra del hombro y tira de mí hacia atrás.

El draki gris separa las piernas, preparándose para recibirme. Las pupilas de sus ojos de peltre se estremecen. Yo vuelvo a mirar a Cassian, fuera de mi alcance.

—¡Vete! —me grita él de nuevo, y su voz se quiebra en una salvaje tos espasmódica. Sus ojos se desvían hacia Will y añade—: ¡Sácala de aquí!

De algún modo, intuitivamente, Will lo entiende. O quizá es que resulta obvio para ambos, pero no para mí.

Will me rodea la cintura con un brazo para tirar de mí y yo grito el nombre de Cassian. Luego traza un gran arco con el otro brazo y extiende la palma de la mano en lo que ya se ha convertido en un gesto familiar.

La tierra cae ante mis ojos con un rugido de polvo y partículas.

—¡Atrás! —les grita Will a los demás, que están detrás de nosotros, me agarra con más fuerza al meterme de nuevo en el

túnel y todos aterrizamos en una especie de melé.

Will se levanta de inmediato, empujándome hacia atrás mientras la cortina de tierra sigue acercándose hacia nosotros en una voraz marea. Pero a mí no me importa. Tosiendo violentamente, me pongo en pie de un salto y corro hacia la lluvia de tierra.

—¡Cassian! —grito, y no soy la única.

Miram también está aquí, llamando a su hermano. En esto, en nuestra desesperación por salvarlo, estamos unidas.

—¡Jacinda, no! —exclama Will, sujetándome de nuevo—. ¡Es demasiado tarde! ¡Tenemos que irnos!

Yo giro en redondo y libero mi brazo.

—¿Qué has hecho? —le pregunto.

Will no comprende mis palabras, pero no hace falta. Lo sabe.

—Tenemos que seguir adelante. Dentro de poco nos quedaremos sin oxígeno —replica, y da media vuelta y pasa ante los demás a grandes zancadas, dejándome sola para hacer lo que debe.

Miram solloza cerca de mis pies, aporreando el muro de tierra que se ha alzado donde antes estaba el acceso al pasillo. Yo la cojo por un brazo para levantarla y, por una vez, Miram deja que la ayude. Me parece más menuda, más delgada de lo que recordaba. Supongo que eso es efecto del cautiverio. Se me encoge el corazón al pensar en el tiempo que ha pasado encerrada, y ahora encima debe enfrentarse a esto: perder a Cassian. Se suponía que esto no iba a ocurrir así. Nunca me había imaginado algo tan espantoso. Le acaricio el brazo a Miram y luego todos nos ponemos en

marcha, siguiendo a Will.

—Lo lamento —me dice Lia en un susurro, apretujándose junto a mí en el estrecho espacio—. No debería haberlo liberado, pero es que no soportaba la idea de...

Yo hago un ademán para que no diga nada más. No es culpa suya. Yo podría haberla detenido, pero me he dejado llevar por la compasión. No volveré a ser tan idiota jamás.

—Jacinda... —Tamra me mira inquisitivamente, y luego vuelve la vista hacia atrás—. ¿Y Cassian?

—No podemos salvarlo —mascullo, y me estremezco cuando Miram empieza a llorar de nuevo.

Miro hacia donde la tierra sigue girando en el aire y veo la incredulidad en la cara de mi hermana. Está desgarrada, intentando asimilar lo que yo ya sé. Hemos perdido a Cassian.

Abro la boca para decirle que no hay nada que hacer, cuando me atraviesa un repentino y ardiente dolor que casi me empuja a caer de rodillas. Suelto a Miram y choco contra la áspera pared con un grito ahogado.

—¡Jacinda! ¿Qué ocurre? —me pregunta mi hermana, extendiendo las manos hacia mí.

«Cassian. Es Cassian», pienso.

Miram me observa con los ojos desorbitados —su terror es tan palpable como las partículas de tierra que flotan a nuestro alrededor—, y yo aprieto los labios mientras mi pecho estalla en un dolor feroz y caliente que rivaliza con el de mi corazón.

—Jace, ¿qué pasa? —insiste Tamra, con la preocupación reflejada en los suaves rasgos de su rostro.

Yo sacudo la cabeza y me trago un chillido agónico. No voy a contarle a mi hermana lo que sé: que están haciendo daño a Cassian, que un draki malvado está torturándolo en algún lugar. Que yo estoy sintiendo lo que sucede.

Por mucho que ahora le desagrade Cassian, todavía hay una historia de la que Tamra no puede escapar. Una historia de afecto y anhelo, de desearlo y no conseguirlo jamás. Ella no lo querría herido, no lo querría... muerto. Y tampoco quiero contarle a Miram lo que está pasando y arriesgarme a que se niegue a huir con nosotros. Cassian habría querido ver sana y salva a su hermana. No puedo permitir que todo esto haya ocurrido para nada.

Me obligo a moverme, procurando fingir que no siento el dolor, que no estoy dejando atrás una parte de mí.

—Estoy bien —aseguro—. Vámonos.

Will trabaja delante de nosotros, usando sus recién descubiertos poderes para ensanchar el túnel y guiarnos a la libertad. Nosotras combatimos con el remolino de polvo y tierra y avanzamos tras su estela.

Miro fijamente la espalda de Will, intentando no culparlo, intentando no sentirme furiosa. Es una dura batalla. Al cabo de varios minutos, percibo que Will está cansado, aunque no se detiene, no se da por vencido. Darse por vencido no es propio de él; yo lo sé de sobra. Sigue adelante, tenaz, con la tierra silbando a nuestro alrededor en un veloz rugido. Pienso en preguntarle si sabe adónde vamos... ¿Vamos a aparecer justo en mitad del pueblo? Eso seguiría complicando las cosas, la verdad.

Casi me echo a reír ante esa imagen, pero no lo hago: podría suceder. Todavía puede que no salgamos de esta. Todavía podemos morir. Aunque Will ignore hacia dónde vamos, ya no puede parar. No hay vuelta atrás. A nuestra espalda nos espera la muerte, de modo que no digo nada y confío en él, dejando que nos saque de este infierno.



## 8

No estoy segura de durante cuántas horas avanzamos, pues el tiempo ha quedado en suspenso y da la impresión de que estamos atrapados en las mismas entrañas de la tierra. Sin embargo, de pronto Will empieza a reducir el ritmo. Ya hace

mucho que me he acostumbrado a la oscuridad, a la neblinosa arena que lo cubre todo, pero, aun así, entomo los ojos cuando él me hace una seña para que pare.

—Esperad aquí —dice—. Enseguida regreso.

Yo me detengo y levanto un brazo para que las otras paren también. Will sigue adelante, encorvándose levemente, hasta que lo pierdo de vista en la creciente nube de tierra.

Y entonces nos quedamos solas en la oscuridad. Siento las respiraciones de las chicas a mi alrededor, húmedas y ásperas en el aire seco y chisporroteante, mientras partículas de tierra flotan entre nosotras como polvo de hadas. Doy un salto cuando por fin oigo la voz de Will:

—¡Vamos! ¡Hay vía libre!

Avanzamos con impaciencia, siguiendo el camino que Will ha excavado para nosotras. Yo voy en cabeza, y soy la primera en ver la luz más adelante. Es como despertar bajo el sol. Pestañeo, protegiéndome los ojos con las manos. A través de la masa de tierra desigual que nos rodea, distingo una abertura dentada en la distancia. Trozos de raíces y hierba cuelgan por el borde.

No veo a Will. Ha desaparecido, y durante un momento se me contrae el pecho y mi corazón aletea de pánico. Luego aparece su cara, asomando por el agujero, que apenas es lo bastante ancho para sus hombros.

—Todo está despejado. No nos encontramos lejos de donde aparcamos la furgoneta. —Nos lanza unas prendas de ropa y nos ordena—: Desmanifestaos y vestíos.

Obedecemos y Miram, Tamra y yo nos ponemos nuestra ropa.

Le tiendo una sudadera y un pantalón a Lia, y hago una pausa al verla como humana por primera vez. Ojos enormes, pecas y una nariz levemente respingona. Apenas aparenta tener doce años. Sus ojos siguen mostrando arrepentimiento, y yo desearía poder librarla de su sentimiento de culpa. Es demasiado joven para soportar una responsabilidad tan dura. La carga de quién vive y quién muere en una cloaca de enkros no debería pesar sobre sus hombros.

—Vamos.

Las tres me siguen cuando salgo a la superficie por el estrecho agujero, bizqueando como un topo que emerge de su madriguera. La última luz del día se desvanece, tiñendo el aire de un tono rojizo dorado. Motas de polvo bailan en los difuminados rayos de sol. Yo me dejo caer al suelo, hundiendo los dedos en la tierra. Inhalo a duras penas una bocanada de aire dulce y fresco. «Cassian», me digo, y pensar en él, abandonado tras nosotros, me desgarran como una herida recién abierta.

Busco a Cassian en mi interior, con la esperanza de dar con él, con la esperanza de que pueda sentirme... «Tu hermana está a salvo, Cassian. Se encuentra bien. Y yo también».

Haré lo posible para que lo sepa, y así espero tranquilizarlo. Espero darle una razón para luchar..., y para que halle el camino de vuelta hasta nosotros.

Entonces lo noto. Como un leve grito en la noche, su alivio me alcanza, me envuelve como un viento cálido.

—Jacinda... —oigo, y levanto la vista.

Will está ante la parte trasera de la furgoneta, manteniendo

una puerta abierta e indicándonos con señas que vayamos. La ansiedad de su expresión me recuerda que esto no ha terminado. Me pongo en pie, reacia a irme incluso cuando sé que debemos hacerlo. Marcharse es, de algún modo, como cerrarle la puerta a Cassian para siempre. Ahora noto su presencia, pero, como sé por mi madre, cuanta más distancia haya entre nosotros, más se debilitará nuestra conexión, y eso me produce un malestar que me encoge el pecho. Ahora mismo, lo único que me queda de él es nuestro vínculo.

Will me observa con atención, y sé que se imagina lo que estoy pensando. Me siento culpable y luego irritada. Detesto no poder estar abiertamente destrozada por dejar atrás a Cassian sin preocuparme por los sentimientos que eso provocará en Will.

Tamra ayuda a Miram a montarse en la furgoneta. Observo cómo sube al interior; parece una vieja.

Lia nos mira a Will y a mí, claramente dubitativa, y supongo que está percibiendo la tensión. Sus ojos se detienen en Will, y sé que intenta averiguar quién es..., un humano con el talento draki de manipular la tierra.

—Todo va bien, Lia. Sube al coche —le digo, y luego Will y yo nos quedamos solos fuera del vehículo.

Lo cierto es que nada parece ir bien.

Aunque me haya desmanifestado, sigo hirviendo bajo mi piel. Las emociones de Cassian me recorren mientras miro a Will. Incluso aturdida por esa sensación, me dan ganas de maldecir, llorar y golpear a Will por lo que ha hecho. Esos sentimientos son de lo más injusto, lo sé, pero soy yo quien está experimentando

todo el sufrimiento de Cassian. Lo estoy viviendo con él.

—Entra —me ordena Will, recordándome que, tenga lo que tenga que decirle, este no es el momento.

Nos hallamos a muy poca distancia del cuartel general de los enkros y, por tanto, todavía no estamos a salvo.

Me encamino a la furgoneta justo cuando un helicóptero cruza el cielo por encima de nuestras cabezas, volando tan bajo que produce un fuerte viento. Luego pasan dos más. Refuerzos...

Miro hacia arriba y luego bajo la vista hacia el valle, donde descubro que hay varios coches en la carretera principal, dirigiéndose a toda velocidad a la entrada del cuartel general. Bajo una luz cada vez más débil puedo ver la frenética actividad que hay en el aparcamiento de los enkros.

—Vámonos. ¡Ya! —grita entonces Will, y yo me lanzo a la parte trasera de la furgoneta.

En apenas unos segundos, oigo cómo se cierra la puerta del conductor y nos ponemos en marcha, acelerando. El vehículo vira bruscamente, tirándonos a todas por el suelo. Lia choca contra mí y la rodeo con un brazo para que no dé bandazos, mientras la furgoneta traquetea como una bestia ronroneante.

Tamra sujeta a Miram, que me taladra con la mirada.

—¿Qué pasa con mi hermano? —Para ella, no está perdido. Tamra intenta hacerla callar, pero Miram no se da por aludida e insiste: Jacinda... —Yo sacudo la cabeza, incapaz de decir nada—. ¿Vamos a marcharnos sin Cassian? ¿Vamos a olvidarnos de él?

—Se ha ido —susurra Lia, y entonces la atención de Miram se

desvía hacia ella.

—¡Tú cállate! Tú has soltado a ese monstruo. Todo esto es culpa tuya.

Lia se estremece en mis brazos, vuelve la cara y se queda contemplando estoicamente las puertas de la furgoneta.

—Jacinda... —Tamra se desliza hacia mí y me toca ligeramente el hombro, pero aunque se trata de mi hermana, me zafo de su contacto con una sacudida.

Ahora estoy rodeada por el terror de Cassian, pegajoso y profundo; se cuela en mis poros y echa raíces en mis huesos. Es lo único que puedo sentir, lo único que soy: una criatura que vive y respira miedo.

Me pego al frío metal de la pared del vehículo. Arropándome con los brazos, me estremezco, lucho contra la embestida de las emociones de Cassian.

La parte más básica de mí quiere liberarse, pero el resto se aferra a él, esforzándose por mantener la conexión mientras la distancia crece entre nosotros. Cassian no estará perdido mientras yo sienta su presencia.

—Jacinda... —repite Tamra, insistiendo para que dé muestras de que la he oído.

—Estoy bien, pero no... me toques —le pido, apretando los dientes cuando otro helicóptero ruge cerca.

Encerradas en las sombras de la furgoneta, las cuatro miramos hacia arriba con la inquietud de que el helicóptero nos descubra y finalmente soltamos un suspiro colectivo cuando el sonido de las hélices se aleja.

Entonces se intensifica el sufrimiento de Cassian, y su miedo es tan amargo que me sube a la boca y me empuja a caer de costado. No puedo preocuparme de nada ni pensar en otra cosa que en esto. Una quemazón helada penetra en mi cuerpo. Suelto un resoplido, arqueo la espalda. Doy puñetazos al suelo del vehículo, como si eso pudiera proporcionarme alguna clase de alivio...

—¡Jacinda! ¿Qué ocurre? —exclama Tamra, pero su voz es un eco distante en mis oídos.

Otro helicóptero vuela por encima de nosotros con un ruido ensordecedor, y luego se va, difuminándose en un zumbido.

—Cassian... —mascullo con los dientes apretados.

No es el draki gris el que está haciéndole esto. Lo sé con una profunda vibración en mis huesos.

Alguien más lo tiene..., alguien más está con él. Su miedo sabe diferente..., más acre.

Cierro los ojos mientras mi agonía —su agonía— se transforma en otra cosa.

Me invade el terror. Me acurruco formando un pequeño ovillo mudo, sujetándome con fuerza.

Y de repente estoy bien. Yo estoy bien, pero él no. Cassian no está bien; no está de ninguna manera: se ha ido. Así, sin más.

Es como una cuerda que se rompe. Ya no hay nada. Ninguna conexión, ningún vínculo. Ni rastro de Cassian. Sin embargo, es demasiado pronto para que la distancia nos haya separado... El sonido de mi corazón desbocado me colma los oídos. Rebusco en mi interior, intentando localizar a Cassian, buscando una prueba

de que sigue ahí, conmigo, pero no encuentro ni una migaja, de modo que doy una sacudida con un grito ahogado y grito su nombre.

Nos detenemos unas horas más tarde.

Yo ya he parado de chillar, consciente de que estaba asustando a los demás. No puedo ni imaginar qué habrá pensado Will, sentado al volante, conduciendo mientras yo gritaba en la parte de atrás. Ahora estoy abrazada a mí misma, meciéndome adelante y atrás como una niña necesitada de consuelo. Y eso soy, en muchos sentidos. Desde el principio, Cassian siempre ha estado ahí. Incluso en Chaparral, cuando no estaba con nosotras, estaba ahí, como un espectro constante. Y luego apareció..., y no se marchó ni siquiera cuando yo deseaba que lo hiciese. Siempre cuidaba de mí. Y ahora se ha ido...

Tamra intenta consolarme, pero yo apenas puedo hablar con nadie. Y menos con Miram. ¿Cómo voy a mirarla a la cara y contarle lo que sé? Que Cassian se ha ido, que está muerto.

En un momento dado, Tamra le explica en susurros que Cassian y yo fuimos forzados a unimos en la manada..., y que, a pesar de eso, yo escogí a Will.

Veo que Miram se echa hacia atrás; en sus deslustrados ojos marrones centellea la furia. Se gira hacia mí con una mirada que conozco bien. Me odia más que nunca. Desde su perspectiva, he rechazado todo lo que debería haber aceptado con los brazos abiertos: nuestra manada, la vida draki, a su hermano... Eso no

puede comprenderlo, y yo no espero que lo haga.

¿Cómo he podido escoger a Will en vez de al preciado príncipe de nuestra manada? Esa es la pregunta que veo en su cara, y no hay una razón sencilla que pueda darle.

Por otro lado, en Will no hay nada sencillo. Vuelvo a pensar en lo que puede hacer —doblegar la tierra, resistir el efecto de los ocultadores, su inmensa fuerza—, y me parece manifiestamente inexacto considerarlo humano. Sin embargo, tampoco puedo pensar en él como en un draki. Y eso me resulta muy triste. Will no pertenece a ningún lugar, a ningún mundo: ni al de los humanos ni al de los drakis.

«Pero me pertenece a mí», me digo, y esa convicción sigue ahí, tan insensata y peligrosa como siempre, introduciéndose en mis huesos y mi corazón. Es un hecho que no cambiaría ni aunque pudiese.

De pronto la puerta trasera de la furgoneta se abre y Will aparece en la quietud del anochecer. Se ve un oscuro bosque a su espalda, y yo sé que se ha asegurado de alejarse del cuartel general. Estemos donde estemos, ahora nos encontramos a salvo.

Su mirada se pasea por todas antes de detenerse en mí. La preocupación está ahí, reluciendo en las profundidades avellana de sus ojos. Sin duda ha oído mis gritos, pero no ha podido parar hasta ahora.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Yo le sostengo la mirada y contesto:

—Se ha ido. Cassian ha muerto.

Me ahogo con esas palabras; odio tener que pronunciarlas.

Sobre todo delante de Tamra y Miram, pero ya no puedo seguir ocultando lo que sé.

Will guarda silencio. Aunque su rostro no revela nada, yo capto un destello de algo más en sus ojos, pero no estoy segura de qué significa.

Miram suelta un gemido y se desploma en los brazos de Tamra.

—Lo lamento —dice Will al cabo.

Noto que mi gesto amenaza con descomponerse y respiro hondo, conteniendo el ardor de nuevas lágrimas. No debería derrumbarme otra vez. Pero esto es horrible, sentir este dolor por Cassian y no poder expresarlo porque no quiero ser insensible con Will... No quiero que Will piense que estaba enamorada de Cassian.

Se produce un momento de silencio incómodo y luego Will mira a nuestro alrededor.

—Tenemos que seguir un poco más. No me hace mucha gracia esta parada, pero quería comprobar cómo estabais. Unas horas más, y podremos comer y descansar un poco.

Aguarda un instante, como si yo fuera a contestarle, pero ninguna de nosotras habla. Lo único que se oye son los sollozos de Miram. Yo no vuelvo a mirar a Will. No puedo; no con estos espantosos sentimientos dando vueltas dentro de mí. En vez de eso, asiento bruscamente con la cabeza y a continuación la puerta se cierra de golpe. Oigo el sonido de sus pasos y el de la puerta del conductor. Al cabo de unos momentos, la furgoneta está traqueteando de nuevo y nos internamos en la noche.

—Tú has hecho esto, Jacinda —susurra Miram acaloradamente, sin hacer caso de mi hermana, que le pide que se calle—. Tú has hecho esto. Cassian está muerto por tu culpa.

—¿Y acaso tú no tienes nada que ver? —le espeto. Me duele por dentro, y desde luego no tengo ningún deseo de soportar todo el dolor que está provocando este incidente..., ni toda la culpa—. ¿No fuiste tú la que me siguió y logró que nos atraparan? ¿No fuiste tú la que se negó a escapar conmigo a la primera oportunidad que tuvimos?

Ella me mira llena de odio, y sus anodinos ojos de visiocriptora casi parecen vivos. Pero en ellos brilla también otra cosa: la certeza de que tengo razón. Miram no puede ocultar completamente su cargo de conciencia. Y entonces me acuerdo de Cassian y del amor que sentía por su hermana. Saber que Miram se culpará para siempre hace que me sienta peor. Incluso Tamra me mira tan defraudada que me siento fatal.

Luego Miram se sorbe la nariz y clava la vista en una de las paredes de la furgoneta, y Lia comenta, soltando un resoplido:

—Y yo que creía que estaba obsesionada con el drama de mi vida...

Me vuelvo a mirarla, a esta niña, a esta desconocida. No cuento con la energía suficiente para preguntarle por su vida, de dónde procede y cuál es su drama. En cualquier otro momento me habría encantado conocer a un draki de otra manada, para hacer comparaciones y averiguar si hay una forma de vivir mejor fuera de mi manada, lejos de los autoritarios métodos de Severin. Pero ahora no puedo pensar en eso. Quizá más tarde.

Me tumbo de costado, deslizo una mano debajo de la mejilla y me quedo mirando sin ver. Qué extraño: he dejado atrás el cuartel general de los enkros, la prisión que casi acaba conmigo, y, sin embargo, no siento que haya escapado.

Aún me siento vencida, su eterna prisionera.



## 9

Nos detenemos varias horas más tarde al lado de una pequeña carretera rural.

Debemos debatir nuestros próximos pasos. El plan era separarse en este punto: Cassian y Miram regresarían a la manada

mientras nosotros nos iríamos por nuestra cuenta. Evidentemente, después de lo ocurrido todo ha cambiado.

No me veo volviendo al pueblo, y mucho menos ahora, sin Cassian. Sin embargo, Miram necesita llegar a casa.

Trago saliva y cierro los ojos. Tendré una diana pintada para siempre en la espalda cuando la manada se entere de lo sucedido con Cassian. Alzo la cara a la noche, para que la brisa me acaricie la piel, y sé que jamás me dejarán marchar, jamás dejarán de perseguirme. Me culparán por lo de Cassian. Severin no descansará hasta que yo pague por ello, hasta que vuelva a la manada como una prisionera. Mandará a uno de los más fuertes tras de mí. A Corbin. Aunque sea primo de Cassian, no posee ni una pizca de su integridad. Él no tendrá la menor compasión de mí.

—Jacinda...

Me sobresalto ante el sonido de mi nombre. Soy la única que sigue dentro del vehículo. Tamra está fuera, mirándome, con tensa expresión de inquietud y una arruga en la frente. Will se halla justo detrás de ella, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro. Nunca lo había visto así, tan poco seguro de cómo acercarse a mí.

Yo bajo deprisa y me quedo frente a él. Mi mente susurra que debería decirle que nada de esto es responsabilidad suya. Tengo que asegurarle que no lo culpo por haber hecho que abandonáramos a Cassian. Él se lo merece. Pero no puedo mirarlo y pronunciar esas palabras. Por mucho que mi cabeza me diga que lo haga, mi corazón se niega. Es demasiado pronto; mi dolor está demasiado vivo, y no puedo darle voz. En vez de eso, paso ante

Will sin detenerme.

Veo las siluetas de Lia y Miram en la distancia, junto a dos faroles eléctricos. A su lado hay varios sacos de dormir, aunque ellas no hacen el menor intento de desenrollarlos.

Los pasos de Will suenan detrás de mí y yo suspiro, consciente de que no puedo ningunearlo eternamente. De hecho, no deseo ningunearlo; deseo que todo vuelva a estar bien entre nosotros, pero no estoy segura de que eso sea posible ahora mismo. No puedo tragarme mis sentimientos y fingir que estoy bien. Aunque haya elegido a Will, Cassian es —era— parte de mí. ¿Y qué significa eso para Will y para mí si no me siento libre para expresar mi pena?

Abro la boca para hablar sin saber todavía qué decir cuando veo que Lia empieza a desprenderse de su ropa. Lo entiendo de inmediato. Sé que va a abandonarnos.

Sin embargo, Miram no lo capta.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta, mirándola como si hubiera perdido el juicio.

Lia encoge sus huesudos hombros como si fuera obvio y responde:

—Me voy a casa.

Sus ojos negro-azulados se clavan en los míos. Después de quitarse a patadas los pantalones, demasiado anchos para ella, dobla toda la ropa y ata las mangas de la sudadera para que no se escape nada, formando una especie de asa.

Luego se sitúa frente a mí cuadrando los hombros.

—Gracias —me dice—. Me has salvado la vida. Nunca lo

olvidaré. Ni a ti tampoco.

—¿Estás segura? —replico con un nudo en el estómago—. ¿Sabes cómo...?

—Conozco el camino a casa.

Sin embargo, yo vuelvo a intentarlo. Lia es muy joven. No me parece correcto permitir que se marche sola.

—Pero no puedes volar durante el día. ¿Qué harás...?

—Durante el día descansaré. No debería costarme mucho llegar a casa. Un par de días. Estaré bien.

Sonríe llena de confianza, y me doy cuenta de que no es una niña. Ya no. ¿Quién podría serlo después de haber sido prisionero de los enkros?

Además, sé que Lia estará bien. Es una draki acuática; nunca se alejará demasiado de una fuente de agua. Eso le proporcionará protección si la necesita. Durante un breve momento, pienso en proponerle que se quede con nosotros, pero ¿qué podemos ofrecerle excepto riesgo e inestabilidad? Probablemente estará mejor en cualquier otro sitio.

—Adiós, Lia —replico entonces—. Ten cuidado.

—Oh, lo tendré. El resto de mi vida será muy aburrido, te lo prometo.

Yo sonrío un poco.

—Eso suena paradisiaco.

Lia me sorprende con un rápido abrazo antes de girarse y dar unos pasos. Su exterior humano desaparece mientras se manifiesta en el azul intenso de los drakis acuáticos. Luego se va, elevándose en el aire de la noche, y me quedo mirando el oscuro brillo azul de

su cuerpo hasta que se funde en el cielo nocturno.

Contemplar cómo se marcha es como cargar con otro peso, un nuevo dolor añadido, pues sé que no volveré a verla nunca más... Jamás sabré con certeza si ha conseguido llegar a su casa y ha conquistado esa vida aburrida que acaba de mencionar.

—Venga, Miram —interviene Tamra delicadamente—. Vamos a desenrollar estos sacos de dormir. —Luego mira a Will y le pregunta—: ¿Hay algo de comer?

Él asiente con la cabeza y regresa a la furgoneta.

La mención de la comida hace que me ruja el estómago, pero mi cansancio es mayor. Siento las extremidades de lo más pesadas. Me agacho para desplegar mi saco y me deslizo en su interior, con la necesidad de hacer algo para escabullirme..., aunque solo sea simular que estoy durmiendo. Enfrentarme ahora a Will, decirle lo que hay en mi corazón —o mejor: lo que no hay, lo que está muerto y perdido—, es sencillamente demasiado para mí.

Pero al final no necesito fingir. En cuanto mi cabeza toca el suelo, el agotamiento me vence y caigo dormida.

Me despierto bruscamente, con todos los músculos de mi cuerpo en tensión. Una extraña sensación de euforia vibra en mi interior. Me incorporo, y el tejido plastificado del saco de dormir resbala hasta mi cintura con un susurro áspero.

Examino el espacio que me rodea. Miram y Tamra duermen cerca de mí. Durante un momento, admiro la melena de mi hermana, una cascada plateada que se derrama por el suelo. Ya me

he acostumbrado a verla. Ya no pienso en ella como la nueva Tamra; es simplemente Tamra. Mi hermana. Suelto un suspiro. Por lo menos no la he perdido a ella.

«Y todavía tienes a Will», me recuerdo, y lo busco con la mirada.

Lo localizo y compruebo que está observándome, sentado con la espalda apoyada en un árbol, con una pierna doblada y un brazo sobre la rodilla. Casi creo que ha estado esperando a que me despertara.

Yo me siento un poco más recta y lo llamo.

El tenue sonido de mi voz chirría en la quietud del bosque. Miro a las chicas dormidas, temiendo haberlas despertado, pero ellas no se mueven.

—¿Por qué estás despierto? —le pregunto.

—Solo estaba aquí, pensando.

—¿En qué? —replico, humedeciéndome los labios.

Él se queda mirándome un largo minuto en la distancia; sus ojos avellana no son más que dos destellos oscuros.

—En si te preguntarás eternamente si yo quería abandonar a Cassian.

Contengo la respiración, y me cuesta un momento responder. Cuando lo hago, me alegra la firmeza de mi voz.

—¿Querías hacerlo? —le digo, aunque no sospecho ni por un instante que lo quisiera. Will no es así.

Él niega con la cabeza contra el árbol.

—Yo hice lo que él quería que hiciera, Jacinda. Lo vi en sus ojos. Era lo único que podía hacer.

Yo asiento lentamente.

—Eso es cierto.

Sus ojos se entrecierran y me atraviesan.

—Pero no es lo bastante bueno para ti.

—Yo no te culpo, Will.

—No tienes que hacerlo. Lo veo en tus ojos. Ni siquiera dejas que te roce la mano...

¿Will cree que lo culpo de haber perdido a Cassian? Salgo del saco de dormir, decidida a sacarlo de su error. Puede que al principio estuviera cabreada, en ese primer momento, pero incluso entonces sabía que Will había hecho lo único que podía para que el resto lográramos sobrevivir.

Él me observa con firme intensidad mientras me acerco; mis pasos crujen sobre las hojas secas.

—¿Qué haces? —me pregunta cuando me siento a su lado, decidida a demostrarle que no estoy enfadada con él..., que creo en él. En nosotros.

He estado tan concentrada en ocultarle mi dolor, temiendo herirlo al mostrar mi pena, que resulta que lo he herido igualmente.

—Demostrártelo —le contesto.

—¿Demostrarme el qué?

—Que estamos bien. Sé que habrías salvado a Cassian de haber podido. Yo no pretendía que pensaras que te culpaba por eso. He estado evitándote porque me sentía culpable.

—¿Culpable por qué?

—Por echar de menos a Cassian. Por sentirme tan... triste.

Sacudo la cabeza. «Triste» parece una palabra de lo más inapropiada. He perdido para siempre una parte de mí. Una parte de mí está muerta. Cassian se materializa en mi cabeza, y es como un fuerte golpe, como un puñetazo directo al estómago, y no puedo respirar. Mi pecho se eleva a duras penas en busca de aire y un rizo rebelde cae ante mis ojos.

—No tienes que fingir que no te duele. No te sientas culpable por sentir. Por... —Will hace una pausa, y veo que le cuesta pronunciar las siguientes palabras—. No te sientas culpable por querer a Cassian.

Se me contrae el corazón, y sé que amar a Will es lo correcto. Siempre lo ha sido. Que diga esas palabras solo demuestra que mi instinto nunca se ha equivocado sobre lo nuestro, sobre él. Will nunca haría nada para herir a nadie deliberadamente. No a mí. Ni siquiera a Cassian.

Will me retira el rizo de la cara con ojos tiernos y susurra:

—Jacinda, no tienes que demostrarme nada. Sobre todo porque yo mismo no estoy tan convencido como tú.

—¿Qué quieres decir? —replico, arrugando la frente.

Él suspira, y su expresión se tensa como si le doliera algo.

—No dejo de reproducir mentalmente ese último momento, preguntándome si habría habido alguna manera... de no dejar atrás a Cassian.

Yo le cojo la cara con las manos y lo obligo a mirarme, decidida a que me oiga.

—Tú hiciste lo que pudiste, Will.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

—Porque si lo hubieras hecho a propósito, no estarías torturándote. Y porque tú nunca me harías daño.

Y esa es la pura verdad. Esa ha sido la verdad desde el primer día, desde que nos conocimos. Él no le haría daño a Cassian si eso me hiciera daño a mí. Lo sé.

Deslizo el pulgar por su labio inferior, recorriendo su forma, memorizando su suave textura. Él cierra los ojos y yo acerco mi boca. Will separa los labios y yo noto la calidez de su aliento.

Luego abre los ojos, que están más oscuros que hace unos instantes, y yo siento una gran satisfacción al ver el efecto que provocho en él.

Me aproximo más y bajo las manos a su pecho, besándolo delicadamente, despacio. Luego me separo y vuelvo a mirarlo a los ojos, muy cerca de los míos. Relucen oscuramente. Me inclino para darle otro beso, pero él me detiene con una firme mano en el hombro.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—No tienes por qué hacer esto.

—¿No quieres que...? —digo, sacudiendo la cabeza, y él entorna mucho los ojos.

Mira hacia donde duermen Tamra y Miram y luego suelta un resoplido de frustración. De pronto, se levanta y me coge de la mano, arrastrándome tras de sí, serpenteando entre los árboles. Avanzamos en medio de una hierba muy alta. Will me sujeta cuando tropiezo con una rama caída. Sus dos brazos me rodean, sólidos y cálidos. Yo contemplo su rostro y me pierdo en el oscuro resplandor de sus ojos. Sus ojos son muy nítidos, pero el resto de

su cara está borroso, todo líneas sombrías.

El profundo terciopelo de su voz me acaricia, y yo me inclino hacia él.

—Te quiero, Jacinda. Con todo lo que soy. Con todo el aire que respiro. Pero tú has perdido a alguien importante hoy, y no tienes que hacer nada para convencerme de tu amor. —Su respiración es un poco entrecortada, y su calidez me roza la mejilla.

Entonces yo me derrumbo contra él y libero las lágrimas que he estado conteniendo en su presencia. Me aferro a su camisa hasta que me duelen los dedos, blancos por la presión. Sus brazos me sujetan con fuerza.

Will es una buena persona. Ni más ni menos. De lo contrario, no estaría aquí, abrazándome mientras lloro por Cassian. De lo contrario, aún estaría con su familia de cazadores. Y probablemente yo habría muerto hace meses.

Y de repente la necesidad de besarlo lo es todo. Todo lo correcto y lo real, el bálsamo para mis numerosas heridas.

Mis labios encuentran los suyos. De mis párpados brotan lágrimas mientras nuestras bocas se funden. Sus manos se hunden entre mi pelo. Mis manos lo recorren todo. Will suelta un gruñido contra mis labios, y mi pulso late como un loco en mi garganta.

Me bajan lágrimas por las mejillas, y su sabor salado se mezcla con nuestro beso. En mi interior combaten distintas emociones: ansia, deseo de Will..., y un corazón roto por Cassian. Jamás habría pensado que esas sensaciones pudieran existir simultáneamente. Pero, de algún modo, estar con Will, perderme

en nuestro beso... mitiga el dolor de mi pecho.

Aprieto mi boca contra la suya, centrada en él, en la fusión de nuestros labios, en la sensación de su mano en mi nuca, en sus largos dedos entre los rizos de mi pelo. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo cepillé. Debe de tener un aspecto desastroso, pero a Will le da igual.

Me pierdo en los sabores y las sensaciones, en Will, y no percibo el movimiento del viento, cómo se me levanta el pelo de los hombros, el susurro de las hojas de los árboles..., ni el olor de algo nuevo hasta que ya es demasiado tarde.

El grito de Miram atraviesa la noche, y me devuelve al presente con un sobresalto.



## 10

Corro entre los árboles, respirando entre resuellos, con el pecho atenazado de miedo por lo que pueda encontrar. «Que Tamra esté bien. Y Miram también. No puedo perder a la hermana de Cassian, no después de que él haya muerto para salvarla», me digo

una y otra vez. De mi nariz brota humo cuando Will y yo irrumpimos al unísono en la zona de acampada.

Veo a mi hermana de inmediato, plantada en actitud protectora delante de Miram. Ya manifestada por completo, está envuelta en una fina nube de vapor. Como ocultadora, eso es lo único que tiene. Supone una gran defensa cuando se enfrenta a seres humanos, pero no ofrece ni protección ni defensa si se enfrenta a un congénere. Su talento carece de efecto sobre otros drakis.

Y es a otro draki a lo que se enfrenta...

Sacudo la cabeza, incapaz de aceptar lo que estoy viendo. El draki gris, todo músculos y tendones ondulados, se halla ante mi hermana. Lo único tranquilizador es que tiene la piel lisa, no erizada de incontables cuchillas. Pero sé que solo necesita un instante para armarse para la batalla. Lo recuerdo bien, y me estremezco de miedo por Tamra, con un temblor demasiado intenso para reprimirlo, así que me manifiesto. Mis alas se despliegan, desgarrándome la camiseta, mientras grito el nombre de mi hermana.

El draki gris me mira por encima del hombro, pero no se mueve, aunque entorna los ojos al reconocermelo.

Will está a mi lado, rozándome el brazo con el suyo.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto al draki gris—. Ahora eres libre.

Puede irse a donde quiera. ¿Por qué nos persigue?

Él se gira de nuevo hacia Tamra y la contempla como si nunca hubiera visto nada parecido a ella. Se me revuelve el estómago de

inquietud. La mira como si fuera un sabroso aperitivo que le gustaría probar.

—Eres libre —le recuerda Tamra—. Puedes irte.

Por fin él aparta la vista, pero no nos mira a ninguno. Alza los ojos al cielo, estirando el cuello.

Yo sigo su mirada. Al principio no veo nada excepto la oscura noche, y luego mis oídos captan un sonido: como grandes golpes de viento contra una vela. Lo reconocería en cualquier sitio: un draki en pleno vuelo.

Y luego es como si la propia noche se moviera..., como si un líquido negro se derramara sobre un aire casi igual de oscuro. Casi, solo casi. Distingo las alas y el brillo de unos ojos que conozco bien.

—Cassian... —digo con voz estrangulada.

Él aterriza sin el menor ruido, moviéndose más despacio de lo habitual; resulta evidente que está herido. Hace un gesto con la cabeza al draki gris, en una especie de reconocimiento silencioso.

¿Están juntos? ¿Cómo es posible? La última vez que los vimos, estaban intentando matarse el uno al otro.

—¡Cassian! —chilla Miram, y recorre a saltos la distancia que la separa de su hermano para lanzarse a sus brazos.

Mis músculos se tensan, deseando hacer lo mismo, pero vacilo. La situación ya es bastante complicada. Aunque estoy emocionada y aliviada por ver vivo a Cassian, soy consciente de que Will está a mi lado.

De modo que simplemente me acerco a Cassian y le pregunto:

—¿No estás muerto?

—Aparentemente, no.

Y entonces ya no puedo contenerme más. Lo abrazo, comprobando por mí misma la sólida sensación de su presencia.

—Pero estabas sufriendo mucho... Yo lo noté..., y luego, de repente, no había nada. Un vacío. Tú... habías muerto.

—Llegaron los enkros. Yo todavía estaba despierto, aunque mareado por el gas. Me dejaron inconsciente con una especie de tranquilizante.

Doy un paso atrás bajando los brazos, poniendo distancia entre nosotros mientras me giro a mirar al draki gris.

—¿Y qué? ¿Ahora sois amigos? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Cassian mira a nuestro alrededor con gesto cauteloso.

—Cuando recuperé el conocimiento, él estaba peleando con los enkros. El gas no le había hecho nada. Nos salvó a los dos. Escapamos por el túnel que vosotros habíais excavado. Los enkros no sabían qué hacer, pero enseguida empezaron a recorrerlo. — Encoge uno de sus grandes y musculosos hombros y añade—: Creo que pensaban que a lo mejor os habíais escondido al otro lado del túnel.

Desvía la vista hacia Will y mueve la cabeza con un gesto de agradecimiento. Yo sé que no solo está dándole las gracias por el túnel. Está dándole las gracias por haberme salvado, por haber salvado a su hermana. A todos nosotros.

Está dándole las gracias a Will por haberle hecho caso dejándolo allí. Will no entiende ni una de las palabras de Cassian, pero veo en su rostro que esto sí lo entiende.

—¿Y ahora confías en él? —le pregunto entonces a Cassian, señalando al draki gris con un pulgar.

—No habría conseguido escapar de allí sin su ayuda. Fue el primero en liberarse y neutralizó a varios de los enkros que nos custodiaban. Esto..., ¿tenéis algo de ropa a mano?

Yo señalo la furgoneta, dando por supuesto que sus cosas continúan ahí, y Cassian se encamina hacia el vehículo a grandes zancadas, seguido por su hermana.

En ese momento devuelvo mi atención al draki gris, que no parece tener prisa por desmanifestarse. Sigue mirando a Tamra con tal concentración que siento cierto malestar y la piel empieza a arderme y picarme. No estoy segura de que pudiera desmanifestarme ahora mismo ni aunque lo deseara.

Tamra tampoco parece demasiado cómoda con la atención que está atrayendo. Mira a su alrededor y se agacha a recoger su ropa, casi toda hecha jirones. La aprieta con timidez contra el pecho y empieza a caminar de espaldas, alejándose de ese draki que no puede dejar de contemplarla como si fuera a zampársela en cualquier momento. Luego, mi hermana echa a correr hacia la furgoneta, donde han desaparecido Cassian y Miram, dejándonos a Will y a mí solos con el draki gris.

Este da un paso adelante, como si fuese a seguir a Tamra, pero yo me interpongo en su camino resollando. El fuego se está abriendo paso por mi tráquea y sacudo la cabeza a modo de advertencia.

—Es mi hermana —anuncio, como si eso pudiera acabar con su interés por ella.

Al fin y al cabo, este draki intentó matarme, y eso es algo que no he olvidado, por mucho que en aquel momento comprendiera sus motivos. Él me mira, luego mira la figura de Tamra, y después vuelve a mirarme.

Y, aun así, sigue manteniéndose irritantemente callado.

—¿No tienes algún sitio al que ir? —Agito una mano, señalando en la dirección que tomó Lia—. Ahora eres libre. — Un sonido sordo brota de su pecho; no es un gruñido, pero se le acerca bastante. Yo ladeo la cabeza—. ¿Qué? ¿No dices nada?

—Jacinda, ¿qué estás haciendo? —me pregunta Will—. ¿Acaso intentas que se enfade?

Se coloca a mi lado, listo para unirse a cualquier refriega que pueda surgir. No entiende mis palabras, pero reconoce mi tono provocador. Aprieta sus cuadradas mandíbulas y un músculo se tensa en su mejilla.

El sonido brota de nuevo, menos parecido a un gruñido y más semejante a la lengua draki..., y entonces me doy cuenta de que es la lengua draki. Suena un poco oxidada por la falta de uso, pero es indudablemente la lengua draki.

—Escucha al humano —me aconseja el draki gris—. No me busques las cosquillas, piroexhaladora.

Me sobresalta su voz —muy profunda y gutural—, mucho más que la amenaza de sus palabras. Oigo pasos a mis espaldas y veo que Tamra se acerca dubitativa, vestida con una camiseta y pantalones vaqueros, con un aspecto a la vez normal y misteriosamente hermoso, con sus ojos de escarcha y su cabello plateado.

Sus grandes ojos están clavados con interés en el draki gris. Ahora parece menos incómoda. Yo frunzo el entrecejo. Parece menos incómoda y más intrigada, y eso solo hace que yo me sienta incómoda. No sé nada de este tipo, excepto que está diseñado para matar: es el arma perfecta. Pero, por otro lado, yo también lo soy.

—Quizá deberíamos desmanifestarnos —sugiero, mirando su cuerpo y el mío, relucientes en la noche—. Puede que así nos sintamos mejor.

Él ladea la cabeza y me lanza una curiosa mirada.

—Yo no me siento mal —replica.

Por supuesto que no. Puede cubrir todo su cuerpo de miles de cuchillas en apenas un segundo. ¿Por qué iba a sentirse mal?

—Desmanifiéstate —le espeto.

Pasa un largo momento antes de que él responda:

—No sé cómo hacerlo.

Me cuesta procesar sus palabras, pero cuando lo consigo, retrocedo. Necesito poner distancia, pues no me siento segura tan cerca de este draki que, esencialmente, es un dragón.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Will, captando de inmediato mi reacción, consciente de que algo va mal—. ¿Puedes desmanifestarte y hablar conmigo? Quiero saber qué está pasando.

—Jacinda le ha pedido que se desmanifieste y él ha dicho que no puede —le explica Tamra mientras se acerca con cuidado de quedarse detrás de mí, como si temiera aproximarse demasiado al draki gris.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

¿Que no sabe cómo hacerlo? ¿Cómo es posible? Eso es lo que somos, lo que hacemos los drakis. Nuestra parte humana es tan real como la parte draki.

—Ha pasado demasiado tiempo —contesta él—. Ya no me acuerdo.

Yo lo miro de arriba abajo.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Desde que me capturaron con mi manada. —¿Capturaron a toda su manada? Como si pudiera leerme el pensamiento, él continúa—: Estuvieron persiguiendo a mi manada durante mucho tiempo. Al final ya solo éramos un puñado: diecisiete individuos. Ningún niño. Ahora, yo soy el único que queda.

Yo me estremezco pensando en eso, en qué se sentirá al ser capturado junto con todos los que conoces y amas, familia y amigos. Y al perderlos a todos ellos.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —vuelvo a preguntar, sintiendo un nuevo dolor en el pecho.

Él niega con la cabeza, agitando su cabello de un rubio ceniza. El pelo le cae por los hombros..., tan enmarañado y salvaje como todo su ser.

—No lo sé con seguridad —responde con su áspera voz—. Ahí metido no cuentas los días. No es posible. Tengo la impresión de haber pasado varias vidas entre aquellas paredes...

Yo asiento, recordando bien que el único día que pasé allí se me antojó mucho más largo. Una eternidad.

—Vi cómo los míos iban muriendo a mi alrededor. Se iban marchitando hasta que la muerte los reclamaba, o bien los enkros

los mataban con sus experimentos. Yo deseaba morir para ser libre también.

Alza la vista al cielo, saboreando claramente el viento en la cara. Los puentes de su nariz se estremecen con cada inhalación.

—Ahora ya eres libre —le recuerdo.

—Ha pasado demasiado tiempo. Solo tenía catorce años cuando me cazaron —apunta, y sus labios se retuercen. El labio superior cubre unos dientes blancos como el hueso.

Tamra suelta un grito ahogado junto a mí.

El draki gris le dirige una especie de sonrisa.

—Supongo que ya no aparento catorce años, ¿verdad?

No, desde luego que no. Parece endurecido y experimentado. Probablemente sea mayor que yo.

Ha estado años con los enkros, por lo menos cuatro, y durante todo ese tiempo ha sido draki. No es de extrañar que su aspecto sea tan primitivo..., tan salvaje.

Tamra le traduce a Will en voz baja todo lo que decimos.

En ese momento regresa Cassian y me siento aliviada. No sé qué más decirle a este draki sin nombre, a este animal salvaje liberado de su jaula. Es comprensible que haya actuado de ese modo.

—Necesita un sitio al que ir —declara Cassian con una voz cargada de la seguridad de los destinados a gobernar, a dominar, sobre todo si Severin tiene voz y voto—. Nos lo llevaremos con nosotros.

Yo giro en redondo.

—¿A la manada? —inquiero.

Eso no me convence. Aunque siento algo más de empatía hacia el draki gris, no puedo olvidar el peligro que supone.

—¿Adónde si no? —me pregunta Cassian—. No puede desmanifestarse. —Por lo visto, el draki también le ha explicado a él su situación—. No podemos dejarlo aquí solo.

Y entonces recuerdo que yo no voy a volver. Cuando salí del pueblo, no tenía intención de regresar jamás, y ahora que Cassian puede escoltar a Miram de vuelta a casa, ya no es necesario que lo haga yo. No debería importarme que Cassian quiera llevar a una bestia salvaje a la manada.

Pero me importa.

No es como un interruptor que pueda apagar. Me preocupan Cassian y Az, y otros muchos que siguen viviendo en la manada. Introducir allí a este draki podría ponerlos a todos en peligro...

Observo a Cassian, que respira penosamente. Sigue herido, y se agarra un costado con la mano. ¿Cómo va a apañárselas con Miram y un draki que no puede desmanifestarse? ¿Él solo?

—Es un poco impredecible, ¿no te parece? —comento.

—Dejarlo aquí sería una irresponsabilidad —replica Cassian, señalándolo—. No tiene manada, no tiene adónde ir. No podemos dejarlo suelto. Una de dos: o volverán a capturarlo o acabará haciéndole daño a alguien.

—Jacinda, eso es lo correcto —interviene Tamra.

Entonces yo suelto un gruñido de frustración por todo lo que está ocurriendo y por el altruismo de mi hermana.

Luego me siento mal porque sé que no es justo pensar así. Tamra está aquí por mí. Cuando nos marchamos de casa, a ella le

habría encantado dejar atrás a la manada para siempre e ir en busca de nuestra madre. Pero yo la convencí para retrasar el plan y rescatar a Miram. Lo menos que le debo es escuchar su opinión.

Con esa idea, reprimo las ganas de llevarle la contraria y me dirijo a la furgoneta a buscar más ropa..., y a intentar calmarme lo bastante para desmanifestarme.

Will se queda con los demás, mirando con cautela al draki gris, y sé que no va a bajar la guardia ni un instante. No solo porque nota mi inquietud, sino porque no puede evitarlo. Como cazador, lo quiera o no, posee su propia cuota de instintos bien aguzados.

Eso me apacigua un poco.

Hasta que mi mirada se posa en Cassian. Levanto la barbilla mientras le transmito que debería reconsiderar la idea de llevarse a ese draki a casa con él. Cassian aprieta las mandíbulas con resolución. Aun así, intento llegar hasta él. Me comunico con los ojos, con la conexión que vibra entre nosotros. Y luego suspiro. Pase lo que pase, eso siempre está ahí. Da igual lo que yo tenga con Will. También tengo algo con Cassian.



# 11

Rodeo la furgoneta hasta donde nadie puede verme. Agradeciendo la soledad, respiro hondo unos instantes, llevando aire fresco a mis ardientes pulmones. El calor se apacigua, y yo también. Mis alas se retraen, desapareciendo entre

los omóplosos con un crujido de huesos y cartílagos... hasta la próxima vez.

—Toma.

Me sobresalto un poco ante la voz de Will. Tras darme la vuelta, acepto la camiseta que me tiende y me la pongo.

—Gracias.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, clavando sus ojos en los míos.

—Sí, claro. Cassian está vivo.

Me estremezco por dentro al pronunciar esas palabras y me doy cuenta de que acabo de asimilarlo. Cassian está vivo. No está muerto. Me flaquean las piernas, están a punto de cederme...

Sin embargo, el recuerdo del draki gris eclipsa mi alivio. Mirarlo es como ver lo que yo podría ser, lo que nosotros podríamos ser —los drakis de cualquier lugar—, si nos tuvieran presos durante años y nos trataran como a animales salvajes. Y la forma en la que ese draki mira a Tamra me da malas vibraciones.

Will me observa muy serio.

—Nosotros vamos a marcharnos por nuestro lado, Jacinda, ¿lo recuerdas? No deberías sentirte responsable de ellos.

—Sí.

Asiento con la cabeza, aunque no estoy muy convencida. Las emociones de Cassian son muy intensas y tiran de mí. Él cree que necesita que yo vuelva a la manada. Lo necesita... o lo desea. No estoy muy segura de cuál de las dos cosas. Puede que ambas.

Tomo aire, y es entonces cuando capto su olor, ese aroma que es inconfundiblemente de Will. Al estar tan cerca de él de nuevo,

siento cómo mi pecho se contrae de dolor. En las últimas veinticuatro horas, ha habido momentos en los que me he preguntado si volvería a tener esto. Levanto la cara hacia él. Allí donde me mira Will, noto como si me tocara, como si me acariciara.

Dentro de poco solo estaremos él y yo. Y Tam. Estaremos a salvo y encontraremos a mi madre. Todo volverá a estar bien.

Aun así, sigo sintiendo cierta desazón.

Noto que el cuero cabelludo se me tensa con un hormigueo, consciente de que el draki gris se halla a solo unos metros de distancia. Y Cassian pretende llevarlo a nuestro pueblo, cuando ni siquiera él está en las mejores condiciones para regresar.

Y hay algo más que eso, algo que parece ir mal. Me preocupa que no hayamos escapado del todo. Puede que todavía no seamos libres. Aún tengo la sensación de que algo... se avecina.

Como si percibiera mis negros pensamientos, Will se acerca más. Sus manos suben y bajan por mis brazos. Yo lo miro y me pierdo en el mar profundo de sus ojos.

—Todo ha salido bien —afirma—. Lo hemos conseguido, tal como habíamos planeado. Y ya era hora. —Esboza una media sonrisa y añade—: Ya he esperado bastante tiempo para tenerte a solas.

Con sus esperanzados ojos fijos en los míos, yo no puedo pronunciar las palabras que arden en mi interior. No puedo decirle que, en lo más hondo de mi ser, en el tuétano de mis huesos, no tengo la sensación de que esto haya terminado, así que oculto mis sentimientos con una sonrisa.

—No estaremos demasiado solos, la verdad. Mi hermana estará con nosotros.

Will sonrío de oreja a oreja.

—Le caigo bien...

—¿Tú crees? —bromeo.

—Sé que es así. No intentes sembrar dudas en mi cabeza.

Sus dedos danzan sobre mis costillas, haciéndome cosquillas. Incluso ese leve contacto me deja sin aliento..., y no porque yo sea cosquillosa. Doy un respingo y salto a un lado, pero Will me sigue, me atrae hacia él y me apoya contra la furgoneta.

—A Tamra le caigo bien —repite— y se apiadará de mí lo bastante para darnos un momento a solas de vez en cuando.

Su mirada recorre mi rostro, caldeando mi piel.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Genial —respondo con tono burlón—. Todavía me debes una cita. Una cena, una película...

La risa se esfuma de sus ojos avellana y su mirada se torna seria e intensa. Rebosa el anhelo de alguien que ya ha esperado demasiado tiempo.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Te apiadarás de mí y aliviarás mi sufrimiento? —replica, hundiendo la nariz en mi pelo e inhalando profundamente.

—¿Es que has sufrido mucho? —susurro; mi vanidad se muere de ganas de oírlo.

—Sufro por ti..., por desear estar contigo siempre y no conseguir más que unos instantes robados aquí y allá —dice, y

entonces, como para subrayar su afirmación, el sonido de mi nombre se despliega en el viento.

—¡Jacinda!

Will suelta un gruñido y se cubre la cara con las manos.

—¿Ves lo que quiero decir?

Tamra se acerca; su cabello reluce como perlas bajo la luz de la luna.

—Ah, estáis aquí... Cassian cree que deberíamos ponernos en marcha ya, dice que todavía estamos demasiado cerca del cuartel general de los enkros.

Una pregunta acude en el acto a mi mente, «¿Y desde cuándo te importa lo que quiera Cassian?», pero me contengo. Cuanto menos le afecte Cassian, mejor: así podrá pronunciar su nombre como si jamás le hubiera partido el corazón.

—Claro —digo, escapando de la cálida solidez del pecho de Will con un suspiro. Nada me gustaría más que acurrucarme y dormir con él como almohada...

Tamra se aleja, y entonces oigo cómo se abre la puerta trasera de la furgoneta y voy hacia allí; no quiero dejar a mi hermana sola con ese draki que la mira como si fuera el primer rayo de sol que ve. Will me detiene y vuelve a atraerme rápidamente a sus brazos para darme un apasionado beso. Sus labios sobre los míos: eso lo es todo. Me deleito en la sensación de sus manos, la textura de sus palmas endurecidas al cogerme la cara. Sus pulgares presionan ligeramente mis mejillas y me derrito sobre él.

Cuando por fin nos separamos para tomar aire, Will susurra hacia mi pelo:

—Será solo hasta que llegemos al restaurante de carretera donde dejamos aparcado mi coche. Esperaremos hasta entonces.

Sus palabras son como un baño de agua fría. Debería hablar ahora y contarle que me preocupa dejar a Cassian herido con la responsabilidad de Miram y el draki gris...

Pero no consigo encontrar mi voz. Y puede que Cassian se haya recuperado lo suficiente cuando llegemos al restaurante. Después de todo, los drakis nos curamos rápido. Doblo mis dedos contra el fresco algodón de su camisa y lo abrazo un largo instante.

—No te preocupes por mí. Estaré bien.

La parte trasera de la furgoneta está abarrotada. Aunque Miram va sentada delante con Will, Cassian y el draki gris acaparan gran parte del espacio.

Cassian ha insistido en que Miram ocupara el asiento del copiloto con el argumento de que ya había pasado bastante tiempo encerrada en una celda. Como esa es una experiencia penosa —mi breve estancia con los enkros puede dar testimonio de ello—, yo no he protestado.

El draki gris parece demasiado grande. Se come todo el espacio, lo absorbe todo para él, dejándonos a Tamra y a mí apretujadas la una contra la otra, y yo pienso con añoranza en el asiento del copiloto que ahora disfruta Miram.

—Bueno, ¿y tú tienes nombre? —le pregunta Tamra al draki gris, y eso me pilló por sorpresa.

Su tono es un poco demasiado amistoso para mi gusto. Le

lanzo una mirada. Ella me la sostiene y se encoge de hombros. Observándolo con atención, consigo no poner los ojos en blanco. Este draki debe de tener un nombre. Existiría en algún sitio, probablemente en este mismo país, antes de que los enkros lo atraparan.

Él asiente una vez.

—Deghan —responde.

Deghan... Un nombre de sonoridad antigua; le va como anillo al dedo.

—¿Por qué no te concentras en intentar desmanifestarte mientras estás aquí metido? —le sugiere Cassian.

Deghan lo mira, torciendo los labios casi con disgusto. No lo culpo. ¿Quién quiere esforzarse abiertamente, con público, en hacer algo que no puede?

—Quizá en otro momento —se apresura a sugerir Tamra, con voz dulcemente reconfortante—. Solo has olvidado cómo se hace. Volverás a recordarlo.

Deghan la contempla con atención, sus ojos de peltre la devoran. No puedo descifrar sus pensamientos, pero sé que no me gusta que observe a mi hermana. Y punto.

Nos paramos en una cafetería en medio de ninguna parte. El sonido del tráfico en la autopista es esporádico. Capto el aroma de comida caliente en el aire incluso antes de que Will abra una de las puertas. Me ruge el estómago. Esta mañana hemos compartido una bolsa de rosquillas, que no es precisamente el alimento de los campeones. A todos nos vendría bien un poco de comida de verdad. Una brillante luz se cuela a través de la puerta trasera, y

yo bizqueo ante la intrusión.

—Es evidente que no podemos entrar todos a comer en el local —dice Will, mirando por encima del hombro para asegurarse de que no se acerca nadie que pueda ver a una criatura alada de más de dos metros en la parte trasera de la furgoneta—. Jacinda y yo podemos pedir comida para todos y traerla hasta aquí.

Hace un gesto con la cabeza, indicándome que baje del vehículo.

Yo me apeo y cruzo con él el aparcamiento. La grava suelta cruje bajo mis pies. Es un largo paseo. Will ha estacionado al fondo del recinto, lejos de las puertas y de ojos curiosos.

—Gracias —murmuro—. Es estupendo tomarme un respiro fuera de ese lugar.

—Ya me lo imaginaba —contesta él, cogiéndome de la mano—. Y Miram no parece tener muchas ganas de rodearse de humanos. No ha estado exactamente habladora.

Pedimos hamburguesas y patatas fritas. Me encargo de pedir raciones extra, sabiendo cómo come Cassian y suponiendo que Deghan tendrá un apetito igual de voraz.

Mientras esperamos el pedido sentados en taburetes ante la barra, me siento casi normal. Como Tamra nos ha interrumpido la última vez que estábamos juntos, es agradable disfrutar de este rato para los dos.

—¿Os apetecería beber algo mientras esperáis? —nos pregunta la camarera desde el otro lado de la barra.

Le decimos que sí, y nos sirve dos refrescos muy fríos en vasos

de plástico rojo.

Yo jugueteo con una pajita.

—Esto podría ser lo más parecido a una verdadera cita que tengamos en un tiempo...

Will niega con la cabeza.

—No es precisamente lo que yo tenía pensado. Podemos hacerlo mejor. —Me guiña un ojo—. Y lo haremos.

Saco la pajita de su envoltorio de papel, me llevo un extremo a los labios, coloco ambas manos ante la boca formando una especie de cuenco y empiezo a soplar, interpretando una melodía. Luego bajo las manos y le pregunto a Will:

—¿Impresionado?

—No puedes imaginar cuánto.

Yo asiento, satisfecha.

—Pues espera, que aún falta lo mejor.

Acto seguido, me pongo a interpretar una canción antigua, sacada de una peli de vaqueros. Una vez terminada, me echo hacia atrás con una floritura, hago una mueca y Will aplaude.

—No conocías este talento mío, ¿verdad? —alardeo, disfrutando de la situación.

—Supera con creces a tus otras... habilidades.

Me echo a reír y giro en el taburete. Me siento muy normal, muy bien y muy contenta al estar así con él. Feliz, tontorrón y despreocupada. Casi puedo fingir que los demás no están esperándonos. Will me atrapa las piernas y me detiene. Su cara es solemne cuando se inclina a besarme con esos labios suyos, tan frescos y suaves, sin importarle siquiera si alguien nos mira. Yo

agarro el borde de su chaqueta, atrayéndolo más hacia mí, profundizando el beso, deseando que estuviéramos solos.

Nos separamos al cabo de un momento y me quedo sin aliento. Will siempre ha sido guapo, pero me había olvidado del efecto de su sonrisa. El destello cegador de los dientes blancos, los profundos surcos que recorren su boca... Es una de las primeras sonrisas auténticas que le veo desde que escapamos del cuartel general de los enkros, y se me encoge el corazón. El color variable de sus ojos resplandece como piedras preciosas. Como si pudiera leerme el pensamiento, me dice:

—Pronto solo estaremos nosotros. Como ahora. Tendremos todo el tiempo del mundo por delante. Y tú podrás enseñarme a hacer música con una pajita.

Al cabo de un rato volvemos a la furgoneta con los brazos cargados de bolsas calientes y llenas de comida, cuya grasa se filtra a través del papel blanco. Por la ventanilla del copiloto, le pasamos a Miram la comida para ella y para Will. Miram nos da las gracias con una sonrisa forzada. Algo es algo. Ahora que Cassian ha regresado, quizá ella aprecie todo lo que he hecho para rescatarla. Puede que ahora las cosas sean diferentes entre nosotras. Noto un inesperado nudo en la garganta al descubrir que me gustaría que fuese así.

Antes de abrir la puerta trasera, Will me da un beso en la sien.

—Mañana seremos libres.

Yo vuelvo a tomar aire. Mañana. Me invade la ansiedad al pensar en todos los momentos que compartiré con Will, como el que acabamos de vivir en la cafetería. Pero serán aún mejores,

porque los besos y la charla no tendrán que terminar.

Will coge el tirador para abrir la puerta, pero de pronto se detiene.

Yo también me paro y me quedo mirándolo al ver que adopta la inmovilidad de un depredador.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

Él levanta una mano como si necesitara un silencio completo para escuchar.

Yo ladeo la cabeza y examino el aparcamiento. No hay nada en la gran extensión de grava negra, excepto un surtido disperso de coches y camiones. Algún cliente entra o sale de la cafetería. Aun así, los rasgos de Will están tensos, y sus ojos avellana registran la zona con gran atención.

Al cabo, sacude la cabeza, agitando su cabello castaño sobre la frente.

—Nada, supongo.

Abre la puerta trasera y me ayuda a subir. Mi última visión de él antes de que cierre la puerta solo me reafirma en que algo le perturba, aunque no sé qué es.

Tras darme la vuelta, le entrego comida a todo el mundo y me pongo cómoda para comer. Doy un mordisco a una patata frita e intento pasar por alto el hormigueo que siento en el cuero cabelludo.



12

Al principio resulta imperceptible. Solo es un ligero aumento de la velocidad, un gruñido algo más intenso del motor. Luego viramos bruscamente y todos rodamos a un lado de la furgoneta, mientras la comida vuela por los aires. Me golpeo la

cabeza contra el duro suelo.

Tamra aterriza sobre Deghan, que la sujeta con sus musculosos y sólidos brazos. Frunzo el entrecejo al ver la escena, pero no hay mucho que yo pueda hacer desde mi posición, desparramada contra el frío suelo de metal.

Otro sonido crece en el aire por encima del rugido de la furgoneta: el del viento y el de las bocinas de otros conductores mientras Will zigzaguea entre el tráfico.

—¿Qué está pasando? —chilla Tamra—. ¿Por qué Will está conduciendo como un loco?

Solo hay una razón. En mi interior, el fuego brota y me sube por la garganta. Noto carbón en la boca.

Cassian anuncia lo que yo ya sé en mis entrañas.

—Alguien nos persigue.

El escaso color del rostro de Tamra desaparece ante esta revelación. Reflejos de perla destellan bajo su piel.

—¿Enkros? —inquire.

Las pupilas de Cassian se estremecen al reducirse a líneas verticales y niega con la cabeza.

—No lo...

—Los enkros no se dedican a cazar —digo yo con los labios entumecidos.

Mis ojos se clavan en los de Cassian. Percibo su tensión, su disposición, pero no miedo. No como el que sentí cuando los enkros lo hicieron prisionero.

Finalmente, Cassian mueve los labios para pronunciar la palabra que da vueltas en mi cabeza:

—Cazadores.

Tamra suelta un suspiro entrecortado. Deghan le toca el brazo, en una sorprendente muestra de... No estoy segura de qué. ¿Apoyo? ¿Consuelo? No lo sé. Aún me cuesta conciliar a Deghan con el draki que intentó matarme. Mi inclinación natural es que no me caiga bien. Me pica el fondo de la garganta con el deseo de lanzarle un chorro de vapor. Y, sin embargo, debo admitir que es amable con Tamra.

Will da un volantazo y volvemos a rodar por el suelo. Mi hombro choca contra la pared, y suelto un grito. Luego nos detenemos de golpe, tras frenar en seco. Me incorporo con brazos temblorosos. El olor a neumático quemado me llena las fosas nasales.

—¡Jacinda! —Cassian me rodea con un brazo y me ayuda a sentarme—. ¿Te encuentras bien?

Yo asiento con la cabeza, todavía temblorosa y algo mareada.

—¿De-deberíamos salir? —tartamudeo, preguntándome qué estará sucediendo fuera del vehículo.

Más que oírlo, noto el portazo de la puerta de Will, que estremece toda la furgoneta.

Las puertas traseras se abren de repente con un torrente de luz y Will nos mira con nerviosismo. Miram, con la cara pálida por el pánico que todos sentimos, aparece de inmediato junto a él.

—Los he despistado —anuncia Will—. Pero nos pisan los talones.

—¿Son cazadores?

Él asiente con la cabeza.

—Sí.

Hay polvo flotando en el aire por la salvaje carrera de la furgoneta. Will mira por encima del hombro: primero observa la pequeña carretera rural junto a la cual nos hemos detenido, y luego examina la extensión de altos árboles que hay entre nosotros y la estrecha carretera.

—Pronto nos alcanzarán. Marchaos, corred. —Moviendo la cabeza, señala hacia los árboles—. Si os encuentran, comportaos como si estuvierais haciendo autoestop. No sospecharán nada si se tropiezan con un grupo de jóvenes. Es vuestra única oportunidad. Podemos reunirnos en el restaurante donde dejamos mi coche. No está demasiado lejos. ¿Recordáis el lugar?

Cassian asiente y luego Will mira a Deghan casi disculpándose.

—No tienes mucha suerte, colega. Es una lástima que no puedas cambiar. Será mejor que te alejes volando, te escondas o hagas lo que puedas. Mantente fuera de la vista.

Deghan sacude una vez la cabeza, comprendiendo la situación. Resulta obvio que está acostumbrado a valerse por sí mismo. Yo casi me siento aliviada. Si perdemos a Deghan, dejaré de preocuparme por la manada.

Will se pone en cuclillas y aprieta los dedos contra el suelo; su expresión es de una intensa concentración mientras siente a los que se acercan.

El corazón me martillea como un loco contra el pecho al comprender de inmediato qué es lo que está haciendo Will; me maravilla que tenga la capacidad de conectar con la tierra a

semejante nivel. Como cualquier draki térreo. Tal vez más. Es como si pudiera oír el susurro de la tierra.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunto. El temor se abre paso en mi interior ante la idea de separarme otra vez de Will. Otra vez no.

Él se cuadra y sus ojos se suavizan al mirarme, recordándome al musgo que crece en las rocas cubiertas de agua de los ríos.

—Ellos no me harán daño...

Me abalanzo hacia él y la agarro ambas manos.

—¡No! No pienso dejarte.

—No van tras de mí, Jacinda —replica, y la determinación de sus ojos me atraviesa. No va a cambiar de opinión.

—¿Cómo nos han localizado? —masculla Cassian, mirando a Will como si este pudiera saberlo.

Los ojos de Will pasan de mí a Cassian.

—No lo sé. Los enkros deben de haberlos alertado de la huida. —Agita una mano y añade—: Es probable que ahora mismo tengan cazadores cubriendo un amplio radio desde el cuartel general. No se tratará tan solo de mi familia, sino también de otros.

—¿Qué es esto? —Deghan mira a Will con recelo—. ¿Su familia se dedica a cazarnos?

—Su familia. No él —le explico.

Deghan no parece completamente tranquilizado.

—Sé cómo te sientes —le dice Cassian—. A mí me costó bastante aceptar que hay una diferencia entre él y ellos.

Yo respiro aliviada. Es la primera vez que Cassian admite que

Will es distinto.

Will me mira fijamente; sus ojos avellana reflejan tanta determinación que casi me convence de que todo irá bien después de que me interne en esos árboles.

—Si se cruzan en vuestro camino, actuad como si no tuvierais nada que ocultar —nos dice—. Si puedo, me reuniré con vosotros en el restaurante.

«Si puedo...».

Sus palabras se repiten en mi cabeza mientras considero los distintos panoramas que lo alejarían de mí. Y ninguno es bueno.

—Sí, seguro que podrás —gruñe Miram. Su voz es un sonido inesperado; ha hablado muy poco desde que salimos del cuartel general—. Tú y tu familia.

—Miram... —dice Cassian quedamente.

—¿Es que Will no ha hecho lo suficiente para demostrar su lealtad? —le pregunto yo, cerrando los puños—. ¿Qué más necesitas?

—¿Cuándo vas a comprender que siempre será uno de ellos? —estalla Miram, y sus ojos centellean con más vida de la que he visto jamás—. Si tu corta estancia con los enkros no te ha enseñado la diferencia entre nosotros y ellos...

—Entonces nada lo hará —termino por ella con voz dura—. Y así es. Nada lo hará jamás.

Ella se queda mirándome como si no pudiera entenderme. Y me imagino que no puede...

—Jacinda..., vosotros dos nunca seréis compatibles —insiste Miram, agitando las manos en el aire.

—Ya basta. Las dos —nos espeta entonces Cassian—. Los cazadores nos siguen la pista con la intención de despellejarnos vivos... o de entregarnos de nuevo a esos cerdos que querían diseccionarme —continúa, señalando a su espalda.

Yo miro desesperada a Will, sintiendo una emoción abrasadora que me pesa en el pecho.

Empiezo a negar con la cabeza, decidida a quedarme con él, cuando Cassian pronuncia mi nombre a modo de orden rápida y tajante.

—Jacinda. —Sus ojos me atraviesan—. Tú vienes con nosotros.

Yo me sulfuro ante su tono. Y luego noto su furia. Se derrama en mi interior, tan espesa como alquitrán. Enterrado en medio de la rabia, noto algo más mientras él me fulmina con la mirada. Algo igual de vehemente, igual de intenso. Miedo. Por mí. De modo que me apaciguo. Cassian ha pasado por muchas cosas por mi culpa.

—Jacinda..., tienes que irte —afirma Will, y yo combato el pánico por abandonarlo.

Otra vez... Con ojos ardientes, asiento, buscando a mi hermana con la mirada mientras mi mente trabaja, intentando hallar un modo de permanecer con Will sin disgustar a todo el mundo. No puedo volver a separarme de él.

Apretando las mandíbulas con gesto terco, Tamra me observa en espera de mi próximo movimiento. Verla es como un puñetazo. Ella no se marchará sin mí. Me envuelve un gran pesar, me punza la piel con agujas de calor. No puedo poner en peligro a

mi hermana. Ya he perdido a mi madre y no puedo perder también a Tamra. Tengo que sacarla de esta carretera, y luego volveré a por Will.

—Te encontraré —declaro, girándome hacia él, con un tono que no deja lugar a dudas.

—Te estaré esperando —me contesta asintiendo, y luego mira nervioso hacia la carretera. Y es entonces cuando lo oigo: el zumbido de motores que se acercan. ¿Cómo nos han localizado? —. ¡Marchaos! —Will pasa la vista por todos nosotros hasta detenerse en mí, instándome a moverme—. ¡Márchate! ¡Ya!

Los demás dan media vuelta y salen disparados, internándose entre los árboles como una manada de elefantes, en sus prisas por huir. Yo me estremezco.

Will recupera de nuevo mi atención hundiendo los dedos en mi pelo y atrayéndome para darme un beso rápido e intenso.

Yo me deleito en la sensación de su boca sobre la mía, la curva de sus manos sobre mi cabeza... Luego se separa para tomar aire y susurra contra mis labios:

—Sé prudente. Ten cuidado ahí fuera. —Abro la boca para recomendarle lo mismo, pero el lejano sonido de motores me sobresalta, y miro hacia el camino de tierra entornando los ojos. Todavía no veo nada, excepto una nube marrón. Sin mirarme, Will me empuja hacia los árboles y añade—: Márchate. ¡Ya vienen!

Yo corro hacia la vegetación, con el corazón a punto de explotarme en el pecho. Mi piel centellea de calor. Reflejos de rojo dorado colorean mi piel humana en destellos ardientes.

Poco después me sumerjo en la protección de los árboles, que me engullen de inmediato. Me paro justo en el interior de la oscura y espesa masa de arbustos y hierba, tan silvestre que me llega hasta la cintura. Me detengo a escuchar los sonidos que me rodean. No veo a los demás, y eso es algo bueno siempre y cuando estén a salvo. Siempre y cuando Tamra esté a salvo. Tienen que estarlo.

Justo cuando empiezo a pensar que me hallo sola, que me han dejado atrás, oigo el susurro de Cassian:

—Jacinda..., ¿qué haces? ¡Vámonos!

Lo vislumbro en medio de los árboles, con expresión tensa y nerviosa, con una piel que fluctúa entre la humana y la piel draki, de color negro carbón. Tras él se encuentra Miram; su pequeño rostro es una anodina mancha beis de terror.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar hacia la carretera.

No puedo moverme. Tengo que verlo, tengo que saberlo. Me da igual lo que Will me haya dicho que haga. Si se trata de decidir, decido que no voy a abandonarlo. Trago saliva contra el caliente espesor de mi garganta. Nunca más.



13

Miro a mi alrededor y empiezo a trazar un plan. Descubro un árbol ancho y frondoso, con el tronco inclinado, fácil para trepar. Subo por él con poco esfuerzo, pues mis dedos se clavan sin dificultad en la corteza.

—Jacinda...

El susurro de Cassian es menos discreto esta vez. Ha avanzado, y ahora se halla debajo de mi árbol. Miram lo sigue, mirándome ceñuda y retorciéndose el borde de la camiseta.

Cassian señala el suelo con un dedo, como indicándome que baje a ese punto.

—No. Estaré bien. A menos que nos delates —digo, y le lanzo una mirada elocuente y luego añado, con un gesto con la mano—: Ahora márchate de aquí.

Él suelta un resoplido de frustración y se gira hacia su hermana.

—Vete —le ordena—. Escóndete. Te encontraré.

El rostro de Miram refleja terror.

—No quiero irme sin ti —replica.

—Estarás bien —asegura Cassian—. Intérnate en lo más profundo del bosque y busca a Tamra. Y mantén tu forma humana. —Se me escapa un bufido, pues la última vez, Miram fue incapaz de hacer eso. Cassian pasa por alto mi reacción y continúa con sus instrucciones—: Estarás más segura así. Si tropiezan contigo, no sospecharán...

Miram sacude la cabeza de un lado a otro; es evidente que la idea de que la encuentran le da pavor.

—Cassian, deberías ir con ella —murmuro.

Él corta el aire con un ademán para hacerme callar y, mirando a su hermana, ordena:

—Vete.

Con una última mirada suplicante, Miram corre entre los

árboles con los hombros encorvados, como una mujer de camino a su ejecución.

Después Cassian trepa deprisa a un árbol cuyo tronco prácticamente se cruza con el que me sirve de escondrijo.

—Estás actuando como un idiota —musito. Que haya despachado a Miram de ese modo hace que me sienta incómoda, como si estuviera eligiéndome a mí en vez de a su hermana. No quiero que Cassian lo haga. Nunca—. Deberías quedarte con Miram.

—¿Y acaso tú estás actuando con inteligencia? —replica él, clavando sus oscuros ojos en los míos.

Y entonces lo noto de nuevo. Turbadores y desconcertantes, sus sentimientos me inundan en una cálida oleada narcotizante. Sacudo la cabeza, luchando por recuperarme a mí misma. Quiero mis emociones, no las de Cassian. Ya tengo bastante con las mías..., de modo que no necesito la interferencia de las suyas. Me debato contra esa invasión. Combato contra ellas..., contra él.

Cassian me observa con dureza a través de la maraña de ramas; pese a que cada uno está en un árbol, nuestros rostros se hallan tan solo a unos centímetros de distancia.

Poco a poco los motores suenan más cerca: su gruñido es inconfundible. Echo un vistazo entre las ramas y veo que la nube de polvo es más grande; los vehículos son formas oscuras en el centro.

Will está mirando dentro del capó. ¿Ese es su plan? ¿Simular un problema en el motor? Tomo aire, esperando que funcione.

Entonces, en el espeso nimbo de polvo distingo dos vehículos.

Un camión negro con ventanillas tintadas, tan oscuras que es imposible ver el interior. Tras él, una furgoneta con las ventanillas igualmente oscuras. Esa furgoneta no se parece en nada a la nuestra, que, con sus colores chillones, resplandece incluso sumergida en la nube de polvo.

Will saca la cabeza del capó y yo siento una punzada de inquietud. ¿Le harán daño los cazadores? ¿A uno de los suyos?

Los vehículos se detienen y los motores se apagan.

Durante un momento no sale nadie, y me pregunto qué estarán haciendo ahí. Las oscuras ventanillas parecen ojos fríos que observan y condenan en silencio. Mi pecho sube y baja en veloces jadeos y de mi nariz brotan volutas de humo.

Will agita una mano saludando amigablemente: oculta su recelo con gran efectividad. Yo me quedo inmóvil; tomo aire y lo retengo en mi pecho contraído, esperando que aparezca un miembro de la familia de Will.

Por fin se abren las puertas del camión, seguidas por las puertas de la furgoneta. Se apean varios hombres. Cinco en total. Los examino a todos... y no reconozco a ninguno.

Se me acelera el pulso en el cuello, brincando contra mi piel. Mis ojos se desplazan a Will y compruebo que él tampoco los conoce. Hasta este instante no reparo en cuánto deseaba que fueran los familiares de Will.

Sacudo la cabeza y me retiro un mechón de pelo de la cara. Pero si Will no sabe quiénes son, entonces no pertenecen a su grupo... Son desconocidos, así que me invade una tremenda sensación de alivio. Esos tipos no conocen a Will y, por tanto,

tendrá más posibilidades de convencerlos de que no es más que un conductor en apuros.

—Hola —les dice Will, consiguiendo mostrar alivio y vergüenza a un tiempo, como un adolescente desventurado—. Qué alegría que hayáis aparecido, muchachos. Tengo un problemilla con el coche —añade, dando una palmada en el lateral oxidado de la furgoneta.

—Ah, ¿sí? —Uno de los cazadores se adelanta, hablando en voz alta y discordante, con un desafío implícito. El sol destella en su cabello rubio, cortado al rape—. No me digas...

Mira a su alrededor, observando el entorno. Su mirada se desliza por el lugar en el que estamos escondidos Cassian y yo. Me pongo tensa, aferrándome más a la corteza áspera y rugosa, y parpadeo aliviada al ver que su atención no se demora en nuestra dirección.

Volviendo a mirar hacia delante, el tipo examina las puertas traseras de nuestra furgoneta entrecerrando sus ojos claros, como si pudiera examinar el interior desde fuera.

—Sí —replica Will, soltando una carcajada encantadora—. Supongo que este trasto está en las últimas.

El primer cazador intercambia una mirada con su tropa, una mirada que dice: «Este chaval es un mentiroso de mierda». Yo trago saliva para contener el denso brote de calor de mi garganta. No se han creído su historia...

—¿Por qué no eres sincero con nosotros, chaval? —le pregunta un cazador con una lustrosa coleta y profundas cicatrices de acné—. No tienes ningún problema con el coche. —Luego

señala la parte trasera de la furgoneta con la cabeza y pregunta—: ¿Qué llevas ahí dentro?

Y entonces me fijo en otro cazador que sujeta un extrañoartilugio. Es como una caja de metal, solo que con una especie de antena. Desde mi atalaya veo que tiene una hilera de luces rojas intermitentes. El hombre se mueve con la caja, girando en círculo. Unas veces las luces rojas se debilitan, dependiendo de adónde enfoque, y otras empiezan a parpadear con impaciencia. Se me revuelve el estómago, pues sé que esa caja significa problemas para nosotros. Miro a Cassian y advierto que él también ha reparado en eso. Está muy serio, con el rostro en tensión.

Vuelvo a mirar a Will, evitando fijarme de nuevo en la caja. Su visión me produce pánico, y necesito conservar la calma. Debo estar tranquila para que mi draki siga oculto.

Tengo que admitirlo: Will está fingiendo desconcierto muy bien.

—¿De qué estás hablando? —Señala las puertas—. Ahí detrás no tengo nada. Ahora mismo la furgoneta está vacía. Normalmente está llena de material del negocio de jardinería de mi padre. —Se muestra azorado y añade—: Pero yo..., hum..., tenía otros planes para este fin de semana, así que la he vaciado.

Y es entonces cuando sé lo que tengo que hacer. Empiezo a descender del árbol.

Cassian me llama en un susurro, con los ojos desorbitados, mientras aterrizo en el blando suelo. Su furia me alcanza. Está acompañada de miedo. El sabor amargo de ambas sensaciones me llena la boca, mezclándose con las cenizas y el carbón que

ascienden desde mi interior.

Levanto la vista hacia Cassian..., el compañero al que estoy unida, tanto si me gusta como si no. Su nariz se ensancha y el puente se cubre de protuberancias. En cualquier instante su draki se adueñará de él.

Yo le digo que no con la cabeza y le lanzo una mirada suplicándole que confíe en mí. Arreglaré esto. Pongo todo lo que siento en esta súplica, toda mi determinación, toda mi seguridad. Nuestros ojos conectan en una comunicación silenciosa. «Sé lo que hago», le transmito.

Entonces Cassian hunde los hombros y sé que ha cedido... Esperemos que no salga disparado tras de mí. Miro a mi alrededor y descubro unas pequeñas flores silvestres de color amarillo, apenas recién brotadas. Necesitan unas semanas más para alcanzar su máximo esplendor, pero tendrán que servir. Las arranco del abrazo de la tierra, cojo también unas cuantas hierbas y lo arreglo todo apresuradamente en una especie de ramo.

Voy hacia la carretera tras lanzar una última mirada a Cassian, notando el calor de sus ojos en la espalda. Ojalá se quede donde está, simplemente observando cómo yo intento salvarnos a todos.



14

Ellos no te conocen. Ellos no te conocen», me repito.  
«Ese es el mantra que me digo una y otra vez mientras  
llego a la carretera, a la luz y al campo visual de los  
cazadores.

Will es el primero en mirar en mi dirección, demostrando así que, pese a lo despreocupado que parece, está muy alerta y es muy consciente de todo lo que lo rodea. El pánico asoma a sus ojos cuando me ve, pero solo tarda un segundo en esfumarse.

—¡Eh! —exclama uno de los cazadores al reparar en mí.

—Ah, genial —digo yo—. Has encontrado ayuda... Ya pensaba que iba a tener que llamar a mi madre, lo cual nos habría cortado el rollo, desde luego.

Todos los demás se giran a mirarme. Sus expresiones de pasmo son casi cómicas. Las mujeres no tienen espacio en el mundo de los cazadores. A sus ojos, según sus normas, yo no debería estar aquí. Mi presencia los confunde, que es exactamente lo que yo quería.

—Es una chica —se asombra uno.

—Pues claro —replico yo, con tono burlón—. ¿Qué estabais esperando? ¿Un mapache? —Riéndome de mi propia broma, me acerco a Will—. Mira qué flores he encontrado, cielo.

Alzo mi desaliñado ramito de flores silvestres como si fuera una especie de trofeo. La verdad es que es bastante patético, incluso ya está empezando a marchitarse, pero yo finjo que el pobre conjunto vegetal es algo más. Algo ante lo que extasiarse.

—Son preciosas, niña —replica Will, pasándome un brazo por la cintura y dándome luego un beso largo y profundo.

Yo noto las miradas de los cazadores sobre mí e intento que no se me ponga el pelo de punta.

Nuestra representación es ahora mismo lo más importante. Lo es todo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —nos pregunta el líder, todavía con expresión desconcertada.

—Hemos salido a dar una vuelta —respondo, y miro a Will frunciendo el entrecejo—. ¿No deberíais estar arreglando la furgoneta?

Will se gira hacia los cazadores y les pregunta:

—¿A alguno le importaría echar una ojeada al motor?

—Olvidate de eso —le espeta el hombre con coleta—. No tenemos tiempo. —Entonces se vuelve hacia su líder y añade—: Venga, vámonos. Debemos de haberlos perdido...

—No —lo corrige el tipo con la caja de metal—. Estamos cerca. —Alza la caja para mostrar el monitor con sus parpadeantes luces rojas—. ¡Por lo menos tenemos a uno dentro de nuestro radio!

Yo me pongo de puntillas para examinar la caja, procurando no parecer demasiado interesada.

—¿Qué lleváis ahí? ¿Es uno de esos detectores de tesoros? ¿Estáis buscando monedas o algo así? —les pregunta Will, logrando parecer un adolescente entrometido.

Pelo Rapado le lanza una mirada de indignación y sacude la cabeza. Aparte de eso, los demás no le hacen ni caso.

—Mira, por ahí la señal es fuerte —anuncia el de la caja, dirigiéndose hacia el borde de la carretera, hacia el bosque.

Mi mano aprieta más la de Will y él me devuelve el apretón. No puedo evitarlo: mi mirada se va hacia donde sé que se oculta Cassian, que está observándonos.

El grupo de cazadores se apiña y empieza a hablar en voz tan

baja que es imposible oír nada.

—¿Qué ocurre? —les pregunta Will.

Pelo Rapado se vuelve hacia nosotros con expresión más irritada que nunca.

—Tú y tu novia tenéis que largaros.

—¿Eh? Pero ¿qué dices, tío? Nuestra furgoneta no arranca —le recuerdo en tono de exasperación, y él masculla algo ininteligible.

Cazar drakis delante de testigos no es su *modus operandi*, pero es que ese es precisamente nuestro plan. Complicarles el trabajo y dar a los demás tiempo para escapar. Excepto a Cassian; al parecer, él no va a ir a ningún sitio.

—Debemos ponernos en marcha antes de que el bicho se ponga fuera de nuestro alcance —anuncia entonces el tipo de la caja.

«El bicho», como siempre...

Me sulfuro, pues soy consciente de que están hablando de un draki. Y ahora estoy segura de que esa cajita negra supone un grave problema..., si es que antes lo dudaba. Es un rastreador de drakis, aunque no reacciona ante mi presencia. ¿Quizá debería estar completamente manifestada? Si es así, en ese caso el aparato solo puede estar captando señales de Deghan. Casi sonríe de oreja a oreja al pensar en ese grupo de cazadores tropezándose con Deghan. Sí, buena suerte con la captura...

Pero entonces mi media sonrisa se congela al recordar algo.

Me llevo una mano a la cabeza y palpo entre mi espesa cabellera la pequeña zona que me rasuraron sobre la oreja. De

repente todo encaja. Un escalofrío de comprensión me baja por la columna vertebral.

Se me forma un nudo en la garganta, y trago saliva para deshacerlo.

Estoy casi convencida de que si examinara la cabeza de Miram, encontraría una zona rasurada de modo parecido. Ahora entiendo qué pretendían hacerme justo cuando me rescataron Cassian y Will. Iban a implantarme una especie de dispositivo localizador... Lo mismo que hay ahora dentro de Miram.

Bajo la mano, y mi mirada se dirige a los árboles con repentina claridad. Los enkros fracasaron conmigo, pero no con Miram. Ni con Deghan. Ellos dos han estado cautivos demasiado tiempo. Me sube la bilis a la garganta, mezclándose con el acre del carbón. No se me ha ocurrido preguntarle a Miram si ella había pasado por lo mismo que yo. He estado demasiado ocupada concentrándome en escapar y, después de eso, sobrellevando la presunta muerte de Cassian.

Ahora siento una repentina urgencia. Si Miram o Deghan llevan un implante, no hay escapatoria para ellos. Los cazadores han salido en su persecución y son auténticos sabuesos. Y, gracias a los enkros, cuentan con las herramientas más ventajosas para su trabajo.

Pelo Rapado chasquea los dedos ante nosotros como si fuéramos perros a sus órdenes, y yo no puedo evitar dar un pequeño salto, sabiendo como sé cuál es el verdadero peligro de esa caja.

—Vosotros dos: a la furgoneta —nos espeta—. Cerrad las

puertas con el seguro.

Como necesito ganar algo de tiempo, niego con la cabeza y cruzo los brazos con firmeza sobre el pecho, sintiéndome aliviada por que mi voz no tiemble al decir:

—Yo no acepto órdenes... —empiezo, pero enmudezco cuando él cruza la carretera hacia mí a grandes zancadas.

Will me agarra del brazo para que no me mueva, comunicándome que debería contenerme, aunque no solo me apetece lanzarle una bola de fuego a este tipo en toda la cara..., sino que hasta me parece necesario.

El cazador apunta a Will con un largo dedo y le dice:

—Mantén a raya a tu chica y meteos en la furgoneta. Estamos persiguiendo a un animal peligroso y no queremos que dos críos atontados se vean en medio del fuego cruzado.

A sus espaldas, su equipo empieza a sacar instrumentos y armas de los vehículos: están preparándose para ir tras los demás.

Yo sigo sus movimientos con un pánico desesperado; mis ojos se centran en la caja mientras doblo los dedos y las uñas se me clavan profundamente en las palmas. Reprimo el impulso de agarrar la caja y destruirla, romperla y hacerla pedazos en el suelo. Entonces sabrían que Will y yo no somos una inocente pareja con problemas con su vehículo. Se me contrae la garganta. Tiene que haber una manera...

Aun así, doy un pequeño paso adelante, atraída por la caja; la lógica se diluye mientras pienso solo en ponerle las manos encima y destrozarla.

Will tira de mí hacia la furgoneta. Yo arrastro los pies,

lanzándole una mirada significativa que él pasa por alto.

Una vez dentro del vehículo, encerrados en el pequeño espacio de la parte delantera, yo exclamo:

—¡Esa caja es un aparato localizador!

—Yo he llegado a la misma conclusión —contesta él, y, sacudiendo la cabeza como si esa no fuera la mayor de sus preocupaciones, masculla—: Se supone que tú no tendrías que estar aquí...

A través de la polvorienta ventanilla veo cómo los cazadores desaparecen entre los árboles.

—No lo entiendes, Will. Creo que los enkros implantan una especie de chip en los drakis que tienen prisioneros. Y así, en caso de que escapen, ya sabes... —Entonces me señalo la cabeza y le explico—: Estuvieron a punto de hacérmelo a mí. ¿Tú sabías algo de esto? —le pregunto, y mi voz suena más cortante de lo que pretendía.

La expresión de Will se endurece y se le tensa la piel alrededor de los ojos.

—Si lo hubiera sabido, lo habría mencionado, ¿no te parece, Jacinda?

Yo me estremezco; odio esto, odio el eco acusatorio que flota entre nosotros.

—Lo lamento —digo sinceramente.

Will asiente. Luego, en un tono enérgico que revela que está concentrándose en trazar un plan, me pregunta:

—Entonces, ¿Miram lleva un implante? ¿Y Deghan?

—Sí..., creo que sí.

—¡Vamos! —exclama Will, y salimos de la furgoneta y cerramos las puertas con suavidad.

Yo encabezo la marcha, andando silenciosamente en línea recta hasta el árbol de Cassian.

Al llegar, levanto la vista y susurro:

—Baja...

—Estoy aquí.

Giro en redondo con un respingo y mi corazón desbocado da un vuelco. Cassian está detrás de nosotros, casi manifestado del todo. Su rostro es draki por completo: rasgos afilados, nariz protuberante, piel del color del carbón... Solo su cuerpo sigue igual; no hay alas desplegadas tras sus hombros.

—Han ido por ahí —dice, haciendo una señal.

Will y yo intercambiamos una mirada y sé que debo intentar explicárselo.

—Cassian, espera... —empiezo, pero él me mira por encima del hombro sin detenerse. Yo lo sigo y le cuento—: Miram tiene un chip localizador. Los enkros se lo implantaron.

Cassian se para.

—¿Qué?

Suspiro, y luego respondo apresuradamente:

—Ya me has oído. Los cazadores pueden encontrarla esté donde esté.

Su rostro refleja puro pánico al asimilar mis palabras, aunque después echa a andar de nuevo, gruñendo por encima del hombro:

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Acabo de descubrirlo.

Enseguida resultan evidentes las heridas de Cassian. No se mueve con su habitual rapidez, y pronto tenemos que reducir el paso para seguir cerca de él. Respira con dificultad detrás de nosotros, con ruidosos resoplidos, y sé que se está esforzando todo lo que puede.

No nos cuesta seguir a los cazadores. Aunque son sigilosos, han abierto un camino entre la hierba y la maleza. Will se pone en cabeza, y yo piso donde él ha pisado, con un ojo en su ancha espalda y el otro en el mundo verde que nos rodea. El viento sopla entre la hierba y las hojas, pero no se mueve nada más.

Will se detiene alzando una mano. Me mira por encima del hombro y luego mira a Cassian. «Estad preparados», nos dice moviendo solo los labios. Y yo sé qué significa eso. Confía en que yo use mi fuego para salvarnos si es necesario. Incluso confía en Cassian, herido como está.

Asiento con la cabeza, resuelta a hacer lo que pueda con lo que soy. No voy a permitir que ninguno de nosotros vuelva con los enkros..., ni que acabe tapizando el cuarto de estar de algún cazador. Eso no va a suceder.

Se quiebra una ramita de golpe, y todos nos quedamos de piedra. El gorjeo de un pájaro en un árbol cercano cesa de pronto; su canción muere abruptamente.

Yo no oigo nada más. Hay un silencio sofocante. Hay demasiado silencio.

El pulso me brinca en el cuello, rápido y feroz. Miro a derecha e izquierda, al borde del pánico mientras me preparo, esperando que un cazador salte sobre mí de un momento a otro.

Cuando por fin suena algo, es un grito, que se derrama sobre mí como un chorro de ácido. El sonido estremece el aire, y mi piel arde con un hormigueo al reconocerlo. He oído ese grito antes, lo he oído en mis sueños más negros, donde habita el pasado.

Cassian también lo reconoce.

—¡Miram! —exclama, echándose hacia delante sin importarle ya hacer ruido.

Es absurdo advertirle que tenga cuidado, que intente conservar el elemento sorpresa, no cuando su hermana se siente amenazada.

Yo corro para alcanzarlo, preguntándome qué habrá ocurrido, qué estarán haciéndole a Miram.

Cassian se detiene algo más adelante y mira a través de las ramas mientras respira con dificultad. Cuando lo alcanzamos, mueve un brazo para impedir que demos un paso más, manteniendo el otro cerca de su costado.

Nos ponemos en cuclillas para observar a través de la vegetación la escena que se desarrolla al otro lado. Siento un peso en el estómago —como si me hubiera tragado una piedra— al ver a Miram, todavía bajo forma humana, con la espalda pegada a un árbol y rodeada por un grupo de cazadores; sus ojos muestran tanto miedo como los de un animal acorralado.

Cassian gruñe desde lo más hondo de su garganta. Su rabia me consume, mezclándose con mi pánico, que se alimenta de la certeza de que a Miram no la protegerá su disfraz humano. Cassian desea irrumpir en medio de los cazadores y despedazarlos a todos, uno tras otro.

Yo examino a la media docena de hombres, armados hasta los dientes, y aprieto el bíceps de Cassian, transmitiéndole al mismo tiempo que se quede donde está. Su músculo se tensa bajo mis dedos. El anhelo de herir, de destruir, late en su interior. Yo trago saliva e intento luchar contra una oleada de emociones furiosas, procurando liberarme de esos peligrosos sentimientos e inyectarle a Cassian parte de los míos..., una firme dosis de calma que lo ayude a centrarse y a actuar con astucia.

Me giro de nuevo hacia Miram y me pregunto dónde estarán mi hermana y Deghan. No los culpo por abandonarla, si es eso lo que ha sucedido. Con el chip localizador de Miram, era inevitable que los cazadores dieran con ella.

Me alegro de que Tamra esté a salvo. Sé de primera mano que Miram no aguanta bien las situaciones de alto riesgo. De hecho, estoy bastante impresionada por que todavía no se haya manifestado. Como visiocriptora, mantiene el mismo color carne incluso cuando se ha manifestado; por tanto, cuando empieza a transformarse, no resulta inmediatamente obvio que es cualquier cosa menos humana. Y entonces reparo en que está ocurriendo ahora mismo: su piel destella y centellea, pero Miram no se ha rendido del todo.

Los cazadores la rodean como una jauría de perros; le gritan, se gritan entre sí, desconcertados ante su visión, una chica aparentemente humana. Intentan comprender por qué han llegado hasta ella cuando esperaban encontrarse con un draki.

No tardarán mucho en descifrar el enigma.

—No tenemos mucho tiempo —susurro.

Debemos hacer algo antes de que los cazadores descubran a quién —qué— han acorralado, antes de que descubran que no han cometido un error.

El tipo de la caja metálica mira ceñudo el artilugio y lo sacude como si pudiera haberse roto.

—El aparato dice que estamos justo encima del bicho — afirma.

«El bicho» de nuevo...

—¡Déjame ver! —exclama entonces Pelo Rapado, arrebatándole la caja.

Se acerca a Miram y la mueve ante ella, por encima de su cabeza y a lo largo de su cuerpo, y Miram se encoge como si ese objeto fuera un cuchillo.

Incluso desde donde nos hallamos podemos oír que el sonido de la caja se convierte en un pitido regular y constante. Pelo Rapado vuelve a situarla encima de la cabeza de Miram y el sonido aumenta de volumen.

—Pero ¡qué demonios! —Aparta la caja y se retira unos pasos, pasando la vista de Miram al artilugio varias veces—. ¡No puede ser! ¡Es una chica!

Los cazadores empiezan a hablar a la vez acaloradamente.

Mi cuerpo se tensa, con todos los músculos listos para saltar a la batalla, porque en realidad no hay elección. Intercambio una mirada con Cassian. En cualquier momento atarán cabos. Por muy increíble que vaya a parecerles, están a punto de descubrir nuestro mayor secreto. Y, de nuevo, nosotros estamos a punto de quedar expuestos.

Casi para confirmarlo, el pitido continúa, estridente e infatigable. Devuelvo mi atención a Miram y veo que están pasándole otra vez el rastreador por encima. Justo sobre la cabeza. Ella intenta apartarlo de un manotazo y suelta un quejido de miedo.

—Fijaos en sus ojos —comenta el cazador de la coleta, y todos se ponen a examinarla con más atención, reparando en todas las pequeñas señales, como sus pupilas.

Desde mi escondite puedo detectar cambios en los ojos de Miram: veo las finas líneas verticales que se estremecen de terror.

—¡Es uno de ellos!

—Pero ¡si es una chica!

—¡Miradla! Mirad su piel... No es una chica: es un dragón.

Yo me quito la ropa a toda prisa, dejándola caer a mis pies, y corremos hacia Miram, aunque no la alcanzamos. Alguien se nos adelanta.

De pronto Tamra está ahí. Magnífica en plena manifestación, una clara niebla brota de ella, de todos sus poros. Como un ángel, se queda suspendida a varios palmos del suelo, mientras sus resplandecientes alas batien y crean grandes ráfagas de viento, haciendo que en el aire giren hojas caídas y pequeñas partículas de polvo.

Siento un gran orgullo en mi interior al ver lo que Tamra es, en lo que se ha convertido, y en tan poco tiempo... Realmente es una criatura bellísima, poderosa y extraordinaria.

Los cazadores empiezan a gritar, chillándose órdenes mientras echan mano a sus armas. Aunque el cuerpo de Tamra emite una

niebla embotadora, me doy cuenta de que no está yendo lo bastante deprisa. No llegará a tiempo a los cazadores. No antes de que se pongan a disparar.

Cassian también lo comprende y se abalanza a agarrar a Miram para sacarla de ahí mientras todos tienen la atención puesta en Tamra.

Yo salgo al espacio abierto, gritando para distraerlos e impedir que disparen a Tamra. Consigo mi objetivo. Sus ojos se vuelven hacia mí. Will se incorpora a la acción, quitándome de en medio de un tirón justo cuando un dardo tranquilizante pasa silbando junto a mí.

Cuando recupero el equilibrio, descubro horrorizada que un cazador está apuntando directamente al pecho de Tamra con una ballesta.

—¡No! —chillo, y me elevo en el aire.

El viento se levanta a mi alrededor mientras me sitúo justo delante de mi hermana. Mis pulmones se contraen y se dilatan. El fuego corre a través de mi cuerpo y sale con un estallido.

Llamas de un color naranja azulado alcanzan al cazador antes de que pueda apretar el gatillo y su figura se convierte en una mancha oscura, un borrón perdido en el interior de una llamarada.

Sus alaridos me hieren los oídos mientras lo engullen llamas crepitantes. Yo aterrizo, paralizada. Se me hiela la sangre en las venas, asqueada por la visión de lo que he hecho. Los otros cazadores rodean a su compañero, quitándose las chaquetas y empujándolo hacia el suelo; le gritan que rueda sobre sí mismo mientras intentan apagar el fuego que está devorándolo. El olor a

carne quemada llena el aire.

«Yo he hecho esto», pienso.

La niebla se arremolina más espesa que nunca y los movimientos de los cazadores se tornan más lentos, torpes, y uno tras otro empiezan a desplomarse, cayendo en un profundo sueño.

—¡Jacinda! —Levanto la vista. Will salta sobre un cazador caído y me agarra por ambos brazos para darme una pequeña sacudida—. ¿Te encuentras bien?

Yo salgo de mi estupor y aparto la mirada de los cazadores. El olor a carne quemada todavía me asfixia. ¿Que si me encuentro bien? No. En absoluto. A Tamra se le cierran los ojos y la cabeza le gira sobre los hombros como si estuviera borracha.

Capto un movimiento a mi izquierda y me doy la vuelta, lista para liberar de nuevo mi fuego, incluso cuando estoy atónita por el daño que he causado. A pesar de lo que ese cazador podría haberle hecho alegremente a Tamra, aún estoy alterada porque yo podría haberlo matado.

Pero lo que veo no es ningún cazador. Se trata de Deghan, que nos observa desconcertado. Nos examina a todos, y su mirada se detiene en Tamra. Mi hermana da un paso inseguro y de inmediato Deghan está ahí, para atraparla cuando le ceden las piernas. La sujeta contra su pecho y Tamra cierra los ojos y se aprieta las sienes como si le doliera la cabeza.

Los ojos de Deghan se clavan en los míos. Yo asiento una sola vez, aceptando que se encargue de mi hermana; él la mantendrá a salvo.

Mi mirada se desvía entonces hacia la niebla, centrándose en

los cazadores caídos, y se para en el que tiene quemaduras humeantes en los brazos. Lo señalo; sé que si lo dejamos aquí, inconsciente y sin tratamiento, es probable que no sobreviva.

Cassian está aquí de nuevo, con Miram pegada a su costado. Me hace un gesto con la cabeza.

—Tenemos que irnos. Probablemente haya otros esperando a que estos les den información.

—No dejaré que este hombre muera —contesto.

—Él nos habría matado...

—¡No me importa!

Miro a Will, y veo que él también está observando el cuerpo humeante. Sus ojos parecen distantes, extrañamente vidriosos..., y no puedo evitar decirme que está pensando en su familia. Que su padre o Xander podrían yacer ahí. Que yo podría haber abrasado a cualquiera de ellos si nos hubieran localizado. Que eso todavía puede suceder. ¿Le repugna lo que he hecho? ¿Le repugna tanto como a mí misma...?

Will habla sin apenas mover los labios:

—No podemos dejarlo morir aquí.

Siento un gran alivio al ver que él está conmigo en esto.

Cassian suelta un resoplido y sus oscuros ojos destellan con irritación.

—Es lógico que tú digas eso —replica.

—¿Por qué no llamamos a Emergencias? —propone Tamra, parpadeando como si intentara recuperar el control de sí misma. Le hace una seña a Deghan para que la deposite en el suelo y él obedece cuidadosamente, dejando una mano sobre su brazo por si

vuelve a perder el equilibrio—. Podemos hacer una llamada anónima y vendrá una ambulancia.

Will y yo nos miramos.

—De acuerdo —apruebo.

—Bueno —dice Cassian—. Pero ahora pongámonos en movimiento.

Siento una gran tensión en el pecho. Me lo masajeo, justo en el centro, como si pudiera borrar esa sensación, pero no sirve de nada. Dudo que desaparezca alguna vez, que yo vuelva a sentirme normal de nuevo. Normal para lo que soy, claro.

Casi he matado a un hombre, y saber que lo he hecho para salvar a mi hermana no me ayuda a aceptarlo. De pronto ya no estoy segura de qué debería hacer, de qué es lo correcto y qué lo erróneo. Mire donde mire, solo veo dolor. Observo de soslayo a Will. Sus rasgos son duros, como tallados en piedra.

Asintiendo muy seria, vuelvo al bosque con los demás, aunque no me siento aliviada, no me siento libre. Noto un peso en el pecho... con cada paso, con cada metro, que solo se vuelve más pesado cada vez. Este trayecto parece... interminable.

Nos detenemos al llegar a la furgoneta, respirando entrecortadamente, pero yo creo que se debe más a las emociones y el revuelo que a la carrera.

El rostro de Will es estoico. Aprieta las mandíbulas al abrir las puertas del vehículo y plantarse ante ellas, impidiéndonos el paso.

—Antes de ir a ninguna parte, tenemos que hablar, dejar algunas cosas claras...

Yo asiento. Las reglas del juego han cambiado.

Tamra mira a nuestro alrededor con inquietud, como si pudieran aparecer más cazadores. Los árboles se alzan hacia el cielo, tapando la luz del sol de la tarde y envolviéndonos en largas sombras.

Will me mira arqueando una ceja y yo asiento débilmente. Tiene razón, desde luego: soy yo quien debe explicar cómo están las cosas, pues soy yo quien ha descubierto lo del chip localizador de Miram.

—Los cazadores volverán a encontrarnos. —Trago saliva y clavo mis ojos en Miram para corregirme—. A ti, en realidad. Volverán a encontrarte a ti. —Miro a Deghan, preguntándome si sabe de qué estoy hablando y ni se ha molestado en contárnoslo—. Y a ti también. Vayáis adonde vayáis, ellos darán con vosotros. No podéis salvaros.

—¿Cómo ha podido suceder? —pregunta Cassian, con ojos brillantes y salvajes; sus pupilas se estremecen al asimilar que su hermana no es libre. Todavía no.

—Los enkros implantan chips localizadores en la cabeza de sus prisioneros. —Pensativamente, me toco el trozo de piel desnuda que mi cabello cubre y luego señalo a Miram con la barbilla—. Así es como los cazadores han ido directos a por ella.

Will me observa con atención, sin que se le escape nada..., ni el modo en que me froto la cabeza. Los enkros estuvieron muy cerca de dejar su marca sobre mí..., dentro de mí.

—¿A ti te lo hicieron? —me pregunta Cassian.

Yo bajo la mano mientras niego con la cabeza.

—No. Llegasteis antes de que pudieran hacerlo.

—Tuviste suerte —interviene Deghan en su retumbante lengua draki.

—¿Y a ti? —Cassian se gira hacia Deghan y le dice—: Tú estuviste allí mucho tiempo. ¿También te implantaron el chip?

—Jamás consiguieron acercarse lo bastante a mí —responde, mirando su cuerpo de color acero—. Cualquiera que lo intentara...

Enmudece, pero yo lo entiendo.

—¿Y nunca te dejaron inconsciente con uno de sus dardos tranquilizantes? —insiste Cassian.

—Cuando trataron de hacerlo no lograron atravesar mi piel. —Se da unos golpecitos a sí mismo y luego añade—: Tengo una buena armadura.

De pronto comprendo por qué Deghan pudo sobrevivir tanto tiempo con sus captores..., cómo pudo vivir mientras el resto de su manada perecía. Los enkros jamás pudieron tocarlo.

Cassian se pasa las manos por el pelo y recorre una corta línea invisible; se detiene solo a observar desdichadamente a su hermana, que, a unos palmos de distancia, tiene la vista perdida en la masa de árboles. Miram ha oído lo que hemos dicho, pero no muestra reacción alguna. No ha parado de temblar desde que la encontramos rodeada de cazadores, desde que ha sabido qué hay dentro de su cuerpo. No volverá a ser libre hasta que hallemos la manera de extraerle el chip. Probablemente, yo también estaría temblando. Mis dedos van de nuevo a la zona rasurada de mi cabeza... Tal vez podría estar peor: podría estar arrancándome esa cosa con las uñas.

—¿Qué hacemos? —pregunta entonces Cassian, girándose para mirarnos a todos.

Este es el momento en el que yo podría —debería— decir: «¿A quiénes incluyes en esa pregunta?», pero no digo nada. Solo pienso, y mis pensamientos son angustiosos y lacerantes. Se supone que voy a marcharme, a alejarme de todo esto. He hecho lo que había prometido: Miram está fuera del cuartel general. Esto debería ser el final...

Noto la mirada de Will en la cara y sé que él está haciendo idéntica reflexión. Se supone que vamos a libramos de la manada ya mismo. La libertad está cerca, ya es casi nuestra..., basta con que yo la tome.

Los ojos de Cassian se clavan en mí; peor que su penetrante mirada son los torrentes de absoluta impotencia que se precipitan desde él hasta mí como un río crecido y embravecido. Su necesidad y desesperación se mezclan con mis propias emociones..., las dominan, las ahogan hasta que no son más que un eco susurrante. No puedo ningunear los sentimientos de Cassian. No puedo ningunearlo a él.

Cassian vuelve a sacudir la cabeza y dice:

—No podemos hurgar en el cráneo de Miram para sacarle esa... cosa. Podríamos matarla al hacerlo.

Yo asiento lentamente.

—Lo sé. Tienes que llevarla a casa y hablar con la manada. — Por mucho que desconfíe de Severin y la mayoría de los veteranos, ellos han vivido mucho más que ninguno de nosotros y saben cosas. Especialmente Nidia. Puede que alguna vez se hayan

enfrentado a algo semejante—. A lo mejor Nidia o alguno de los verdas saben qué hacer.

No se me ocurre una solución mejor. No podemos llevar a Miram a un hospital local y pedir que le extraigan el implante. Me mordisqueo un pulgar. Estoy segura de que mi madre habría tenido buenas ideas. Ella podría haber sacado el chip sin matar al paciente...

Eso solo me recuerda que mi madre se ha ido. Que ellos la desterraron. Me muerdo con más fuerza el pulgar y agradezco la punzada de dolor. Ahora mismo no puedo pensar en esa traición. Eso solo me enfurecerá y me enturbiará los pensamientos, y ahora necesito mantener la cabeza fría.

—¿Quieres llevarla a casa? —me pregunta Tamra, recostándose un poco contra Deghan, y me pregunto si será consciente de su acto—. ¿A la manada, hasta donde pueden seguirla los cazadores? ¿Y eso te parece inteligente?

—No directamente al pueblo. Miram puede esconderse en algún lugar cercano..., en la montaña —contesto, pensando deprisa—. Si los cazadores le siguen el rastro hasta esa zona, no supondrá un gran peligro. Al fin y al cabo, ya saben que hay drakis por allí.

Estoy refiriéndome a la familia de Will, claro.

Will me mira sin pestañear, de forma indescifrable, y me pregunto qué estará pensando. Con Cassian por lo menos sé sus emociones; eso es lo que pasa cuando experimentas todos y cada uno de los sentimientos de otra persona. Y entonces, con la misma rapidez con la que he pensado esto, me siento mal por

compararlos, por desear que mi relación con Will se parezca de algún modo a la que tengo con Cassian. Will y yo somos reales. Sin embargo, lo que Cassian y yo tenemos es una manipulación, el resultado de nuestro enlace. Nada más.

Cassian asiente y afirma:

—Sí. Eso funcionará. —Se acerca a su hermana y le da un tierno apretón en el hombro. Ella levanta la vista hacia él; por fin da muestras de estar prestando atención—. Estarás bien, Miram. Iremos a casa... Vamos a solucionar esto.

Ella dice que sí con la cabeza y se apoya en Cassian, que la rodea con un brazo y le acaricia el cabello marrón arenoso, haciéndole mimos como si fuera una niña. Y entonces comprendo que prácticamente lo es. Aunque sea algo mayor que Lia, no es más fuerte que esta. Al pensar en Lia, me estremezco. ¿Es posible que ya la haya atrapado algún cazador? ¿Y qué hay del resto de drakis liberados? ¿Y Roc y los demás? ¿Ya los habrán capturado? ¿O les habrán hecho algo peor?

Suelto aire pesadamente. No puedo preocuparme también por ellos. Ya tenemos un problema del que encargarnos. Ver a Miram en los brazos de Cassian me llena de desolación... Resulta imposible mantenerse indiferente, no preocuparse; sobre todo con el bombardeo de las emociones de Cassian. Rabia. Derrota. Miedo y aflicción...

—De acuerdo. No podemos quedarnos aquí.

La voz de Will me devuelve a la realidad, así que despego los ojos de Miram y Cassian. Su expresión es tan reveladora que me ruborizo, sintiéndome culpable, con un ardiente hormigueo en la

piel. Odio tener con Cassian este vínculo que nos unirá para siempre. Eso es algo que Will y yo nunca compartiremos. Y de tenerlo con alguien, debería tenerlo con Will. Pero no es posible; nunca lo ha sido...

—Pongámonos en marcha.

Nos amontonamos de nuevo en la furgoneta. Esta vez yo me siento delante, al lado de Will. Es un alivio no tener que enfrentarse a los demás, sobre todo a Miram. Siento demasiado dolor y arrepentimiento cuando la miro y pienso en todo lo que le han hecho los enkros. Y, aunque está con nosotros, sigue siendo una prisionera.

Traqueteamos a lo largo de la carretera llena de surcos, rodeados de polvo, mientras nos dirigimos a la autopista. Will cubre el espacio que nos separa para cogerme la mano. Yo suelto aire; no me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Mis dedos rodean su mano y se la aprieto con fuerza; mi necesidad de él es un dolor físico en el pecho. Siempre he temido perderlo; ese temor era como una bestia que gruñera tras de mí e intentara morderme. Sin embargo, ahora ese temor me deja un sabor amargo y metálico en la boca. Y sé la razón.

Estoy considerando la posibilidad de ayudar a Cassian y Miram a regresar al pueblo. Y si lo hago, podría perder a Will.



15

**W**ill y yo no decimos nada. Es como si supiéramos que, en cuanto empecemos a hablar, se dirán cosas que lo cambiarán todo. Nos cambiarán a nosotros. Los sueños que teníamos para nosotros no parecen tan cerca de cumplirse como

pensábamos. Will tiene que saberlo; tiene que percibirlo. De momento, el silencio es mi único consuelo.

Aunque, en ese silencio, mi mente vuelve a lo que he hecho, a la posibilidad de haber matado a una persona. Nos hemos detenido para hacer una llamada a Emergencias, pero ese espantoso sentimiento me acosa todavía. Todos los músculos de mi interior se van tensando, con lo que cada respiración se convierte en una agónica lucha por conseguir aire. Las palabras están fuera de mi alcance, pero no así mis pensamientos, que resuenan en mi cabeza. Y tengo muchas más cosas que considerar... Está el asunto de Miram. Mientras esté con nosotros, mientras el chip localizador siga dentro de ella... Sacudo la cabeza. Es una situación que no puedo desatender. No puedo dejar que todo el mundo regrese alegremente al pueblo como si eso no fuera un problema.

Continuamos una hora más antes de que Will reduzca la velocidad. Yo parpadeo como si estuviera despertado de un sueño mientras él se dirige a una de esas gigantescas áreas de descanso que cuentan con numerosos restaurantes y zona de duchas. Prácticamente es una pequeña ciudad. La perspectiva de lavarme el pelo y ponerme ropa limpia me anima un poco. Will aparca en el extremo más alejado, donde no hay más vehículos.

Yo me uno a Will cuando abre las puertas traseras. Todos parecen exhaustos y deprimidos; ya hace tiempo que ha desaparecido la adrenalina. Cassian se aferra el costado como si todavía le doliesen las costillas. Probablemente haya vuelto a hacerse daño en la desenfundada carrera por rescatar a su hermana.

Tamra se retuerce un mechón enredado entre los dedos.

—¿A alguien le apetece una ducha? —pregunto, forzándome a parecer contenta y despreocupada.

Tamra es la más rápida. Tras agarrar nuestras bolsas, se apea de un salto, igualmente encantada. Cassian la sigue. Miram, sin embargo, no se mueve.

—Miram —le digo suavemente. Está encorvada en un rincón, con las rodillas pegadas al pecho y expresión indecisa, como si no estuviera segura de si venir o no. ¿Y quién podría culparla?—. ¿A ti también te gustaría ducharte? Puedes ponerte la ropa que nos sobra.

Ella no reacciona.

—¿Miram? —la llama entonces Cassian.

Ella da un pequeño respingo y luego asiente y corre hacia la puerta.

—Sí. Gracias —susurra, bajando de la furgoneta.

Cassian la rodea con un brazo y la atrae hacia sí, y ella esboza una sonrisa llorosa y se acurruca en el refugio de su cuerpo. Cassian hace una mueca, pero no se queja ni le recuerda que está herido.

Tamra permanece junto a la puerta, mirando a Deghan. Él está sentado con las muñecas apoyadas en las rodillas.

—¿Estarás bien? —le pregunta mi hermana.

Yo le doy una palmadita en el hombro y reprimo un suspiro.

—Vamos, Tamra —le digo—. Estoy convencida de que Deghan puede valerse por sí mismo...

Las pálidas mejillas de Tamra se colorean de rosa y asiente con

la cabeza. Will cierra la puerta de la furgoneta y todos nos dirigimos a las instalaciones. Las chicas nos separamos de los chicos al llegar a las duchas. Dejo que Tamra y Miram pasen primero. Hay duchas de sobra, pero teniendo en cuenta que Miram es un gigantesco dispositivo localizador para cazadores..., bueno, alguien debería montar guardia.

Miram sale enrollada en una toalla y vuelve a mostrarse indecisa al verme. La animo con una sonrisa, esperando tranquilizarla. Su expresión se relaja, se ablanda. Le tiendo unas cuantas prendas y aguardo mientras se viste. Reaparece de nuevo con ropa limpia, frotándose el pelo húmedo con una toalla.

—Ya puedes pasar tú —me dice, señalando los cubículos.

—No hay prisa —respondo. Tamra todavía está duchándose y no puedo dejar sola a Miram.

—Ah —replica, y asiente al comprender mis razones para quedarme.

Tras colocarse delante del espejo, levanta mi cepillo para empezar a desenredarse el pelo, pero se queda con la mano en el aire, justo por encima de la cabeza. Yo lo entiendo al instante y sigo su mirada hasta la incisión que tiene tras una oreja.

Le arrebató el cepillo delicadamente de sus dedos agarrotados y le digo:

—Trae. Déjame.

Ella me mira, y parece casi sorprendida de verme.

Comienzo a cepillarle el pelo. Los finos mechones de color arenoso se desenredan con facilidad. Miro por encima de su cabeza y mis ojos se encuentran con los suyos en el espejo. Todo está en

silencio, excepto por el distante sonido de las duchas.

Me sobresalto al oír su voz.

—Debería haberme ido contigo.

Hago una pausa, y luego sigo cepillándole el pelo.

—¿A qué te refieres?

—A cuando intentaste que me marchara contigo y con Will... Debería haberme ido. Pero es que estaba tan acostumbrada a tenerte manía que no quería seguirte.

—No pasa nada —digo, porque ¿qué otra cosa puedo decir? Eso ya es agua pasada.

—Nada de esto estaría sucediendo si me hubiera ido contigo. Lo lamento, Jacinda. Perdóname por todo.

Yo me encojo de hombros, procurando actuar como si no fuera nada.

—Pero entonces jamás habríamos encontrado a Deghan. Todo esto ha tenido algo positivo. Si no, él seguiría siendo prisionero de los enkros. Y los demás drakis también. —La verdad es que todos los drakis tenían implantes, y lo más probable es que vuelvan a capturarlos, pero al menos ahora tienen una oportunidad. Al igual que Miram. Y no quiero que ella se centre en lo negativo.

—Supongo que debería preocuparme por ellos —dice, mirándose en el espejo la cara, extremadamente joven e inocente —, pero solo deseo que no hubiera ocurrido nada de esto. Desearía estar en casa, con mi padre, con la tía Jabel...

Termino de peinarla, no muy segura de qué contestar, la verdad. De hecho, no estoy segura de si hay algo que decir.

Entonces se acerca Tamra, ya vestida.

—Tu turno —anuncia.

—Genial. Seré rápida. ¿Por qué no vais a comer algo y nos vemos luego en la furgoneta?

Tamra asiente y recoge sus cosas. Yo me ducho deprisa, aunque nada me gustaría más que quedarme una hora bajo el cálido chorro y dejar que alivie todas las tensiones de mi cuerpo.

Me encuentro con Will al salir de las duchas. Lleva una bolsa de papel marrón.

—¿Llevas algo rico? —le pregunto.

—Desde luego —contesta con una sonrisa, y noto su olor a jabón y a limpio—. Ven, ya verás.

Me coge de la mano y me saca del aparcamiento para conducirme hasta una de las muchas mesitas de picnic repartidas sobre el césped.

Nos sentamos sobre una mesa de madera astillada, y Will hurga en el interior de la bolsa. Intento echar una ojeada, pero él agita un dedo y se retuerce para que yo no pueda ver el contenido.

—¿Preparada? —dice, mirándome por encima de un hombro.

Yo sonrío de oreja a oreja y muevo las rodillas.

—¡Sí, enséñamelo!

—¡Táchán! —exclama, girándose, y yo me quedo mirando con estupor la caja que tiene en las manos.

—¿Qué es eso?

Él me mira a mí y a la caja alternativamente con asombro.

—¿Que qué es esto? ¿No lo sabes?

—¿Cracker Jack? —digo, leyendo lo que pone en el envase.

Will asiente entusiasmado y yo examino la caja. Palomitas de maíz y cacahuets cubiertos de caramelo—. Esto es... ¿una chuchería?

Will se muestra abatido.

—No se trata de una chuchería cualquiera, sino de la primera chuchería del mundo, la que abrió las puertas a todas las demás. —Abre la caja y vierte unas cuantas palomitas pegajosas en la palma de mi mano y luego en la suya—. A mi madre le encantaban.

Se mete el puñado en la boca y mastica. Lo observo un momento disfrutando del modo en que arruga los ojos de placer. Me encanta estar sentada aquí, con él.

—No hablas mucho de ella.

—Yo era muy pequeño cuando murió —replica con toda naturalidad mientras se sirve más Cracker Jack—. Por la noche, en la cama, intento repasar todos los recuerdos que tengo de ella, casi como si estuviera ejercitándolos, ¿sabes? Para mantenerlos frescos y en forma antes de que se desvanezcan por completo.

Yo asiento y pestañeo; de repente me arden los ojos.

—Sí. Lo entiendo. —¿Acaso yo no he hecho lo mismo con los recuerdos que tengo de mi padre?

La mirada de Will se desliza por mi rostro..., como si estuviera memorizándome a mí y este instante.

—Sí, supongo que sí —contesta.

Tras echar la cabeza atrás, se mete más Cracker Jack en la boca y yo lo imito.

—Hum, está bastante bueno...

Will sacude la cabeza y me da un empujón con el hombro.

—No puedo creer que no hayas probado nunca los Cracker Jack.

Yo pongo los ojos como platos.

—¿Probarlos? Ni siquiera sabía que existieran —confieso.

—Eso es un pecado.

—¡Oye! He pasado..., ¿cuánto?, ¿dos meses en el mundo humano? Mi máster aún no ha llegado a los Cracker Jack. —Río entre dientes, balanceándome sobre la mesa—. Tengo mucho que aprender; lo admito.

Todavía con esa sonrisa enternecedora, Will me pasa una mano por el pelo húmedo y murmura:

—Tendremos todo el tiempo del mundo. Y te enseñaré.

De pronto estoy casi segura de que no estamos hablando de futuras lecciones sobre chucherías.

Me arden las mejillas cuando se inclina a besarme. Contra mis labios, Will susurra:

—Jacinda, pronto estaremos solo nosotros. Viviremos en paz. Seremos libres y felices.

Todas las partes de mi cuerpo reviven al primer roce de sus labios. Saboreo los salados Cracker Jack en su boca, y sé que nunca olvidaré la sensación de este instante.

—Será mejor que nos vayamos —digo entonces, levantándome.

—Sí —suspira Will, recogiendo la bolsa—. Pero espera. Casi había olvidado la mejor parte. —Esparce palomitas por todos lados al rebuscar dentro de la caja—. ¡Ah, ya lo tengo!

—¿Qué es eso?

—El regalo. Todas las cajas llevan un regalo.

Algo cae en la palma de su mano. Will se queda contemplándolo un largo momento, mientras una lenta sonrisa va curvando sus bien dibujados labios.

—¿Qué? —digo, dándole un codazo juguetón.

Él me coge la mano y contesta:

—Esto es perfecto. Hasta que pueda comprarte algo mejor...

Me pone en el dedo un anillo de plástico morado. El aro se ajusta a la perfección.

Los dos nos quedamos mirándolo un instante. La parte superior tiene tallado un corazón, por cuyo contorno deslizo la yema del dedo.

—Ahora puedes mirarte la mano en cualquier momento y aunque yo no esté ahí, lo sabrás. —Los cálidos dedos de Will aprietan los míos, y nuestras miradas se encuentran.

—¿Qué sabré? —susurro.

—Que tienes mi corazón. Que te quiero.

Esas palabras, su profunda mirada... No puedo respirar. Pero luego siento como si no necesitara oxígeno cuando lo tengo a él. Will me alimenta..., me insufla vida, hace que todo sea bueno. Me ha sido fiel a pesar de todo: mi desaparición, mi enlace con Cassian... Siempre me pone a mí por encima de sí mismo. Es un milagro que no haya salido corriendo en dirección contraria.

Se oye el claxon de la furgoneta en la distancia. Levanto la vista y veo a Tamra cerca del asiento del conductor, sacando la mano por la ventanilla. Está impaciente por continuar, y seguro que nerviosa por la posibilidad de que nos alcancen los cazadores.

Al recordar eso, se me borra la sonrisa de la cara. Y así, sin más, el instante feliz se apaga.

—Vamos.

Me encamino hacia la furgoneta. Solo doy unos pasos antes de que Will reclame mi mano. Y eso me alegra. Me alegra notar sus dedos palpando el anillo que llevo en la mano. Y saber que no importa lo mal que vaya todo si él no me suelta. Quizá nunca lo haga, ocurra lo que ocurra; sin importar lo que yo le pida. No sé qué he hecho para merecérmelo. Solo sé que no quiero perder a este hombre que ha llegado a significar tanto para mí. Ha llegado a significarlo todo.

—Uy, vaya. He olvidado comprar pilas para las linternas y las lámparas —dice Will de repente—. Creo que se nos están acabando. —Me entrega la bolsa y añade—: Enseguida vuelvo.

Yo me giro, admirando su ágil figura mientras corre hacia el edificio.

—¿Jacinda?

Me sobresalto al oír mi nombre. Cassian está detrás de mí. No me sorprende no haber oído que llegaba..., me sorprende no haber percibido que estaba aquí. Sus ojos destellan con irritación al mirar a Will. Luego se vuelve hacia mí, y enseguida se rebaja la intensidad de su mirada, pero yo todavía noto que sigue ahí.

—¿Sí? —le pregunto, odiando lo incómodo que resulta este momento.

—Solo quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que has hecho por mi hermana. Sé que vosotras

dos no siempre os habéis llevado bien.

Sonrío.

—En realidad no nos hemos llevado bien nunca.

Él sonrío, de acuerdo conmigo, ladeando la cabeza. Y ante su mirada matadora, ante el destello de sus dientes blancos y rectos en su rostro moreno, recuerdo cuántas chicas lo codician. No solo por su poder y su posición en la manada.

—Sí. No te ha puesto fácil que le caigas bien. Y me temo que mi padre también tiene mucho que ver en eso. —Su sonrisa se evapora—. Pero, aun así, tú quisiste rescatarla... y te quedaste a su lado cuando creías que yo había muerto.

—Lo hice por ti.

El silencio cae entre nosotros, y yo me muevo nerviosamente bajo su vehemente mirada. Pienso en sus palabras..., en cuánto nos hemos arriesgado para rescatar a Miram..., y trago saliva a duras penas. Ella aún está en peligro, aún no está a salvo. ¿Acaso Cassian está intentando que me sienta culpable para que me quede a ayudarlos? Sin embargo, al mirar sus ojos oscuros y líquidos, solo veo sinceridad en las líneas de su rostro. Esta conversación no tiene ningún motivo oculto.

—Dame.

Me coge la bolsa de las manos y caminamos juntos hacia la furgoneta, con pasos silenciosos sobre el asfalto.

Le lanzo una mirada valorativa. Cojea levemente.

—¿Cómo estás?

—Sobreviviré. Volveré a ser el mismo de siempre dentro de poco. Al fin y al cabo, nosotros sanamos deprisa.

Eso es cierto. Por eso pienso que debió de resultar gravemente herido si todavía sufre los efectos. Algo se arruga en mi interior al pensar que Cassian pueda sufrir.

Él me mira, y sus labios se curvan en una sonrisa que, imagino, se supone que debe animarme y convencerme de su bienestar.

—No te preocupes, Jacinda —me dice. Por supuesto: ha sentido mis sentimientos, que la idea de que sufra me revuelve el estómago—. Todo ha terminado. Estaré bien.

Y me pasa un dedo por una mejilla. Luego frunce el entrecejo, da un paso atrás y baja la mano. Se arrepiente del leve contacto.

Llegamos a la furgoneta y él se aleja convenientemente para dejar la bolsa en el asiento delantero.

Yo me quedo junto a las puertas traseras, con el rumor de sus palabras repitiéndose en mi cabeza: «Todo ha terminado». ¿Es eso cierto? ¿Puedo dejar que Cassian y los demás se marchen con ese interrogante, con ese miedo serpenteando por mi cuerpo como un virus?

Apoyo la cabeza contra la dura pared de la furgoneta y suelto el aire sonoramente. Me duele un montón. Cassian ha querido sentarse delante. A mí me ha parecido un poco raro, pero no creo que sea malo que él y Will pasen algo de tiempo a solas.

Me froto los párpados con el pulgar y el índice, apretando hasta el puente de la nariz. Lo hago varias veces, intentando mitigar el dolor de cabeza.

Deghan está sentado justo frente a mí, y me observa con sus ojos de peltre..., unos ojos tan fríos que me estremezco. Al final ya no puedo soportarlo más. Aparto la mano de mis ojos y le pregunto de malos modos:

—¿Qué estás mirando?

—A ti.

Suelto un resoplido.

—Eso está claro. Pero ¿por qué no paras de mirarme?

Tamra levanta la vista, evidentemente interesada en su respuesta.

Deghan hace un pequeño gesto con la mano.

—Me recuerdas a alguien.

Sacudiendo la cabeza, aparto la mirada para clavarla en el suelo de la furgoneta, notando su retumbar a través de las suelas de los zapatos. No me interesa ningún draki al que le recuerde, ningún draki al que él...

Me giro hacia Deghan de golpe. Todos los nervios de mi cuerpo se ponen en tensión, repentinamente alerta.

—¿A quién? —exijo saber.

Él se encoge de hombros.

—Solo a otro prisionero. Ya estaba allí cuando yo llegué. Era un ónix, pero me recuerdas a él por la manera que tienes de frotarte los ojos y la nariz. Él hacía lo mismo. Y también por cómo te pones..., cómo ladeas la cabeza cuando alguien está hablando. Y tienes la misma expresión resuelta, casi como si estuvieras enfadada. —«¿Era?»—. Esa palabra rebota en mi cabeza y Deghan continúa—: Tienes el mismo... aire.

Ahora estoy temblando. Siento náuseas, pero aun así le pregunto:

—¿Qué le pasó?

—Un día lo sacaron de su celda para someterlo a más experimentos —contesta, y entonces sus ojos se apagan—. Y ya no regresó. Aunque ¿sabes qué es lo peor de todo?

«¿Peor que morir?».

—¿Qué? —inquire Tamra, tan rígida como una roca, y sé que en su mente giran los mismos pensamientos que en la mía.

—Que su propia tribu lo había traicionado —responde Deghan—. Nos contó que alguien de su manada le había tendido una trampa para que lo atraparan. Lo puso directamente en el camino de los cazadores.

Al oír eso, mi piel pasa del calor al frío sucesivamente. Intento tragar saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunto tensa, sin mover apenas los labios, entumecidos.

«No digas el nombre de mi padre —pienso—. No digas Magnus. Magnus no».

—Magnus —responde Deghan.

Me levanto de un salto con los brazos abiertos, estirándolos a los lados como en busca de un asidero, algo a lo que aferrarme. Mi mundo da vueltas. Mi visión se vuelve de color rojo. Tamra entierra la cabeza entre las manos y se echa a llorar entre espasmos.

Yo golpeo la pared de la furgoneta hasta que me duelen las

palmas, y ni siquiera entonces me detengo.

—¡Parad! —grito—. ¡Parad!

El vehículo reduce la velocidad. En cuanto se detiene, yo abro las puertas y salgo corriendo..., me interno en el bosque tan deprisa como puedo. No me importa adónde voy. Solo intento alejarme, escapar del dolor, el dolor punzante e implacable que siento en el pecho.

Oigo que me llaman a gritos en la distancia, pero no doy la vuelta. No me paro.

Corro, volando entre los árboles, aunque el dolor no pierde intensidad. No logro dejarlo atrás. Todavía me sigue. Y con una nueva oleada de angustia, comprendo que siempre me seguirá.

Me detengo; lágrimas silenciosas forman rastros calientes por mis mejillas. Me tambaleo un momento antes de caer al suelo, donde aterrizo de rodillas. Con un sollozo lastimero, me doblo por la cintura y vomito, vaciando el contenido de mi estómago. Cuando ya no me queda nada dentro, me acurruco en el suelo formando un prieto ovillo. Ramitas y agujas de pino arañan todas las zonas expuestas de mi cuerpo, pero no tengo energías para que me importe.

Ahora lo sé. Por fin lo sé, después de todo este tiempo. Mi padre está muerto. Traicionado por alguien de la manada, alguien con quien yo he convivido durante años...

Hay un susurro de hojas cerca de mí cuando aparece Tamra, materializándose de la nada como un espectro. Tiene el pecho agitado por la carrera a través del bosque. Su cabello flota a su alrededor como un nimbo salvaje de color blanco plateado. Sus

ojos se quedan clavados en los míos mientras compartimos una certeza, la verdad de lo que sucedió con nuestro padre. Su mirada de escarcha reluce húmeda. Nos separan apenas unos pasos.

—Tamra —susurro, y pronunciar su nombre hace que me desmorone.

Su rostro está demudado, convertido en el reflejo perfecto de lo que yo siento. Mueve la cabeza con una sacudida; las palabras resultan innecesarias entre nosotras. En estos momentos estamos viviendo la misma pesadilla.

Al instante estamos abrazándonos, llorando como niñas. Yo me seco la nariz y digo, entre sollozos y respingos:

—Supongo que siempre había esperado que papá estuviera vivo...

—Lo sé. Yo también. —Tamra asiente tenazmente—. Mamá. Quiero a mamá. —Se le quiebra la voz, y empieza a llorar de nuevo.

La cojo por los hombros, llena de determinación.

—Vamos a encontrarla.

Ella es la única familia que nos queda. Ahora, ahogándome con la noticia del destino de mi padre, siento la falta de mi madre más agudamente que nunca.

Se oye el crujido de una rama. Nos damos la vuelta y vemos a Will. Él se detiene, alzando una mano como para disculparse por la intromisión.

—No te preocupes. —Tamra se sorbe la nariz y se seca las mejillas húmedas—. Yo... necesito un momento a solas.

—No tienes por qué... —empieza Will, pero mi hermana

sacude la cabeza y se aleja.

Yo me quedo mirando a Will, sintiéndome en carne viva y expuesta, rota. Como si no fuera a estar entera nunca más.

Y entonces él está ahí, rodeándome con sus brazos. Me derrumbo contra su cuerpo, dejo que me sostenga.

—Jacinda —dice, pronuncia mi nombre en un susurro.

Yo le agarro la camiseta con fuerza, apretando hasta que los dedos se me ponen blancos.

—Mi padre se ha ido de verdad —afirmo, mirando sus ojos cambiantes.

—Lo sé, lo sé —replica, acunándome.

—Siempre he querido saber la verdad..., pero en lo más hondo creía que estaba vivo. Ahora me doy cuenta de eso. Durante todo este tiempo..., jamás he creído que se hubiera marchado realmente.

—Es mejor que lo sepas. Ya no seguirás haciéndote preguntas ni suposiciones inútiles.

Me bajan lágrimas por las mejillas. Estoy convencida de que en esto no hay nada «mejor». Antes tenía esperanzas, pero ahora no tengo nada. Nada excepto la completa certeza de que mi padre está muerto, y de que nunca volveré a verlo.

Si es que es posible, estrecho a Will con más fuerza. Como si eso pudiera aliviar, de algún modo, este lacerante dolor. Sin embargo, el dolor no deja de intensificarse, crece en mi pecho hasta que se impone una emoción más potente todavía. En mi interior brota la furia mientras pensamientos nuevos y desagradables se abren paso hasta mi cabeza. Y yo se lo permito:

dejo que la furia se imponga.

Llevo una bocanada de aire caliente hasta lo más hondo de mis pulmones, donde se vuelve más caliente todavía. Alguien traicionó a mi padre, y no es muy difícil concluir quién fue probablemente ese alguien. Severin. Corbin confesó la animadversión de su tío hacia mi padre..., que Severin se sentía amenazado por mi padre. Pero mi padre no estaba intentando asumir el poder. Solo quería llevarse a su familia a otra parte, lejos de la manada. Qué pena que no escapáramos antes de que le tendieran una trampa...

Suelto aire por la nariz, flexionando los dedos, relajando la presión sobre Will. Entonces me invade un nuevo propósito y ya no necesito agarrarme a nada. Sé lo que tengo que hacer. Voy a volver con la manada.

Antes quería saber la verdad; ahora busco justicia.

Solo cuando la consiga, cuando descubra al traidor y este reciba un castigo por lo que hizo, podré curar esta herida. Y luego seré libre.



## 16

Intercambiamos muy pocas palabras después de mi regreso a la furgoneta con Will. Estamos todos en estado de *shock*, con expresión anestesiada. Tengo el estómago revuelto. Primero el encuentro con los cazadores, luego el descubrimiento de que

Miram es una bomba de relojería, y por último la noticia de mi padre... ¿Qué será lo siguiente? Noto que la furgoneta se detiene con una sacudida, como si también ella estuviera exhausta.

Por fin hemos llegado al restaurante de carretera donde dejamos aparcado el Land Rover de Will. Aquí es donde se supone que Will, Tamra y yo vamos a separarnos de Cassian y Miram. Aquí es donde por fin dejaré la manada a mis espaldas.

Solo que no puedo hacerlo.

A estas alturas ya debería saber que nada es tan sencillo como me esperaba. Incluso aunque no hubiera averiguado la verdad sobre mi padre, todavía está el tema de Miram. Hay que hacer algo con su implante localizador. Aunque sea la hija de Severin, e incluso haya trabajado para él espíandome, no voy a desquitarme con ella.

Parpadeo dolorosamente. ¿Esto se volverá fácil alguna vez? ¿Alguna vez dejará de ser tan... duro?

Tras bajar de la furgoneta, miro a mi alrededor. Hemos aparcado detrás de una gasolinera abandonada que nos tapa la visión de la carretera y de los coches que pasan a toda prisa. Cambio el peso de pierna. El asfalto suelto se desmenuza bajo mis pies; entre las grietas irregulares crecen malas hierbas. El Land Rover de Will está cerca de nosotros, justo donde lo dejamos.

Las puertas de la furgoneta se quedan abiertas, pero Deghan permanece escondido en su interior. Tamra sale, aunque no se aleja de las puertas, con el cuerpo inclinado hacia el descomunal draki gris cuyos ojos jamás se despegan de ella. Desde nuestro encontronazo con los cazadores, entre estos dos se ha formado un

extraño vínculo... Es como si estuvieran ligados por una especie de lazo invisible.

Yo pongo los ojos en blanco. No es momento para que Tamra se encapriche de un draki que ni siquiera puede ya acceder a su lado humano. De pronto esto me resulta especialmente irónico, pues no hace mucho que Tamra era incapaz de acceder a su propio draki.

—¿Y ahora qué? —me pregunta mi hermana, mientras su mirada se desvía hacia Deghan.

Yo lo miro intencionadamente.

—Él tiene que ir al pueblo, como ha dicho Cassian.

Tamra aprieta los labios hasta que se convierten en una fina línea. Conozco bien sus expresiones. Si la idea de abandonar a Deghan la perturba tanto, es que se ha encariñado con él mucho más de lo que yo pensaba. Parece a punto de decir algo, pero entonces habla Will.

—Bueno, entonces supongo que esto es una despedida —anuncia.

Nada puede ocultar el brillo de impaciencia de sus ojos. Ha esperado esto mucho tiempo. Los dos hemos esperado mucho.

Sin embargo, yo no puedo pasar por alto la pequeña llama de pánico que parpadea en mi pecho. Tengo que decírselo.

—Supongo —repite Cassian con brusquedad, sin revelar nada de su pena por separarse de nosotros, de mí. Pero yo la noto igualmente, es un ardor punzante detrás de los ojos—. Nos llevaremos la furgoneta. Gracias a Tamra, no creo que los cazadores la recuerden.

Gracias a Tamra, los cazadores no deberían acordarse de nosotros. Y punto.

Yo lanzo una ojeada a Miram. Se ha alejado un poco de nosotros. Está abrazándose a sí misma con la vista fija en los árboles distantes, y me pregunto qué estará pensando.

Entonces la voz de Will suena detrás de mí.

—¿Lista? —Me giro para mirarlo fijamente un largo rato. Lo bastante largo para que él sepa que algo va mal, lo bastante largo para que el recelo aparezca en su cara. Sus ojos destellan—. ¿Jacinda?

Yo me encojo de hombros débilmente y levanto una mano a modo de súplica, deseando que comprenda lo que estoy a punto de decir. Y lo único que veo en ese instante es el anillo de plástico morado de mi dedo, que se burla de mí mientras las palabras brotan de mi boca.

—No podemos permitir que regresen solos. Cassian todavía no está al cien por cien. ¿Y si los cazadores dan con ellos antes de que lleguen al pueblo?

Y hay más. Más de lo que puedo admitir en voz alta. Quiero vengar a mi padre. Quiero que todo el mundo sepa lo que le ocurrió. Quiero que el asesino de mi padre acabe ante la justicia. Mis manos se tensan fuertemente a mis costados, abriéndose y cerrándose. Cassian me lanza una mirada de curiosidad, y yo obligo a mis manos a quedarse quietas.

Puesto que soy el primer draki en colarse en un cuartel general de los enkros, tendré credibilidad. He ayudado a rescatar a Miram... y a otro draki: un testigo de la muerte de mi padre.

Deghan es la única prueba que necesito. La manada lo escuchará, y entonces Severin tendrá que someterse a juicio ante todo el mundo..., quedará expuesto por sus crímenes. Se me acelera el pulso ante la simple idea.

Cassian nos mira a Will y a mí con ojos repentinamente brillantes. Siento su esperanza, que crece en mi interior como un torrente vertiginoso y burbujeante.

—Ven conmigo, Will. Ayúdame con esto —le suplico, y lo observo expectante. Espero sin aliento, con el pecho insoportablemente tenso ante la idea de que se niegue, de que no quiera acompañarme. Temo que, tras oír mis palabras, se aleje de mí. Giro el anillo con el pulgar y añado—: Sé que es mucho pedir... Lo entenderé si no puedes venir conmigo...

«Pero se me partirá el corazón», pienso.

Él se marcha enfurecido sin pronunciar ni una palabra y algo se estremece en mi interior al ver que se aleja. No se dirige a la furgoneta, sino hacia el deteriorado edificio de la gasolinera. Lanzo una breve mirada a los demás y salgo corriendo tras él.

—¡Will! ¡Will, espera!

Él rodea el edificio. Al pasar ante una vieja máquina expendedora, se da media vuelta y le propina un puñetazo al viejo y manchado frontal de plástico. El plástico amarillento se rompe en pedacitos que se esparcen por todas partes.

Yo me detengo resollando, menos por el esfuerzo de la corta carrera que por la ansiedad de alcanzar a Will. Él se agarra a ambos lados de la vieja máquina, con la cabeza inclinada y los músculos del cuello tensos.

Yo me humedezco los labios y miro atrás para asegurarme de que nadie nos ha seguido.

—Will... —Jamás lo había visto tan enfadado..., tan descontrolado. No sé muy bien qué decir—. ¿Estás bien?

Él levanta la vista de golpe, enfocándome con unos ojos relucientes de furia.

—¿Que si estoy bien? —Yo contengo el impulso de retroceder. Me limito a mover la cabeza—. ¿Estás de broma? —El sonido de su voz me atraviesa. Ahora mismo no es el Will que conozco. La tierra se agita a mis pies, y sé que esto es obra de Will; es su ira, que afecta al suelo sobre el que nos apoyamos—. Estoy empezando a pensar que nunca vamos a estar juntos, Jacinda.

—No digas eso.

Él sacude una mano y replica:

—No quieres dejar atrás nada de esto. Ni siquiera por mí.

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no? —Me examina ladeando la cabeza—. ¿Puedes asegurarme que alguna vez serás capaz de dejarlo todo atrás? ¿A la manada? ¿A Cassian?

—Sí —respondo, contenta de que mi voz suene fuerte y firme—. Lo haré. Solo tenemos una última misión que cumplir...

—Volver a la manada no es una nadería. Especialmente para ti. —Traga saliva y observo el movimiento de los músculos de su garganta—. Ni para mí, ya de paso.

Yo suelto aire y asiento, notando la aprensión en el estómago. Estoy pidiéndole mucho. Demasiado.

—No puedo esperar que lo hagas, tienes razón. —Me muerdo el labio, marchitándome por dentro por lo que eso significa—. A estas alturas, Corbin ya les habrá hablado a todos de ti.

Will se queda paralizado.

—¿Qué estás diciendo?

«¿Qué estoy diciendo?», pienso, y trago saliva, cada vez más angustiada.

—Podemos separarnos. Temporalmente, por supuesto —me apresuro a añadir—. Nos reuniremos más adelante...

Will vuelve a la vida. Sus manos se cierran alrededor de mis brazos.

—No. Otra vez no. No voy a dejarte de nuevo, Jacinda. No permitiré que te enfrentes sola a esto.

Me invade el alivio, pero insisto.

—No, Will, tienes razón —replico, decidida a mantenerlo a salvo, pero no menos decidida a acabar con esto y hacer justicia—. El riesgo es demasiado grande para ti...

Él sacude la cabeza ferozmente, con ojos destellantes.

—Lo haremos. —Me pasa una mano por la cara, acariciándome la mejilla—. Y después veremos si se te ocurre otra razón para evitar que estemos juntos. Entonces lo sabré.

Yo niego con la cabeza.

—No es así...

—¿No? ¿De verdad? ¿No te sientes atada a la manada? ¿A Cassian? —puntualiza, sosteniéndome la mirada sin pestañear.

El silencio se prolonga. Me humedezco los labios.

—Ese no es el motivo por el que...

—Entonces, ¿cuál es? —me pregunta, mientras sus ojos ahondan en mí, tiernos y dulces.

No puedo despreciar el ruego que hay en ellos. Incapaz de reprimirme, apoyo la cara sobre la palma de su mano, deleitándome en la sensación de su piel contra la mía, de la aspereza de su piel en la curva de mi rostro.

—Mi padre... —empiezo.

Me interrumpo cuando él entorna los ojos, comprendiendo, y mi voz se transforma en un susurro febril y apresurado. El dolor por la muerte de mi padre, por la traición que sufrió, me atraviesa con una repentina ferocidad. Dudo que desaparezca alguna vez. Siempre estará ahí, listo para recibirme cada mañana. Pero si consigo que el culpable reciba su castigo, quizá eso mitigue un poco el sufrimiento, lo torne más manejable.

—Todavía no puedo olvidarme de eso —declaro.

—¿Lo harás alguna vez, Jacinda? ¿Y si no consigues la justicia que buscas? ¿Durante cuánto tiempo podemos seguir así? ¿Durante cuánto tiempo volveremos a quedar atrapados en la telaraña de una vida de la que aseguras no querer formar parte?

—Tengo que intentarlo. Te lo diré cuando haya terminado.  
—Ojalá pudiera darle una respuesta menos pobre, pero es demasiado complicado.

—¿Me lo dirás? —me pregunta Will, arqueando una ceja.

—Sí —contesto, y contengo la respiración, insegura de lo que responderá a continuación.

Entonces Will sonrío. Es una sonrisa retorcida y de

autodesaprobación que hace que me dé un vuelco el estómago.

—De acuerdo, Jacinda. Cuenta conmigo.

Me coge de la mano y tira de mí. Algo se afloja y revolotea en mi interior. Y estoy segura como nunca lo había estado antes. Sé dónde se supone que debo estar. Por y para siempre. Tanto si vivo con la manada —una manada nueva, mejorada una vez que Severin sea depuesto— como en el mundo humano, o quizá a caballo entre los dos mundos. Estoy destinada a vivir con Will. Por eso es por lo que he estado luchando..., y en algún punto del camino lo había olvidado, demasiado ocupada en batallar por otras cosas: mi draki, mi madre, Tamra, mi padre, Miram.

—¿De acuerdo? —me pregunta Will, deteniéndose antes de rodear el edificio, con sus ojos avellana clavados en mí.

Yo asiento. Y me doy cuenta de que soy, a la vez, de lo más fuerte y de lo más débil cuando estoy con él. Supongo que eso es el amor. Cuando estás más vulnerable.

—Te quiero —le digo de repente.

Will parpadea, como sorprendido por esas dos palabras. ¿Es que aún no se lo había dicho? Yo pensaba que sí..., en Chaparral, cuando tuve que separarme de él. Pero entonces estaba bajo mi forma draki; Will no pudo haberme entendido. Tras cogerle la cara entre ambas manos, me pongo de puntillas y repito, justo antes de pegar mi boca a la suya para darle un beso largo y lento:

—Te quiero.

Él vacila solo un instante antes de atraerme más, de apretarme contra su cuerpo. La desesperación arde entre nosotros. Sus manos se pasean por mi pelo, por mis brazos, por mi espalda. Me

tocan y me acarician por todas partes, como si fuera a esfumarme en una décima de segundo. Me apoya contra la pared de ladrillo. Su boca, mi boca..., no hay distinción...

Solo hay ansiedad.

Al cabo de un rato Will se separa, y su respiración entrecortada es como un ventilador caliente en mi oreja, que me estremece y me acelera el pulso. Su profunda voz colma mis oídos:

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

De mala gana, yo asiento con la cabeza y doy un paso atrás.

Will mira por encima de mi hombro como si pudiera ver a los demás, que están a punto de doblar la esquina.

—Por culpa de ese dichoso chip localizador de Miram, los cazadores nos encontrarán. Solo es cuestión de tiempo.

Solo es cuestión de tiempo.

—Sí, claro.

Doy media vuelta y echo a andar la primera, sujetando la mano de Will e intentando desoír la leve inquietud que siento en el corazón, pues esto podría ser un error. Debo creer que regresar a la manada con Will al lado es lo correcto. La decisión correcta.



17

De nuevo en casa, en la montaña, pisando el suelo que conozco tan bien, me siento recuperada, reanimada. Una bruma baja flota sobre una hierba exuberante que me roza las piernas mientras caminamos a través de la densa vegetación, donde no

existen sendas. Cassian es el único que podría conocer esta montaña mejor que yo. Avanzamos cuidadosamente. Aparte de nuestros congéneres, que podrían estar acechando en los árboles, intentando decidir qué hacer con nuestro variopinto grupo, los cazadores no pueden estar muy lejos. Cassian abre la marcha, con pasos algo más enérgicos y las heridas menos evidentes, y sospecho que estar de regreso lo ha rejuvenecido también a él.

Nos guía hasta un lugar donde esperar —ocultos de los cazadores y de la manada al mismo tiempo— mientras él habla con su padre. Al menos ese es el plan por el que nos hemos decidido. Primero debemos arreglar el asunto de Miram. Mi venganza tendrá que esperar hasta que haya pasado el peligro.

Hemos dejado los vehículos al pie de la montaña. Will está tenso y vigilante.

—Tamra —le digo solo a mi hermana, que avanza a mi lado—. Todavía pienso abandonar la manada.

No sé por qué me siento empujada a contárselo. Como si ella, al igual que Will, dudara de mi capacidad de cortar amarras. Como con él, espero sacarla de su error.

—¿De verdad lo crees? —replica con una sonrisa traviesa—. Recuerdo haberte oído decir eso mismo con anterioridad.

—Arreglaremos lo de Miram, ajustaremos cuentas por lo de papá y luego nos iremos. Empezaremos de cero y encontraremos a mamá, tal y como...

—Yo no voy a irme.

Me detengo para mirarla. Pero ella sigue adelante, de modo que tengo que apresurarme para alcanzarla, mirando a los demás

con cautela por encima del hombro. Casi como si temiera que hubieran oído la declaración de Tamra.

—¿Y qué hay de tus planes? —le pregunto—. ¿Y qué pasa con mamá?

—Los planes cambian, Jacinda. Además, yo nunca he tenido mucho tiempo para pensármelo bien. Era tu plan, no el mío, pero estaba tan ofuscada por tu enlace con Cassian que no veía las cosas con claridad.

—Eso es cierto —recuerdo—. Estabas furiosa por mi enlace forzado. Porque la manada desterrara a mamá. ¿Por qué ahora quieres quedarte?

—Porque me necesitan. No todo el mundo es Severin. No quiero abandonar a toda la manada solo por su culpa. Él puede ser destituido; y lo será. Cassian u otro asumirá el poder. Es hora de que haya un nuevo liderazgo, y quiero estar ahí para ayudar. Lo necesito. Puedo ser útil y hacer algo bueno.

Tamra haría grandes cosas, desde luego. Es inteligente y sensata..., ve las cosas desde todos los ángulos. Y la manada la recibiría con los brazos abiertos. De eso no cabe la menor duda. Me falta un poco el aire. Dejar a la manada para siempre podría implicar una pérdida mayor de lo que había imaginado si significa perder a mi hermana. Era un consuelo saber que iba a venir conmigo. Sin embargo, tendré a Will.

—Entonces, ¿lo harás por la manada?

—¿Tanto te cuesta creerlo?

—Hum, para ser sincera, sí.

Durante años ha detestado a la manada..., ha querido librarse

de ella. Yo era la única que quería quedarse.

Entonces mi hermana se delata.

Sus ojos se desvían ligeramente hacia un lado.

Sigo su mirada hasta el enorme draki gris que flanquea a nuestro grupo. Cuando me giro de nuevo hacia Tamra, ella ya está mirando hacia delante, intentando actuar como si yo no hubiese advertido su desliz inconsciente. Pero es demasiado tarde: lo he visto. Yo ya sospechaba que había algo entre ellos dos, al menos el principio de algo.

—Todos cambiamos —dice Tamra vagamente.

—Sí, así es.

Supongo que el hecho de que mi hermana mire a alguien distinto de Cassian lo corrobora. Tiene razón. Todo cambia..., evoluciona. Y entonces siento que una sensación expectante burbujea en mi interior, impaciente por el futuro que me espera con Will. Suceda lo que suceda, sé que nosotros dos estaremos juntos.

Aminoró un poco la marcha para colocarme al lado de Will. Él me mira y yo le sonrío, contenta, aliviada de tenerlo aquí conmigo.

Con mi sonrisa intento transmitirle que esto no es para siempre, que pronto nos marcharemos. Yo no soy Tamra. Puede que la manada la necesite a ella, pero a mí no. No voy a defraudar a Will..., ni a mí misma.

Will me observa con mayor atención, con curiosidad.

—Ya estamos —anuncia Cassian al llegar a un pequeño claro del bosque.

Se quita la mochila ante un muro de maleza enmarañada. Lo observo mientras lo retira pieza a pieza, depositando en el suelo las ramas espinosas para dejar a la vista una profunda cueva.

Yo doy un paso adelante para asomarme al interior, y me sorprende descubrir que dentro ya hay un montón de provisiones. Miro a Cassian inquisitivamente.

Él se encoge de hombros.

—Nunca se sabe. Hombre prevenido vale por dos.

—¿Qué es este sitio? ¿Lo conoce la manada? ¿Y tu padre?

—No. Solo yo.

Vuelvo a mirar las bolsas de comida, los utensilios variados y el equipamiento, y lo veo todo como lo que es: un almacén. No puedo creer que Cassian haya pensado alguna vez en tomar tales medidas. Si alguna vez la manada se viera en problemas o en peligro, yo había dado por supuesto que Cassian lo sufriría, no que escaparía. Eso es lo que me ha hecho creer.

Contemplando las provisiones, veo que incluso hay piedras preciosas. No es solo una reserva de emergencia. Es todo lo que un draki necesitaría si huyera de su pueblo para empezar de cero en otro lugar. Un lugar nuevo.

Cassian termina de despejar la abertura y se pone a examinar sus pertrechos, lanzándome cortas miradas mientras trabaja; es evidente que nota mi perplejidad.

—¿Habías pensado en abandonar a la manada? —le pregunto, luchando por conciliar al Cassian que creía que conocía con el Cassian que tengo ante mí.

Él siempre ha vivido por la manada..., haciendo lo que fuera

mejor para la comunidad. Pero esto... Mi mirada recorre el bien provisto surtido de víveres. Me pregunto si Cassian tendría otros planes, planes que no incluyeran convertirse en el futuro alfa de la manada.

Cassian vuelve a encogerse de hombros, y yo paso de la confusión a la irritación. Él ha sido mi conciencia, la voz de mi cabeza que, en estos últimos meses, ha hecho que me sintiera culpable por decepcionar a la manada. Él es quien me ha recordado una y otra vez que la manada es más importante que ninguno de nosotros individualmente. Y aquí está ahora..., con un plan de huida preparado. Dejo que sienta mi malestar ante su hipocresía..., y por una vez disfruto de que pueda sentir mis emociones.

Cassian parpadea y desvía la vista, con un rubor ardiente bajo su piel morena.

Finalmente accedemos al refugio de la cueva. Deghan tiene que agachar la cabeza para no tropezar con el bajo techo. Pegando sus grandes alas correosas contra el cuerpo, sigue de cerca a Tamra mientras ella empieza a examinar las provisiones.

—Deberíais estar bien hasta que regrese —dice Cassian.

—No quiero que te vayas. No me dejes —replica Miram, pegándose a él.

Cassian le da un apretón reconfortante en el brazo y le asegura:

—Estarás bien. No te separes del grupo. Los demás te protegerán si te localizan los cazadores, ¿vale?

Miram gimotea y se estremece.

—Estoy asustada, Cassian.

Entonces él la abraza, y mi malestar se desvanece. Comprendo el temor de Miram, su necesidad de aferrarse a su hermano. Cuando yo no tenía amigos en la manada, cuando era virtualmente una paria, también me aferré a él. Me acerco a tocarle el brazo, intentando consolarla a mi vez.

—No puedo llevarte al pueblo —le contesta Cassian—. Ya lo sabes. Te prometo que no tardaré mucho. Encontraremos una solución, y muy pronto estarás durmiendo de nuevo en tu cama. —Entonces me mira y añade—: Puedes confiar en Jacinda.

Miram me observa un instante y luego asiente. Resulta bastante extraño, pero supongo que mi enlace con su hermano la tranquiliza de algún modo, mientras que antes la molestaba.

Cassian tiene que despegarse de su abrazo. La contempla otra vez, luego a mí y después a las dos sucesivamente.

—No tardaré —repite, y luego sale agachando la cabeza.

A continuación oímos cómo recoloca las ramas sobre la entrada de la cueva, dejándonos en la penumbra.

Will se acucilla junto a los pertrechos, y pronto brota un leve resplandor procedente de un farol eléctrico. Will se levanta. La lámpara proyecta sobre él una misteriosa luz amarilla.

—Alguien debería montar guardia fuera —sugiere—. Iré yo.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

Solo puedo pensar en que alguien de la manada lo descubra, en que Corbin lo descubra, y me estremezco ante la posibilidad de que el primo de Cassian consiga esta vez lo que no ha podido hacer antes: matar a Will. Por muy peligroso que esto sea para mí,

lo es aún más para él.

—Tendré cuidado y me esconderé bien —me asegura, pero eso no me calma. Will suspira ante mi expresión seria y añade—: Mira, alguien tiene que vigilar. No podemos permitir que nos acorralen en esta cueva.

Consciente de la amenaza a la que se enfrenta ahí fuera, niego con la cabeza, temiendo dejarlo solo en el exterior.

—Will tiene razón, Jacinda —tercia Tamra, mirándolo—. Nos turnaremos.

Deghan asiente; al parecer, también él está de acuerdo. Aun así, no puedo quitarme el miedo de encima. ¿Es que yo soy la única que considera una mala idea que Will se interne solo en territorio draki?

—Iré contigo —decido finalmente.

—Tú te quedas aquí. Necesitas descansar. No servirás de nada si no recuperas fuerzas. —Lanza un vistazo a Miram y apunta—: Si los cazadores vienen a por ella, tendrás que defenderla.

Cruzo los brazos sobre el pecho y mis ojos se desvían hacia Miram. Ella tiene la vista fija en el farol, con ese aspecto tan joven y vulnerable. Parece tan sola sin su hermano... Me froto los brazos, repentinamente helados, y me acerco a ella.

—Está bien —acepto—. Me quedaré.

Como Cassian, Will se marcha abriéndose paso entre la maleza que cubre la entrada de la cueva y luego recoloca cuidadosamente las ramas.

Tamra se sienta en el suelo junto a Deghan. Al cabo de un momento, yo me siento al lado de Miram, con la esperanza de que

mi proximidad le suponga cierto consuelo. Mientras nos ponemos cómodos, me pregunto cómo Cassian se lo explicará todo a la manada: los enkros, yo, Will, Deghan... Y Miram. Me pongo nerviosa al pensar en lo cerca que estoy de la manada... y del traidor responsable de la muerte de mi padre. Sin embargo, sé que debo ser paciente y esperar a que se solucione el problema de Miram, pero eso no me apacigua. Mientras aguardo sentada, me pregunto qué va a suceder y si estaré preparada. Si todos estaremos preparados.



18

*C*orro sin parar de reír mientras el agua del océano me salpica las piernas. Miro hacia atrás. Mis padres caminan a paso más lento cogidos de la mano, encantados de poder disfrutar de estas excepcionales vacaciones lejos de la manada. Tamra me pisa los talones a toda prisa, pero

*yo soy más rápida.*

*Las rocas salpican la playa y se alzan sobre mí. Son bonitas y curiosas. Tamra me alcanza y las dos nos echamos a reír, nos recostamos la una contra la otra y señalamos varias formaciones comentando a qué nos recuerdan.*

*—Esa parece un payaso.*

*—Ahí hay un conejo gigante..., ¡y esa es como la nariz de papá!*

*—Esa me recuerda a la torre Eiffel.*

*—Y esa se parece a una palmera —interviene mi padre, apuntando por encima de mi hombro a una formación rocosa que es realmente ancha por arriba y que en la parte inferior se afina hasta semejar un tronco.*

*—¡Eh! —exclama mi madre mientras busca su cámara fotográfica—. Poneos las dos debajo de ella.*

*Obedecemos, y yo alzo la vista hacia la extensión de piedra que hay sobre mi cabeza. Envía un leve susurro a mi alma, muy similar a la tierra de mi hogar. La ruda formación de color marrón rojizo me fascina, y mamá tiene que llamarme a gritos para que mire a la cámara. Yo me giro y sonrío, apoyando la cabeza en mi hermana.*

*Entonces llega papá, me rodea con un brazo y señala la sombrilla pétrea de lo alto.*

*—Una palmera, Jacinda —repite, sonriendo.*

*Yo asiento, devolviéndole la sonrisa.*

*—Qué chula.*

*Entonces todo lo demás de desvanece. Mamá. Tamra. El sonido de las olas. Solo está papá, mirándome con ojos relucientes.*

*—Es una palmera, Jacinda...*

Me despierto con un grito ahogado, resollando como si acabara de participar en una carrera. La penumbra que me rodea me confunde. No sé dónde estoy. El ambiente es tenebroso, teñido levemente de un tenue amarillo.

Entonces lo recuerdo todo de golpe.

Me incorporo e identifico a Miram acurrucada a mi lado sobre su saco de dormir. Debemos de habernos quedado dormidas hablando. Yo quería levantarle el ánimo, que se olvidara de todo.

Cuando mi vista se acostumbra a la oscuridad de la cueva, siento una punzada de decepción. Sigo viendo claramente a mi padre; su imagen es vívida y fresca. Casi como si no hubiera soñado un episodio de mi pasado, sino como si lo hubiera revivido de nuevo.

De pronto noto un dolor en la garganta. Casi puedo oler el viento marino. La voz de mi padre me susurra al oído: «Palmera».

El corazón me da un brinco en el pecho y el pulso comienza a martillearme furiosamente en el cuello. No necesito ver el trozo de papel que me dejó mi madre para acordarme de las palabras garabateadas en él: «Recuerda la palmera».

Cuando las leí, esas palabras no tenían ningún sentido para mí. Confiaba en que acabaría encontrándoselo, que al final lo resolvería. Y ahora ya he dado con él.

Me levanto de un salto, impaciente por darle la noticia a Tamra. «Sé dónde está mamá. ¡Podemos encontrarla!», quiero decirle, pero luego me detengo soltando el aire con un bufido, pues recuerdo que no puedo ir a ningún sitio. Todavía no. Estoy

aquí para que se haga justicia por lo de mi padre. Para ayudar a Miram. Y por Cassian..., por la manada. Tengo que solucionar muchas cosas antes de estar libre para ir en busca de mi madre. Yo tomé esa decisión. Esta es la realidad que he escogido... y a la que he arrastrado a Will.

Tamra, sin embargo, ha escogido algo distinto. Sé que tiene todo el derecho..., pero si contamos con un destino confirmado, el paradero actual de mamá, quizá me acompañe.

Echo a andar, impaciente por contárselo a Tamra.

Pero mi hermana no está por ningún lado. Y Deghan tampoco. Se me cae el alma a los pies. No es muy difícil adivinar que se han ido juntos a alguna parte.

—¿Tamra? —la llamo, preguntándome cuánto tiempo habré dormido, cuánto tiempo hará que se ha ido.

Me interno más en la cueva, donde la luz del farol es más débil; su resplandor apenas alcanza al suelo. De pronto la gruta se divide en dos: se abre en un espacio más grande a la izquierda y en otro más oscuro y estrecho a la derecha. Me asomo al túnel más pequeño y compruebo que en esa dirección el aire parece más fresco.

Lanzo una ojeada al espacio más ancho, a sus extensas sombras. Algo se mueve en la penumbra. Como el movimiento de un pez en aguas oscuras. Entorno los ojos y doy un paso adelante..., y distingo una figura. Abro la boca, lista para gritar..., cuando una mano se cierra sobre mi hombro.

—¿Jacinda?

Yo suelto un chillido y giro en redondo. Una oleada de fuego

llega a mis labios antes de que pueda ver quién está ahí, pero consigo tragármela de nuevo a tiempo. Will está junto a mí, agitando las manos en el aire como si yo estuviera apuntándolo con un arma.

—Lo siento —le digo sin aliento.

—Vaya... No pretendía asustarte. Solo he venido para que alguno de vosotros me reemplace.

La luz del farol lo envuelve en un halo; el resplandor amarillo dora su cabello castaño.

Noto el aire frío de la segunda gruta, que me envuelve en su abrazo, refrescando mi repentino ardor. Me froto los brazos.

—Lo siento —repito—. Es que tengo los nervios a flor de piel. No encuentro a Tamra ni a Deghan y he pensado que podrían estar por aquí —le explico, señalando hacia atrás.

Los ojos de Will se clavan más allá de mi hombro y en su rostro aparece una extraña expresión. Frunce el entrecejo y luego da un paso adelante para colocarse a mi altura.

—Pero ¿qué...?

Su voz se apaga cuando yo doy media vuelta, temiendo que haya un cazador al acecho, listo para atacar, que nos hayan encontrado y hayan conseguido colarse en la cueva.

Pero no se trata de un cazador.

Al borde de la luz aparece una pareja.

—¿Tamra? —digo con voz estrangulada, y la pregunta se refleja en mi voz mientras me quedo mirando al chico que está con ella.

¿Un chico? Es más o menos de nuestra edad, quizá algo

mayor. Pero es tan enorme que casi toca el techo de la gruta con la cabeza. Lleva puestos unos vaqueros de Cassian, aunque le aprietan por las caderas y le quedan un poco cortos: una buena prueba de lo grandote que es.

Lo miro de arriba abajo. Todo él es humano, empezando por el pelo rubio ceniza que le roza los hombros y terminando por los pies descalzos. Sus ojos aún poseen ferocidad: las pupilas siguen siendo líneas verticales que delatan su naturaleza salvaje.

Intento hablar, intento expresar mi perplejidad, pero solo puedo decir:

—¿Cómo?

Tamra sonrío. Es una sonrisa que no le había visto nunca: reservada e imprecisa, pero rebosante de felicidad.

—Deghan ha estado practicando —responde.

Él asiente.

—Y Tamra me ha ayudado en el proceso. Aún me siento un poco raro —afirma, y es entonces cuando reparo en su acento. Suena a... ¿irlandés? ¿De dónde exactamente procederían él y su manada? Deghan levanta una de las comisuras de la boca a modo de sonrisa—. Espero poder mantenerme bajo control.

—Puedes hacerlo —declara Tamra, repleta de entusiasmo y optimismo.

No la había visto así desde Chaparral, llena de esperanza porque su mundo está repentinamente en orden.

¿Y ese cambio es obra de Deghan? No sé si darle un abrazo o un puñetazo. Todavía me corroe el temor de que Tamra termine de nuevo herida o decepcionada. Ya ha tenido suficiente de eso.

Ha pasado años así. Pero la idea de que pueda hallar la felicidad con Deghan... sería mejor que mejor.

Están muy cerca el uno del otro, y entonces reparo en que van cogidos de la mano, con los dedos íntimamente entrelazados. Y entonces comprendo que lo que yo piense no importa en absoluto. Tamra ya se siente unida a Deghan. Yo no puedo influir en lo que vayan a ser. Solo puedo esperar que suceda lo mejor.

Deghan le hace un gesto a Will y se ofrece:

—Supongo que es mi turno de montar guardia. Tú descansa un poco.

—Iré contigo —replica rápidamente Tamra, que al ver que arqueo una ceja añade—: Yo conozco la zona y él no.

Los veo alejarse, todavía de la mano.

—Eh... —dice Will cuando nos quedamos solos, aunque lo que en realidad está diciendo, preguntando, es si estoy bien.

Me paso una mano por la cara y contesto:

—Supongo que sospechaba que esto iba a suceder, pero, aun así...

—Tal vez se influyan positivamente el uno al otro.

—¿A qué te refieres?

—Tamra es nueva en lo de ser draki... y, en cierto modo, Deghan es nuevo en lo de ser humano —responde Will, encogiéndose de hombros—. Quizá puedan darse apoyo mutuo.

—No lo había considerado de esa manera —comento, ladeando la cabeza.

—Podríamos decir que tienen cosas en común.

Le sonrío.

—Eres un tipo listo, William Rutledge.

—Eso ya me lo habían dicho.

Sin embargo, la sonrisa se me borra al pensar de repente: «Demasiado listo para mí. Para esto. Demasiado listo para estar aquí, envuelto en este lío que solo es de mi mundo».

—¿Por qué demonios estás aquí conmigo? —suelto, antes de poder detener las palabras. Para ser sincera, lo último que quiero es quitarme a Will de encima.

—¿Acaso no es obvio?

Yo niego con la cabeza. Tengo que ser justa con él. En eso consiste el amor, ¿no? En hacer lo correcto, lo que es mejor incluso aunque duela. No puedo ser egoísta y retener a Will conmigo cuando es una insensatez peligrosa que él esté aquí. Ahora lo veo claro. Antes no lo veía, pero ahora mi miedo por él..., por el peligro que está corriendo, me consume.

Tomo aire llenándome los pulmones y luego suelto las palabras con un profundo suspiro:

—Si fueras listo, te alejarías de mí y no volverías a mirar atrás. Will suelta un resoplido.

—¿Y regresar con mi padre? Eso echaría por tierra tu teoría de que soy listo.

—Está tu abuela. —Él me había hablado de su abuela materna, que vive en Big Sur. El hecho de que ella nunca se haya llevado bien con su yerno es todo lo que necesito para que me caiga bien—. Ella te acogería. —Y lo querría, lo apoyaría en lo que él deseara hacer; al contrario que su padre.

Will asiente despacio.

—¿Estás intentando que te deje? ¿Es que quieres que me vaya? ¿Se trata de eso? Porque, si es así, puedes decirlo sin rodeos. No juegues conmigo, Jacinda.

—No estoy jugando contigo. Jamás lo haría. Esto es... complicado.

—¿Acaso no lo ha sido desde el principio?

Yo me estremezco. Will tiene razón.

—Es que nada de esto es justo para ti. Yo no soy buena para ti —insisto, y hago un ademán para añadir—: Tengo un montón de líos espantosos y, aun así, espero que tú los soportes conmigo.

Will guarda silencio un instante. Deseo desesperadamente poder ver su rostro en la oscuridad.

—¿Estás dejando que hable tu conciencia, Jacinda? ¿Quieres asegurarte de que entiendo el peligro que corro aquí? Créeme: lo entiendo de sobra. No es algo que pueda olvidar. Al igual que tampoco olvidaré jamás cómo te arriesgaste tú por mí. ¿Te acuerdas de eso? —Sus ojos relucen en la penumbra—. ¿Te acuerdas de cómo te lanzaste por aquel precipicio tras de mí? Te manifestaste delante de un enemigo, y nunca lo olvidaré. Fue un acto valiente, estúpido y desinteresado. De modo que si ahora yo quiero ser valiente, estúpido y desinteresado por ti, deja que lo sea, por favor.

Nuestros pies se tocan. En algún punto de la oscura cueva gotea agua. Es un sonido distante y rítmico que intensifica el repentino silencio.

No estoy segura de quién se mueve primero, si Will o yo. Solo sé que, de pronto, estamos abrazados. Sus manos se hallan en mi

pelo, en mi cintura, apretándome contra él, estrechándome tan fuerte que apenas puedo respirar. Algo que me viene muy bien, porque siento las piernas flojas, no más consistentes que gelatina, y estoy convencida de que si Will me soltara, yo acabaría en el suelo de la cueva formando un charco.

Todavía aferrados el uno al otro, Will me interna un poco más en la gruta. Ahí hace un poco más de frío, el aire está más húmedo.

Y luego ya no puedo pensar más. Solo sentir. Su piel contra mi piel. Sus dedos rozan el desbocado pulso de mi garganta y yo me arqueo contra el cálido muro de su torso, atrayéndolo todavía más.

Su boca vuelve a la mía, con un beso más intenso y ávido. La sensible piel de mis labios se caldea con un cosquilleo. El familiar ardor brota en mi interior a pesar de la fría pared de la cueva.

Will me besa más profundamente. Una de sus manos me rodea la cabeza para ladearla y acercar más mi cara. Su otra mano se desliza por mi cuello. Su pulgar roza de nuevo mi pulso martilleante, y yo me estremezco. Pongo una mano sobre su rostro, rozando la barba de un día que me pincha la yema de los dedos. Lo saboreo todo. La presión de Will contra mí, el contacto de nuestros labios, el modo en que sus manos se mueven sobre mí, acariciándome como si yo fuera algo especial...

Pero de repente un brusco crujido quiebra el aire, como metal contra hueso.

Los labios de Will desaparecen, arrancados de los míos, y todo él se esfuma, dejándome sola y temblorosa, con los brazos

vacíos, afligidos, buscándolo en la oscuridad con las manos estiradas.

Lo oigo caer con un golpe sordo. Desconcertada, me agacho para palpar el suelo, buscándolo en la espesa oscuridad.

—¡Will! —Entonces rozo algo. Toco su espalda, el fresco algodón de su camiseta bajo mis dedos—. ¡Will! —Lo sacudo delicadamente, deslizado la otra mano por su cuerpo en busca de una lesión—. ¿Estás herido? ¿Qué te ha pasado?

Nada.

No se mueve. No emite ni un sonido.

Me quedo helada, repentinamente consciente de que no estoy sola. Mi piel se calienta a modo de advertencia. Otra respiración suena en el aire. Está tan cerca que casi imagino que me levanta el pelo que me cae sobre la mejilla.

Mi piel se contrae y se estremece cuando una voz surge de la oscuridad.

Giro en redondo en su dirección. La luz que hay al final del túnel siluetea su cuerpo.

—Hola, Jacinda.



## 19

Noto su anchura a mi alrededor. Es un draki completamente manifestado, con sus amplias alas extendidas y desafiantes, como si pudiera echar a volar en esta gruta, donde el cielo es algo muerto e inexistente.

Me levanto con piernas temblorosas y empiezo a alejarme tambaleándome, pero entonces reparo en que eso deja a Will tendido e indefenso entre nosotros. Me detengo, y luego paso por encima de Will, acercándome al intruso más de lo que quería, pero no tengo otra opción.

—¿Corbin? —inquiero.

—¿Me echabas de menos?

Bajo la vista hacia la espesa oscuridad, donde sé que está Will.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto.

—Solo le he golpeado con una piedra. Fuerte.

—¡Podrías haberlo matado!

Caigo de rodillas. Mis dedos se mueven cuidadosamente por la cabeza de Will, hasta localizar un profundo tajo ensangrentado.

Dentro de mí, todo se desmorona y se hunde ante la posibilidad de que Will esté algo más que herido.

—Tenemos que llevarlo a un hospital —digo con voz alterada.

Ante esa sugerencia, Corbin se echa a reír sin alegría.

—¿Es que crees que a mí me importa algo su vida? No es solo un humano, sino también un cazador. Un cazador que intentó matarme, que te llevó lejos.

Yo observo su sombra.

—¿Qué es lo que quieres?

—En estos momentos, Cassian está muy ocupado hablando con Severin y con los veteranos, defendiendo tu caso. —No necesito luz para saber que sus labios se han curvado con desdén. Percibo el desprecio en su voz—. Se niega a revelar vuestro

paradero hasta que le prometan que no os harán daño a ninguno. —Entonces se ríe; es un sonido que queda y oscuro que me envuelve de forma amenazante—. Yo, sin embargo, no necesitaba que Cassian me dijera dónde os había escondido. Soy parte de la manada desde hace mucho, he vigilado todos los movimientos de mi primo, y conozco este lugar, su pequeño santuario. Ahora dime, ¿dónde está Miram? ¿Y Tamra? Voy a llevaros a las tres de vuelta al pueblo.

—No sé dónde están —miento, sabiendo que Corbin no va a escuchar por qué Miram no puede regresar aún a la manada. Es obvio que no ha prestado atención cuando Cassian estaba explicándoles la situación, de modo que ¿por qué iba a creerme a mí?

—¿Qué quieres decir con que no...?

—Miram ha huido. Tamra ha salido tras ella.

Corbin me agarra por un brazo y me obliga a levantarme de un tirón.

—Estás mintiendo. ¿Por qué sigues aquí entonces? ¿Por qué no has ido con Tamra?

—Alguien tenía que quedarse a esperar a Cassian.

—¿Por qué ha huido Miram? —Sus palabras golpean el aire, poniendo a prueba mi historia.

—Estaba enfadada por el hecho de que Cassian la hubiese dejado aquí —respondo mientras me sale humo de la nariz—. Se ha ido..., probablemente directa al pueblo.

Espero con angustia que Corbin no se tome la molestia de confirmar mi historia, o que Miram tenga el sentido común de

usar su talento y mimetizarse con las paredes de la cueva. Se prolonga el silencio, y sé que Corbin está pensando, sopesando mis palabras.

Al fondo de mi garganta se acumulan cenizas calientes, y sé que necesito apartar mis pensamientos de Miram.

—Pero yo no voy a ir a ningún sitio contigo —le espeto, liberando el brazo.

Él vuelve a cogerme.

—He pensado que podrías ponerte terca. Por eso he traído esto.

Algo destella en la escasa luz.

—¿Qué...? —empiezo, pero dejo la pregunta a medias al captar el brillo de la hoja de un puñal.

Corbin se agacha, levanta la cabeza de Will agarrándolo por el pelo y le pone el puñal en el cuello. Por supuesto, para él no supondría nada acabar con la vida de Will.

—Adelante —se mofa, con ojos refulgentes en la oscuridad—. Quémame, Jacinda, y me aseguraré de rebanarle antes el pescuezo a este cazador.

—Corbin, tú no eres así —susurro con voz ronca, pero mientras lo digo me doy cuenta de que eso es solo un deseo. Sé que Corbin es lo bastante despiadado para matar a alguien a quien ve como un enemigo de la manada, alguien que le impide conseguir lo que él quiere—. Vale. —Doy un paso atrás—. No le hagas daño y me iré contigo.

Quizá Tamra y Deghan encuentren a Will y se ocupen de él. Esa es toda mi esperanza..., lo único que puedo hacer ahora

mismo.

—Me alegra comprobar que usas la cabeza, Jacinda. Ahora, echa a andar delante de mí. Por ahí.

Señala el túnel estrecho. Debe de haber una entrada trasera a esta cueva, lo cual explica cómo Corbin ha podido aparecer sin que lo viéramos. Eso también explica el aire fresco que he notado antes.

Camino delante de él, mientras mis ojos se acostumbran a la incesante oscuridad. Voy rozando con una mano la pared fría y húmeda, con Corbin justo detrás, pinchándome en la espalda con la punta del cuchillo cuando avanzo demasiado despacio.

Me da un pinchazo especialmente doloroso, y la sangre caliente me empapa la camiseta y se desliza por la parte baja de mi espalda. Ceñuda, yo miro por encima del hombro su borrosa figura.

—Sabes que no siempre tendrás ese cuchillo, ¿verdad? —le digo.

—Creo que puedo manejarte sin él, Jacinda. —Yo emito un sonido, mitad gruñido mitad resoplido de duda—. El problema es que eres demasiado blanda —continúa—. Te preocupas demasiado por los demás. Eso será siempre tu perdición..., y así te pillaré yo. —Sigo andando a ciegas, con los ojos anegados en lágrimas. Ni siquiera entiendo bien lo que Corbin está diciendo. Solo puedo pensar en Will tirado en el suelo de la gruta, sangrando indefenso—. Acelera —me insta Corbin—. Estoy deseando aparecer en el pueblo contigo. Quizá entonces dejen de escuchar a Cassian y me presenten sus respetos.

—Cassian es tu primo —lo acuso—. ¿Por qué te comportas como si fuera tu enemigo?

—Porque, aunque él sea el primero en la línea sucesoria, soy yo quien se merece su puesto. ¿Qué ha hecho Cassian, aparte de ser hijo de Severin? Nada. Yo sería mejor alfa que él. Él se preocupa demasiado por todos. Igual que tú. Eso afecta a su juicio. Yo haría lo mejor para la manada, sin emociones, sin preguntas.

—Estoy segura de eso —rezongo.

Hay luz más adelante, más brillante y grande conforme nos acercamos al final. Agacho la cabeza y salgo a un espeso matorral. Árboles y arbustos nos rodean por todas partes. Nos abrimos paso entre ellos, avanzando por la estrecha senda que ha dejado Corbin para llegar a la cueva.

Bizqueando mientras mis ojos se adaptan, advierto que la luz no es tan brillante como me había parecido al principio. Está atardeciendo. Minúsculas motas de polvo danzan en los débiles rayos amarillos. Corbin me empuja para que continúe y entonces le pregunto:

—¿Qué crees que va a suceder, Corbin? Vas a aparecer conmigo, y ellos...

—Ellos verán que yo me encargo de las cosas. Cuando algo tiene que pasar, yo me ocupo de que pase. Después de entregarte, encontraré también a Miram y Tamra.

Yo miro por encima del hombro. La luz poniente incide en su rostro, y ahí veo atrapado su fervor, brillante e intenso en sus purpúreos ojos negros. Pero sus ojos no se parecen en nada a los

de Cassian. En ellos hay algo muerto, insensible, algo desesperado e inquietante.

—No entiendes lo que está ocurriendo —digo, señalando hacia la cueva—. Si hubieras escuchado a Cassian...

—No tengo ningún deseo de escuchar a Cassian.

—Se trata de Miram. Le ha sucedido algo...

—No malgastes saliva. No esperes que me crea que de verdad te importa Miram.

—Espero que te importe a ti..., y que te importe también la seguridad de la manada. Si realmente piensas que tienes madera de líder y que quieres lo mejor para la manada, deberías escuchar lo que tengo que decir.

—¡Ya basta!

Me obliga a darme la vuelta y pega su rostro al mío. El cuchillo se me clava en las costillas.

Yo miro hacia abajo y luego lo miro a la cara, sintiéndome fríamente tranquila por dentro.

—Has perdido los papeles —susurro.

—Ya estoy cansado de que nadie oiga lo que digo, de que no me escuchen, de que nadie se preocupe por mí. Especialmente tú. Has pasado años en la manada mirándome por encima del hombro. —Sonríe despacio—. Bueno, ahora sí que tengo tu atención, ¿verdad?

—Más bien la tiene tu cuchillo —replico, incapaz de ocultar el desafío de mi voz..., incluso con un arma apuntándome.

—Qué más da. Y ahora, gírate.

—¿Crees que tu tío aprobará que me hagas daño?

—Tú haz lo que te ordeno y no llegaremos a eso. Además, mi tío ya está harto de ti. —Ladea la cabeza. Sus pupilas, finas y verticales, se estremecen—. Si me librara de ti, puede que incluso me lo agradeciera.

Noto un sabor metálico en la boca y me digo que eso podría ser verdad. Al fin y al cabo, Severin ya está lo bastante corrompido como para haber matado a uno de sus congéneres. Tal vez hiciera la vista gorda si Corbin me hiriera.

Dejo que Corbin vuelva a ponerme en movimiento a empujones y pronto reconozco la zona, los latientes árboles, el viento susurrante. Solo unos pocos kilómetros y llegaremos al pueblo. No puedo permitir que Corbin me lleve allí como si fuese una prisionera. No quiero pasar por eso otra vez. Y mi aparición podría trastocar cualquier paso que Cassian haya adelantado con Severin. No puedo arriesgarme.

Y luego, además, está Will. Tengo que volver con él. Cierro los ojos penosamente pensando en él, herido y solo. ¿Qué le sucederá si Corbin le cuenta a todo el mundo que ha dejado a un cazador inconsciente en el interior de una cueva? No puedo permitir que lo encuentren así... desvalido, como una presa fácil.

«Cassian... —susurro su nombre mentalmente. Dejo que flote en mi interior como una brisa familiar—. Corbin me ha atrapado. Vamos hacia el pueblo». Sé que Cassian no puede leerme el pensamiento, pero sí espero que entienda lo suficiente mis emociones. Aguardo, probando dentro de mí, intentando hallar ahí a Cassian. Sin embargo, debe de estar demasiado absorto negociando con su padre. No capto nada, excepto una leve

vibración procedente de él, lo justo para saber que está cerca, y bien.

Inspecciono los conocidos árboles aguzando el oído, buscando cualquier cosa fuera de lo normal bajo la decreciente luz, algo que utilizar como distracción, pero no hay nada.

Ceñuda, acepto finalmente que voy a tener que inventar mi propia distracción.

Satisfecha con la frondosidad de los árboles de mi derecha, me detengo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Sigue andando.

Yo no hago caso de su fuerte empujón e insisto:

—No. Escucha.

—Yo no oigo nada.

Me giro hacia Corbin y le espeto:

—Entonces cierra el pico y presta atención, a menos que te guste la idea de que nos pillen los cazadores.

Él me mira entornando los ojos con recelo, pero ladea la cabeza y me obedece.

Yo lo observo sin respirar apenas, esperando el momento oportuno...

Y entonces lo hace: desvía la vista una milésima de segundo para examinar la vegetación en busca de posibles cazadores.

Es todo lo que necesito. Me interno en los árboles más cercanos y él grita a mis espaldas, pero yo no me detengo. Me arden los músculos mientras corro entre los árboles. Conforme avanzo, me deshago de la camiseta y mis alas se despliegan

sacudiendo el aire.

Corro con más energía, moviendo con fuerza las piernas y los brazos..., y resisto el impulso instintivo de volar. Si me elevo por encima de los árboles, Corbin me verá de inmediato. Sin embargo, empleo las alas para ganar más ímpetu, batiéndolas para incrementar la velocidad. Sé que Corbin está haciendo lo mismo. Miro hacia arriba varias veces para asegurarme de que Corbin no está volando y a punto de aterrizar sobre mí. Compruebo que no hay ni rastro de él en el cielo y sigo adelante.

Corbin está haciendo un ruido espantoso, es como una bestia de pesadilla avanzando estrepitosamente a través del sotobosque; casi ahoga el sonido del agua del río cercano.

Me llama a gritos, y yo me estremezco pensando en el cuchillo que empuña. Si Corbin me atrapa de nuevo, no pongo la mano en el fuego por que no lo use contra mí.

Quizá entonces no me quede otra opción que recurrir a mi mejor defensa: mi fuego. Eso hace que me eche a temblar intensamente..., ante la idea de matar a uno de mis congéneres, a otro draki, al primo de Cassian. Incluso aunque él esté intentando herirme, no quiero tener que hacerlo. No quiero que esto pase.

Corbin continúa persiguiéndome con todas sus fuerzas, bramando mi nombre. Sin duda, nuestro profesor de Maniobras Evasivas le pondría muy mala nota por el jaleo que está armando. Si hay cazadores cerca tras el rastro de Miram, Corbin les está poniendo muy fácil que nos localicen.

Serpenteo entre los árboles, saltando sobre troncos podridos y frondosas enredaderas. Me lanzo por el aire y aterrizo sobre una

roca profundamente incrustada en una pendiente. No voy muy lejos. Retrocedo solo un poco y me escondo detrás de una cortina de ramas y hojas.

Desde mi posición privilegiada, contengo la respiración y espero. Corbin pasa a toda velocidad, medio volando, medio corriendo, y sus maldiciones me arden en los oídos. Aguardo, prestando atención a cualquier sonido, mientras él desaparece en el bosque.

Luego salgo a toda prisa de mi escondrijo y deshago volando el camino que hemos recorrido, hacia la cueva; la urgencia me da energías renovadas. En cuanto llego allí, arranco la vegetación que tapa la entrada de la gruta e irrumpo en su interior, resollando, consciente de que no dispongo de mucho tiempo. Cuando no logre encontrarme, Corbin sabrá que he vuelto aquí.

Miram levanta la cabeza desde el camastro en que está echada y me observa con sus ojos inexpresivos. Yo miro a mi alrededor un instante, esperando ver a mi hermana, pero luego recuerdo que ella y Deghan han ido a montar guardia fuera de la caverna.

En ese momento aparecen ambos a la carrera detrás de mí, sin aliento; por lo visto estaban demasiado distraídos el uno con el otro para ser buenos guardianes. Suerte que yo no era un cazador.

—¿Jacinda? ¿Dónde...? ¿Cómo...?

—Corbin nos ha encontrado. Esta cueva tiene una entrada trasera. —Corro hacia el interior, hacia la oscuridad, hacia Will, exclamando por encima del hombro—: ¡Tened cuidado! ¡Aún está ahí fuera!

Tamra dice algo a mis espaldas, pero su voz no es más que un

eco mientras me interno en el estrecho túnel que hay al fondo de la gruta, buscando a Will. Lo encuentro donde lo he dejado. Me agacho para tocarlo, y cuando noto el movimiento de su pecho, me siento tan aliviada que casi me echo a llorar. Will todavía respira. Todavía está vivo.

—Déjame. —La voz de Deghan suena en la oscuridad a mi lado—. Ya me encargo yo.

Sin una palabra más, coge a Will y lo lleva a la parte delantera de la cueva. Bajo la luz, examino su herida. No es tan profunda como me temía, y la hemorragia se ha detenido.

—Will —le llamo, apretándole delicadamente el hombro.

Él suelta un quejido y me aparta la mano.

—Creo que está bien —afirma Deghan—. Está volviendo en sí. Y la herida no parece muy grave.

Will parpadea lentamente, bizqueando contra la leve luz como si le molestara. Luego sus ojos se centran en mi rostro.

—¿Jacinda? ¿Qué ha ocurrido?

Yo sacudo la cabeza. Incluso aunque pudiera entenderme, no hay tiempo para demasiadas explicaciones. Lo cojo por el brazo para ayudarlo a ponerse en pie y él hace una mueca. Tenemos que salir de aquí antes de que Corbin aparezca de nuevo. Corbin u otros. Es muy posible que haya ido a contarle a la manada dónde pueden encontrarme. A mí y a los demás.

—Jacinda... —dice entonces Tamra con tono brusco.

Me giro a mirarla y compruebo que mi hermana no está mirándome a mí, sino el camastro de Miram. El camastro vacío. La chaqueta doblada que Miram ha usado como almohada sigue

ahí, pero ella no está. Ella no está por ninguna parte.

—¡Miram! —exclama Tamra escudriñándolo todo con la vista, girando el cuerpo como si pudiera encontrarla escondida en algún sitio, en algún rincón oscuro de la gruta. Ciertamente, Miram es una draki visiocriptora y, como tal, puede volverse invisible, pero yo dudo que sea eso lo que ha pasado. Al no verla, Tamra se detiene y anuncia lo que yo ya sé—: Se ha ido.



20

Me desmanifiesto y vuelvo a vestirme. Salimos de la cueva  
**M**deprisa y ordenadamente. Will ya camina, aunque despacio, y  
yo insisto en ayudarlo, colgándome su brazo al hombro,  
mientras avanzamos entre los árboles.

—Miram ha ido por aquí —indica Deghan. Él abre la marcha, examinando el suelo y las pisadas recientes.

—Hacia el río —masculla Tamra sacudiendo la cabeza—. ¿En qué estaba pensando al abandonar al grupo? Ella sabe que es la que más peligro corre.

—No está bien desde que se enteró de lo del chip localizador —comento yo.

Will respira afanosamente intentando mantener nuestro ritmo. El bosque está silencioso; el borboteo del agua envuelve la quietud. Los últimos rayos de sol se filtran a través de los árboles, incidiendo en el cabello de mi hermana y dándole un reflejo plateado.

Conozco estas montañas, este bosque, y no recuerdo haberlo visto nunca tan silencioso. Algo no va bien. Por supuesto, mi mente deriva hacia los cazadores. Recuerdo todas las veces que me han perseguido. Nunca han sido sigilosos. Sus vehículos y helicópteros siempre anunciaban su presencia. En ocasiones, demasiado tarde, pero siempre los he oído antes de verlos.

Por alguna razón, no creo que vaya a ser así de nuevo. Si tienen el artilugio que va a guiarlos directamente a Miram, entonces usarán el sigilo y la sorpresa para atacarla. El agua del río suena cada vez más cerca. Por primera vez, estos árboles no me proporcionan el consuelo habitual. En cada brizna de hierba, en cada rama susurrante, detrás de cada tronco, acecha una amenaza potencial.

Miro a mi alrededor y clavo mis dedos en la mano de Will. Sólida, más grande que la mía, me da fuerza. Él me mira, y yo

empiezo a contarle mis temores..., el mal presentimiento que noto en el estómago, pero entonces Deghan levanta una mano y todos nos detenemos en la hilera de árboles que bordean la orilla del río.

Me desprendo del brazo de Will. Debo de aparentar tanta preocupación como la que realmente tengo, porque me hace una señal con la cabeza mientras se recuesta contra un árbol.

—Adelante —me dice en voz queda—. Estaré bien.

Del corte de la frente le mana sangre fresca. Estoy tan cerca que percibo su olor metálico, y de repente me siento más preocupada por él que por los cazadores. Su mirada parece aturdida, y su expresión, tensa, como si estuviera concentrado en estar bien, deseando estarlo, aunque no sea así.

—Will, ¿te encuentras bien? —susurro, sacudiéndole delicadamente un hombro.

Él parpadea despacio y asiente, clavando sus ojos en mí y enfocándolos; ahora parecen menos vidriosos.

—Estoy bien —responde.

Creo lo que me dice y libero el aire de mis ardientes y contraídos pulmones. Le paso una mano por la mejilla, que ya pica, necesitada de un afeitado. La sola sensación de Will contra mi mano —tenerlo entero, vivo y conmigo—, la vibración de su alma bajo su piel, me levanta el ánimo.

Deghan aparta una rama y me hace una seña para que vaya a ver lo que él y Tamra están mirando. Yo vacilo, girándome dubitativa hacia Will: detesto separarme de él.

—Anda, ve —me insta.

Asiento una vez y me acerco a averiguar por qué nos hemos detenido.

Tras acuclillarme junto a Deghan, sigo su mirada y descubro que su precaución es innecesaria.

No se trata de cazadores, pese al hormigueo de advertencia que noto en la nuca. Miram está al otro lado del río con su tía Jabel, a la que se aferra moviendo los labios.

—Solo es su tía —musito, sin dejar de mirar a nuestro alrededor.

Observo las sombras instaladas entre los árboles, donde me preocupa que haya cazadores escondidos, vigilando, esperando el momento de atacar.

Mis talones se hunden en la blanda tierra cuando me agacho más, con la intención de permanecer oculta. Al parecer, la seguridad siempre reside ahí... en permanecer oculta.

Jabel asiente comprensiva mientras Miram habla, sin duda explicándole su problema. Transcurren unos momentos antes de que Jabel estreche a su sobrina entre los brazos, pasándole una mano por el pelo suelto. Me emociono. Jabel es tía de Miram, desde luego, pero nunca ha sido una mujer cálida y acogedora. Es bonito ver la prueba del amor que siente por su sobrina.

Lo que define a Jabel es su mirada penetrante y vigilante, muy similar a la de su hijo, Corbin. Su naturaleza de draki hipno siempre me ha incomodado. Cuesta imaginar que ella y mi madre fueran alguna vez amigas íntimas. Para mí es una lección de humildad ver su lado más dulce y amable, y me alegra el consuelo que le proporciona a Miram.

Y entonces sucede.

No tengo tiempo de moverme, y mucho menos de emitir algún sonido. No hay posibilidad de gritar una advertencia, ni de comprender..., ni de asimilarlo, hasta que es demasiado tarde.

Solo podemos presenciar, boquiabiertos, cómo Jabel saca un puñal del interior de una manga y lo clava en la espalda de Miram.

Tamra ahoga un grito a mi lado cuando Jabel retuerce el arma, la saca y la clava por segunda vez antes de empujar a Miram al río. Yo observo la escena con los ojos desorbitados y ardientes. Abro la boca en un grito silencioso. El corazón me estalla dentro del pecho y martillea dolorosamente en mi interior.

Suena un crujido a mis espaldas. Giro en redondo y descubro que Corbin está ahí, con expresión horrorizada, mirando por encima de nuestras cabezas a su madre. Y a su prima.

Es obvio que él no sabía nada de los planes de su madre, ni sospechaba que ella fuera capaz de algo así.

En ese instante, mirando sus rasgos empalidecidos, vuelvo a ver al chico con el que crecí, que acaba de ser testigo de cómo su madre asesina a su prima. Voy a cogerle la mano, pero él la aparta de golpe, negando ferozmente con la cabeza como si no pudiera creer lo que está viendo.

—No... —dice con voz quebrada—. ¡No!

Da media vuelta y se interna en el sotobosque, huyendo de algo a lo que no puede enfrentarse. Yo lo miro parpadeando atónita. Supongo que en parte esperaba que se encarara con Jabel. Al fin y al cabo, ella es su madre. Corbin no puede tenerle miedo, ¿o sí?

Me giro de nuevo y veo que la ondulada corriente arrastra el cuerpo de Miram como si no pesara nada. No puedo moverme, solo puedo mirar, conmocionada, cómo el cadáver pasa flotando ante nosotros. Tiene los ojos vacíos, mirando ciegos al cielo.

Me agacho deprisa a un lado, presa de fuertes arcadas, y vomito en un arbusto cercano. Tiemblo entre sacudidas, y mis dedos entumecidos aferran las espinosas hojas de un verde plateado. Will da un paso adelante y se asoma al río para averiguar por sí mismo qué es lo que me ha revuelto las tripas.

Me incorporo y me reúno de nuevo con los demás. Mis inestables piernas se estremecen mientras vemos cómo la asesina de Miram se arrodilla en la orilla con toda naturalidad para lavar el puñal en el agua. Tranquilo y sereno, el rostro de Jabel no refleja nada, ninguna emoción, ningún remordimiento por el crimen que acaba de cometer. Y entonces lo sé, siento la verdad en los huesos... Estoy contemplando a la misma persona que traicionó a mi padre. No fue Severin, sino su hermana.

—¿Qué hacemos? —susurra Tamra.

No recuerdo que ningún draki haya matado jamás a otro a sangre fría. Esto es incluso peor que tender una trampa a mi padre para que lo capturaran. Esto carece de toda decencia humana. Miram era sobrina de Jabel. Quizá algo así sucedió hace mucho tiempo, en los días de la Gran Guerra, cuando éramos tribus primitivas y combativas... Quizá entonces nos aniquilábamos por capricho. Pero ahora no. Ya no. Somos más civilizados. Eso es lo que siempre nos han enseñado. Son los humanos los asesinos, los que cometen crímenes contra su propia especie. Nosotros no.

—Jabel no puede quedar impune —anuncio muy seria, y luego me giro hacia Will—. ¿Podrás encontrar el camino de vuelta al coche?

—¿Qué? —replica él, parpadeando para fijar su mirada en mí.

No sé por qué, tal vez por alguna expresión de su cara, pero siento la necesidad de apartar la vista enseguida, así que me centro en mi hermana y Deghan.

—La manada tiene que saber esto ahora mismo —declaro—. Jabel no puede irse de rositas. Es un peligro.

Noto la mirada de Will y me giro de nuevo hacia él. Me observa un momento antes de quedarse mirando los frondosos árboles como si los viera por primera vez.

—Nunca terminarás con nada de esto —murmura.

Yo me humedezco los labios, repentinamente reseco, para explicarle que todo acaba de cambiar y que soy necesaria aquí otra vez. Para explicarle que voy a ir derecha al pueblo para exigir un juicio, y que no puedo llevármelo conmigo. Él tiene que estar fuera de peligro mientras todo esto se arregla. No puedo estar continuamente preocupada por su seguridad.

—Will...

Él levanta una mano para interrumpirme.

—Puedo encontrar el camino yo solo.

Y tras decir eso, echa a andar y se aleja de mí.

Yo me abalanzo hacia él, pero se zafa sin reducir el ritmo siquiera.

—Me reuniré cont... —empiezo.

Entonces Will gira sobre sus talones. Sus ojos avellana lanzan

chispas.

—Tendría que esperar eternamente —me espeta—, porque tú no vendrás nunca.

Esas palabras me golpean como una bofetada y Will reanuda la marcha entre los árboles, abandonándome. Se me contrae el pecho cuando su espalda desaparece de mi vista. De mi vida.

—Jacinda, nosotros podemos encargarnos de esto —me asegura Tamra, detrás de mí—. Ve con Will. —Yo miro a mi hermana..., y por encima de su hombro veo cómo la pequeña figura de Jabel desaparece entre las ramas—. Vete, Jacinda —insiste.

La desesperación se agita en mi pecho. Es hora de terminar con esto de verme entre dos mundos, con esta sensación de estar siempre dividida en dos, arrastrada en dos direcciones.

Mi hermana tiene razón. Ella puede ocuparse de este asunto. Puedo separarme de la manada.

—Volveré... o me pondré en contacto —digo por fin, mirando ansiosa el lugar por el que ha desaparecido Will.

Como mínimo, Tamra y yo tenemos que comunicarnos por mamá. En realidad no sé si volveré alguna vez. Solo sé que voy a marcharme con Will.

Con la decisión tomada, salgo tras él. Abriéndome paso a través de la vegetación, corro entre los árboles, segura de que él no está muy lejos. Sobre todo con su reciente herida. De hecho, examino el suelo que hay más adelante, esperando que no se haya desvanecido por el golpe en la cabeza. Jamás debería haber permitido que se fuera sin mí.

De nuevo, es la quietud lo que me pone alerta. No oigo a Will delante de mí, por mucho que aguzo el oído. Me detengo y escucho con más atención, con los nervios a flor de piel.

—Will —le llamo con un susurro sonoro, repentinamente consciente de que no debo gritar su nombre.

También levanto la vista, pues no me olvido de Corbin, aunque lo más probable es que atraparme sea lo último en lo que esté pensando ahora. No hay nada en el cielo. Yo continúo avanzando, solo que más despacio esta vez, preguntándome dónde se habrá metido Will. Al paso que voy, ya debería haberlo alcanzado. Prosigo sacudiendo la cabeza; sé la dirección que ha tomado y estoy decidida a encontrarlo.

Un pájaro trina en el silencioso bosque y me detengo, con la piel tensa de repente. Conozco este bosque, las criaturas y los sonidos que lo forman. Y ese trino era cualquier cosa menos natural. No encaja en el mundo animado que me rodea. Will es un rastreador avezado, así que probablemente también haya reparado en el peligro.

Doy media vuelta con la intención de regresar junto a Tamra y Deghan, pues debo advertirles de que no estamos solos. Y tengo la esperanza de que Will haya cambiado de opinión y regrese también al darse cuenta de que en el bosque hay alguien más aparte de nosotros. Nuestras oportunidades de sobrevivir serán mayores si estamos juntos.

Echo a correr, trazando una senda entre densos troncos, con las manos extendidas para rozar la áspera corteza mientras avanzo. Es un recordatorio de que estoy viva.

Me agarro a un árbol para rodearlo... y choco directamente contra algo duro. Al perder el equilibrio, alargo ambas manos para sujetarme y me encuentro con un muro implacable. Doblo los dedos y palpo cálida carne masculina.

Levanto la vista y descubro un rostro familiar. «Xander», digo, moviendo los labios, pues me he quedado sin voz. El pulso se me para y luego se me acelera de golpe, tamborileando contra mi piel. Retrocedo un paso, pero Xander me agarra por las muñecas.

Miro a derecha e izquierda, buscando desesperada a Will, como si fuera a aparecer milagrosamente para salvarme de su primo. Aunque lo deseo, sé que eso no va a suceder.

Me trago el miedo. Debe de haber otros cazadores cerca. Aunque Xander ha salido a cazar solo en otras ocasiones, estoy segura de que hoy no es así. Puedo notarlos. Sé que están aquí..., al igual que sé por qué están aquí. Están siguiendo el rastro de Miram. Miram, que ahora está muerta, flotando río abajo.

Se me contrae el corazón al pensar en que la pueden encontrar. Solo será una chica, no el dragón que ellos esperaban. ¿Qué pensarán? Jabel ha matado a Miram porque suponía un peligro para la manada, pero, desde luego, no se le ha ocurrido considerar que los cazadores pueden hallar el cadáver de una humana y, en su interior, un chip localizador que habían implantado en un draki.

Me fijo en el aspecto de Xander. Va vestido de camuflaje de arriba abajo, con un rifle de dardos tranquilizantes colgado del hombro. No lleva en la mano el aparato rastreador, pero sé que lo tendrá otro..., alguno de los cazadores de su grupo.

—¿Jacinda? —inquire, con desconcierto e incredulidad en la voz—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Will? —La pregunta del millón. Me aprieta las muñecas con más fuerza, y yo hago una mueca—. ¿Dónde está mi primo?

—No..., no lo sé. Lo he perdido. —Eso, por lo menos, es verdad—. Está por aquí —añado, y eso espero.

Xander me observa con atención; sus ojos oscuros son perspicaces y recelosos.

—Ven conmigo —dice al cabo.

Con sus manos agarrándome las muñecas, no me quedan muchas opciones. No, si quiero parecer una desventurada chica humana que, sencillamente, se ha perdido en el bosque. Y eso es lo único que puedo ser. Lo único que puedo permitir que Xander vea.

Él gira un pequeño micrófono hacia sus labios.

—Eh, aquí tenemos un contratiempo. Voy para allá.

No se habían separado demasiado unos de otros. En apenas unos segundos nos reunimos con una docena de cazadores, todos ataviados con un equipo similar. Reconozco a Angus y a unos pocos más. Ellos se quedan mirándome con el mismo pasmo.

—¿Qué está haciendo esta aquí? —pregunta Angus.

—¿Esa no es la chica de la que estaba colgado Will? —interviene otro, apuntándome con su rifle de dardos tranquilizantes.

Xander aparta el arma con un gruñido irritado.

—Vigila dónde apuntas, idiota. Por lo visto, sigue siendo su novia. —Me mira desdeñosamente—. Apuesto a que ella es la

razón por la que Will se escapó —apunta, y sacude la cabeza como si esa idea le pareciera de lo más ridícula.

Para ellos, yo no soy nada. Nada más que una chica boba, demasiado entrometida para su propio bien. Mientras sigan creyendo eso, estoy a salvo. Tengo que echarlos de esta montaña antes de que descubran la verdad.

—¿Qué hacemos con ella? —pregunta Angus, que luego se inclina hacia Xander, hablando en un tono que él debe de considerar discreto—. Estamos aquí para...

—Ya sé para qué estamos aquí. —Los ojos negros de Xander se clavan en mí—. Y me imagino que Jacinda también lo sabe.

Yo llevo aire a mis constreñidos pulmones. ¿Xander sabe que lo sé? No es posible que recuerde lo que soy. Que soy lo que él caza. Mis músculos se tensan, preparándose. Si se trata de eso, tendré que salir pitando para darles esquinazo. No puedo revelarme como draki delante de ellos. Tamra no está aquí para borrarles la memoria.

Xander ladea la cabeza, atravesándome con su mirada. Y me siento así: como un insecto clavado en un alfiler para exponerlo o realizar con él algún experimento.

—Will te ha hablado de nosotros, ¿verdad? —me sondea.

Yo pestañeo y retrocedo mínimamente. Al darme cuenta de que admitir eso no revela mi secreto, asiento.

—Hum..., ajá.

Xander suelta un gruñido, como si ya lo supiera, y mira a los demás.

—Justo lo que yo pensaba. ¡Will se lo ha contado! —exclama

—. Esta tía lo tiene atontado.

Angus se acerca a mí y veo que su rostro es más rubicundo de lo que recordaba. Su fornido cuerpo desprende sudor como si fuera vapor. Yo aparto la cara del intenso olor.

—¿Y qué estás haciendo ahora aquí? —me pregunta, sin noción de lo que significa el espacio personal.

Yo pienso a toda prisa y contesto:

—Quería verlo por mí misma. Le dije a Will que quería ver..., verlos.

Casi se me escapa. Casi digo «drakis», un término que no usan los cazadores. Para ellos, somos simplemente dragones.

Ahora todos parecen enfadados, furiosos y peligrosos. Creo que si pudieran ponerle las manos encima a Will... Mi mente se espanta ante esa idea. En realidad, Will está mucho más seguro con ellos que con mi manada.

«Y, sin embargo, tú lo has traído hasta aquí, a este expuesto lugar, prácticamente a los pies de la manada», me digo.

—Ya verás cuando se entere su padre —se regodea Angus—. Entonces no perdonará a Will.

—No le importará —replica Xander, curvando el labio superior sobre los dientes—. Tiene demasiadas ganas de que Will vuelva. Gracias a su particular talento, su padre también le pasará eso por alto.

Se refiere a la increíble habilidad de Will para seguir el rastro de mi especie, desde luego, pero no tienen ni idea de lo profunda que es esa habilidad. Me estremezco al pensar en sus poderes. Si sus parientes lo descubrieran, Will nunca se libraría de ellos.

—Bueno, no podemos tener a esta chica rondando por aquí y completar nuestra misión —dice uno de los cazadores mayores.

Debe de tener veintitantos años. Apenas me mira, demasiado concentrado en el aparato que lleva en las manos..., una caja rastreadora, justo igual que la que tenían los otros cazadores.

Tal y como yo pensaba, están aquí por Miram. El tipo agita la caja negra y traza con ella un ancho arco a su alrededor.

—Se mueve deprisa. Por ahí —anuncia, señalando hacia la derecha—. Tenemos que irnos ya.

Está apuntando hacia el río, hacia donde el cuerpo de Miram se aleja con la corriente, pero no lo bastante rápido. Con el rastreador, siempre tendrán información sobre ella. La encontrarán. «Y averiguarán la verdad», pienso.

—Sé cómo llegar al coche —les digo entonces, y me estremezco por dentro al oír lo ansiosa y chillona que suena mi voz—. Probablemente Will haya ido para allá —añado, encogiéndome de hombros de modo forzado, y me dispongo a marcharme—. Le diré que estáis buscándolo.

—Creo que no, pelirroja —repone Xander, agarrándome de una mano—. Puedes venir con nosotros. Ya aparecerá Will. — Me mira de arriba abajo con una especie de sonrisita de suficiencia—. Contigo, siempre es así. Y cuando aparezca, lo pondremos a trabajar en lo que mejor se le da: cazar dragones. —Mueve la cabeza hacia el rastreador que sostiene el cazador mayor y añade—: Y entonces se cumplirá tu deseo, muñeca.

Lo último que puedo decir es que están persiguiendo a un fantasma, así que no digo nada mientras él tira de mí.



21

El grupo me empuja hacia delante. Los pitidos del aparato rastreador nos conducen más cerca del río, de modo que no hay posibilidad de que el trasto no funcione. Yo aguzo la vista para captar las lucecitas rojas intermitentes, intentando descubrir

lo cerca que estamos de Miram. Los pitidos se vuelven más intensos al aproximarnos a la corriente de agua; van al mismo ritmo que mi pulso desbocado.

Nos detenemos en la orilla y entonces Angus anuncia innecesariamente:

—No veo nada.

Xander le arrebató el rastreador al cazador que lo sujetaba y le propina unos golpes, como si eso fuera a servir de algo.

—Esta cosa dice que estamos justo encima del bicho —gruñe.

«El bicho», nuevamente. En la garganta me arden cenizas y carbón. Eso es lo único que soy. Lo que siempre seremos para ellos. Son cazadores, ¿cómo iban a ver algo más?

«Will sí puede ver algo más —recuerdo—. Sí lo veía».

Miro a mi alrededor buscando desesperadamente, como si fuera a divisarlo de pronto. Espero que, como ha comentado Xander, Will nos encuentre. Me encuentre a mí.

Examino el entorno, aunque no diviso a Will. Sin embargo, algo capta mi atención. Río abajo, a la izquierda, hay un dique de troncos y hojas en mitad de la corriente. Cuesta distinguirlo en medio de los distintos tonos de marrón, pero el cadáver de Miram está atrapado ahí, enganchado en la maraña de ramas y madera putrefacta. Contengo la respiración, con la esperanza de que el agua consiga soltarla y arrastrarla río abajo antes de que la descubran.

—¡Ahí! ¿Qué es eso?

Se me cae el alma a los pies. Cierro un momento los ojos, abatida al oír esa exclamación. Los cazadores que me rodean

empiezan a debatir, a especular sobre lo que está atrapado en el dique. Se acercan al borde del agua. Uno de ellos avanza precavidamente sobre el inestable dique, con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio.

«Que se rompa el dique —pienso—. Que se rompa».

El cazador se agacha y empuja a Miram con su arma.

—¡Es una chica! —anuncia—. No se mueve. Está muerta.

Xander agita un brazo y ordena:

—Tráela aquí.

Mientras el cazador arrastra el cadáver, yo empiezo a retroceder despacio paso a paso. Esta podría ser mi mejor oportunidad de escapar. Y de buscar a Tamra para que borre la memoria de todos estos tipos.

El cazador deja en la orilla el cuerpo desmadejado de Miram. Tiene la cara cerúlea, y la conmoción aún se refleja en sus ojos ciegos. Los hombres se apiñan a su alrededor.

—¿Qué le habrá pasado a esta chica?

—Malditos dragones... Seguro que ellos le han hecho esto.

Ahora el rastreador suena más fuerte, los pitidos se aceleran ante la cercanía de Miram. Xander frunce el entrecejo, y una expresión concentrada se instala en sus duros rasgos. Sintiendo cada vez más pánico, yo observo cómo Xander pasea la vista entre el aparato y Miram. No tardará mucho en atar cabos.

Me alejo un paso más y luego otro, preparándome para salir disparada, cuando noto que hay alguien detrás de mí.

Miro por encima del hombro y me detengo un segundo antes de chocar contra un torso descomunal.

—¿Ibas a alguna parte? —me pregunta Angus mirándome de forma repugnante.

No me había dado cuenta de que no estaba con los demás.

—No, pero es que no quiero ver un cadáver —le digo—. Eso no está precisamente en mi lista de cosas pendientes.

Él suelta un resoplido y replica:

—Qué lástima. Estás aquí..., tal como querías, ¿no es cierto?

Cierto. Eso es lo que he insinuado: que deseaba conocer la vida secreta de Will.

Angus me coge de la mano y tira de mí hacia el grupo. Mis pies chocan contra la rocosa orilla mientras los cazadores siguen haciendo especulaciones.

—Pobrecilla —masculla uno—. Es muy joven.

Xander está plantado ante Miram, y parece indiferente mientras mueve el rastreador sobre ella, lo que provoca que los pitidos se vuelvan frenéticos.

—Este cacharro debe de estar roto —apunta uno.

—No, no lo está —asegura Xander, examinando a Miram de un modo que incrementa mi desazón—. Funciona. El chip localizador debe de estar dentro de esta chica.

—¿Y por qué va a estar dentro de ella? No puede ser...

Angus afloja la presión sobre mi mano mientras se adelanta para inspeccionar a Miram. Yo me libero y me quedo unos pasos atrás, aconsejándome a mí misma esperar. Si echo a correr, me verán.

—Solo hay una manera de averiguarlo —replica Xander, y saca un puñal del chaleco y se acuclilla junto a Miram.

El cazador más afectado por la contemplación del cuerpo, sin embargo, se opone y exclama:

—¡No podemos abrirla sin más! Es una chica humana...

—Ya no. Ahora es un cadáver —insiste Xander, inclinándose hacia ella. Sus labios forman una línea recta y severa.

Me sube la bilis a la garganta. No puedo quedarme aquí. No puedo presenciar cómo rajan a Miram.

—¡Mirad su sangre! —chilla de repente una voz—. ¡Es sangre de dragón!

Ahogando un grito, me giro para huir justo cuando aparece Will entre los árboles de la orilla.

—¡Will! —digo, y corro hacia él, que me acoge entre sus brazos y me estrecha tan fuerte que me deja sin respiración.

Luego se separa para mirarme, enmarcándome la cara con las manos.

—Siento haberme marchado... —empieza.

—No, soy yo quien lo siente —replico, sacudiendo la cabeza—. Tú tenías razón. —Hablamos en voz baja y febril, con los labios muy cerca. Su aguda vista se desvía una vez por encima de mi hombro, asimilándolo todo, a todos, de una sola ojeada antes de volver a mí. Yo trago saliva y añado, más con los labios que con la voz—: Han encontrado a Miram. Su sangre...

Will asiente con rigidez.

—Pronto lo descubrirán.

Coincido con él.

—Sí, en cuanto superen la fase de negación y luego la de incredulidad, lo sabrán.

Will baja la mano de mi cara para cogerme una mano, entrelazando fuertemente sus dedos con los míos.

Solo con su contacto, con su fuerte apretón, me siento mejor, envalentonada. Es la sacudida de energía que necesitaba.

—No te preocupes. Cuando eso suceda, nosotros no estaremos aquí —me asegura, pero no llega a darse la vuelta por completo antes de que lo llamen por su nombre.

—¡Will!

Me recorre un escalofrío.

Él me aprieta más la mano mientras se encara a su primo, a su... familia. Su expresión no revela nada; es una perfecta máscara implacable mientras saluda con la cabeza a los miembros del grupo.

Con unas pocas zancadas, Xander se planta ante Will y le dice:

—Tu padre estaba preocupado. Pensaba que te habías ido con tu abuela, pero ella le dijo que no te había visto, aunque tampoco es que nos fiáramos de esa vieja bruja... ¿Dónde has estado?

Will se encoge de hombros; al parecer, es la única respuesta que va a dar.

Xander lo observa sin pestañear.

El silencio se prolonga incómodamente. Yo los miro a los dos, contenta de que, por lo menos, dejen de prestar atención a Miram. Y a mí. Pero ese momento no dura demasiado.

El cazador mayor parece nervioso, molesto con la distracción.

—Venga —tercia, agitando una navaja sobre Miram—. ¿Vamos a hacerlo o qué?

De pronto Xander sonríe de oreja a oreja.

— Por qué no dejamos que lo haga Will, ya que est  aquí?

 Quiere que Will raje a Miram? Se me revuelve el estómago.

Le clavo los dedos en la mano, deseando que no lo haga..., que se le ocurra un modo de salir de esta.

—Nosotros ya nos marchábamos —replica él.

Xander nos mira, y sus ojos oscuros reparan en nuestras manos cogidas.

— A qué tanta prisa? —Se interpone entre nosotros, agarra a Will por el hombro y lo empuja hacia delante—. Vamos. La verdad es que nos vendría bien tu ayuda. Al fin y al cabo, esto es lo tuyo.

Por su ceja arqueada, s  que Xander ni quiere ni necesita la ayuda de su primo. Simplemente lo est  empujando porque Will no desea hacerlo, solo quiere incordiarlo. Xander se crece con estas cosas, igual que siempre.

Transcurren varios instantes. Todos los cazadores miran fijamente a Will, evaluándolo.  l me lanza una mirada significativa y avanza. Los ojos de halcón de Xander captan nuestro intercambio. Me observa con recelo, y yo noto la familiar tensión de mi pecho..., la sensación de que Xander ve en mí más de lo que debería. Y puede que ahora lo haga.  l ha sido el primero en imaginarse que el chip localizador estaba dentro de Miram, y quizá ya haya llegado a sus propias conclusiones sobre mí.

Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo arden, chisporrotean; mi draki est  desesperado por salir, por protegerme, por proteger a Will..., por sobrevivir. Porque estar

aquí en estos precisos instantes, con estos cazadores, es todo un peligro. Mucho más que en cualquier ocasión anterior.

El aire se espesa en algo que puedo tocar. Es denso y sofocante. Una ráfaga sopla sobre mí, levantándome el pelo de los hombros. Mi piel se tensa con un hormigueo de conocimiento. Examino el río, la superficie del agua. Los frondosos árboles susurran bajo un viento repentino. Alzo la vista. Nada estropea el horizonte. Todavía.

Tengo que sacar a Will de aquí. Ya.

Trago saliva contra al ardor acre de mi garganta y doy un paso hacia donde están los cazadores con Miram. Agarro la manga de Will y tiro de ella con fuerza.

Él no da señales de haberlo notado. Yo miro con ansia por encima del hombro, hacia la protección de los árboles, y al girarme de nuevo, veo cómo Xander le pone una navaja en la mano a Will.

—Los enkros implantan un chip localizador en la cabeza de cada dragón que capturan —explica Xander, cuyos ojos oscuros rezuman frialdad.

—¿Y cómo es que nosotros no lo sabíamos? —le pregunta Will.

—Supongo que no lo sabíamos porque no había hecho falta. Hasta ahora no se había escapado ningún dragón.

—Bueno, ahí lo tienes —dice Will encogiéndose de hombros mientras señala a Miram—. Eso es una chica, no un dragón. No puede tener un chip dentro.

El cazador mayor alza la caja negra y afirma:

—Este aparato dice que sí lo tiene.

—Debe de estar equivocado. Se habrá roto —contesta Will.

—Pero mira su sangre... —dice Angus, apuntando con un dedo la herida de la navaja—. ¿Qué opinas de eso?

—Bueno... —empieza Will, y se señala el pecho y luego a todo el grupo—. Eso puede ser por otra razón, ya sabéis...

Yo contemplo la escena con asombro, impresionada por su tranquila sensatez en esta situación. Will sonrío, intentando desarmar a los demás, pero no funciona.

—Bueno, yo no creo que esta chica sea un fenómeno de la naturaleza como tú —le espeta Xander seca y amargamente, mientras le quita la navaja de las manos. Luego la lanza al aire y la atrapa con facilidad por el mango—. Aquí pasa algo, y yo creo que tú sabes más de lo que dices. —Su mirada se desplaza hacia mí y añade—: Y voy a averiguarlo.

Con un firme movimiento de la cabeza, se acuclilla, preparado para rajar a Miram.

Yo tomo aire y desvío la vista, incapaz de mirar, pero también incapaz de abandonar a Will. No volveremos a separarnos. Jamás.

Entonces se intensifica el viento. Mi pelo vuela alrededor de mi cara, azotándome las mejillas. Me lo aparto a tiempo de ver un borroso relámpago negro ante mí; el viento que levanta me tira al suelo.

Me retiro el pelo enmarañado de la cara y presencio cómo Cassian aterriza sobre Xander estirando sus manos garrudas y los pies, y cómo lo arranca del suelo.

Todos nos quedamos paralizados y boquiabiertos.

Xander se retuerce como un gusano colgado del anzuelo. Cassian bate sus grandes alas, que parecen lustrosas velas negras.

Cree que Xander ha matado a su hermana. Lo sé de inmediato, noto toda la potencia de su ira como un puñal en mi cuerpo, y sé que no habrá posibilidad de controlar su furia. Sus emociones me engullen, tan fuertes que me derrumban.

Mientras los cazadores empiezan a reaccionar, gritando y buscando sus armas, Cassian se eleva con Xander. Describe varias volteretas en el aire antes de chocar contra un árbol. Crujen ramas y huesos mientras Xander cae violentamente a través de un laberinto de ramas. Tan deprisa como ha llegado, Cassian desaparece y de nuevo todo vuelve a quedarse en silencio.

Will y yo, mudos, formamos un cuadro vivo junto con los cazadores. Nadie respira mientras Xander yace inmóvil en el suelo, en un montón roto e inerte. Yo tomo aire de golpe, sorprendida por la presión de mi pecho. No siento nada por Xander; él es mi enemigo, sí, pero, sin embargo, noto un brote de lástima.

Mis manos se hunden en la tierra mientras inspecciono el cielo. Las hojas susurran como una canción infantil en los árboles, pero no hay ni rastro de Cassian por ningún sitio. Es como si se hubiera esfumado. Pero yo sé que está aquí, un espectro oscuro al acecho, vigilándonos, preparándose para realizar su siguiente movimiento: el ataque inevitable. Incluso aunque yo no supiera eso de él, lo sentiría. Noto su propósito letal por todo mi cuerpo, extendiéndose como veneno, imparable.

Durante un momento, me fijo en los ojos vidriosos de Miram. En esos segundos parece como si estuviera mirándome

directamente a mí... , a través de mí. Aunque en ellos ya no hay vida. Miram no me ve. Con la muerte de su hermana, sé que Cassian no dejará que ninguno de estos cazadores sobreviva. No mientras crea que ellos son los responsables. Moriría él mismo antes de permitir que uno solo de ellos escape. Se encargará de que paguen por la muerte de Miram. Xander solo ha sido el primero.

Entonces pestañeo y regreso a la realidad.

—Will... —digo, y mi voz suena estridente, discordante, en el silencio de asombro que nos rodea.

Varios cazadores se sobresaltan al oírme, me miran y apuntan hacia mí sus armas sin la menor consideración. O quizá deliberadamente. Sus ojos están desquiciados, y cada movimiento es como una sacudida de pánico. Yo trago saliva para controlar el carbón ardiente de mi boca, noto cómo el humo me llena la nariz, y espero que ellos no se den cuenta de eso.

Como si mi voz lo hubiera puesto en marcha, Angus empieza a lanzar maldiciones al aire, dibujando con su corpulenta figura un frenético círculo.

—¡Sal! ¡Sal, escoria! —exclama, y empieza a disparar su arma.

Ya no es uno de los rifles de dardos tranquilizantes. Todos los han cambiado por armas de fuego, fusiles, ballestas... Ya no están aquí para recuperar una presa. Están aquí para matar. Al igual que Cassian.

El fuego brota en mi tráquea, y ya no tengo modo de combatir el miedo.

—Will —repito, y mi voz es un gruñido gutural, revelando

que ya estoy medio perdida.

Él me agarra de la mano, apretando mis dedos con fuerza. Señala con la cabeza hacia los árboles, y yo le devuelvo el gesto, comprendiendo.

Juntos, echamos a correr hacia los árboles.

—¡Eh! —brama Angus a nuestras espaldas.

Oigo el ruido de rápidas pisadas; alguien, uno de ellos, viene tras nosotros. Una mirada por encima del hombro lo confirma. Se trata de otro cazador: el mayor, de rostro serio y ojos duros.

Un instante después de verlo, la oscuridad aparece ante mis ojos como un gran velo negro. Es Cassian. Está aquí de nuevo, llenando la cercana oscuridad.

Estallan ruidosos disparos en el aire, pero eso no impide que Cassian ice al cazador y desaparezca con él entre los árboles.

Se produce el caos por todas partes mientras los cazadores se gritan histéricas instrucciones entre sí.

—¡Está acabando con nosotros!

—¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Ni hablar! ¡Vayamos tras él!

Will y yo casi hemos alcanzado los árboles cuando, de repente, un viento estremecedor me levanta el pelo de los hombros y lo agita a mi alrededor. Al alzar la vista, veo a otro draki descendiendo.

—¡No! —aúllo con voz pastosa.

Es Corbin.

Él me agarra del brazo y me despega del suelo, y yo sacudo las piernas en el aire.

Will grita y salta, intentando alcanzarme, pero ya estoy demasiado alta.

Los cazadores dirigen su atención a Corbin y a mí. Vuelan balas y flechas.

Oigo los gritos de pánico de Will:

—¡Cuidado! ¡Vais a darle a ella!

Sin embargo, a los cazadores no les preocupa demasiado eso. Una flecha pasa tan cerca de mí que me roza el cabello con un silbido. No me da por milímetros, pero sí alcanza a Corbin. Se le clava en el pecho, penetrando profundamente en el músculo de su pectoral. Él cierra la mano sobre el astil de la saeta. Sangre morada brota profusamente entre sus dedos.

Corbin suelta un aullido y descendemos en barrena entre los árboles, mientras mis piernas vuelan como si estuvieran hechas de aire. Corbin aterriza de espaldas con dureza y yo caigo despatarrada un poco sobre él y sobre el suelo. Me incorporo apoyándome en las manos, con cuidado de no tocar la flecha, y contemplo al chico con el que he crecido.

A pesar de lo que somos ahora el uno para el otro, él ha formado parte de mi vida hasta donde me alcanza la memoria. Su rostro se crispa de dolor, su nariz protuberante se dilata apresuradamente... como si no pudiera inhalar aire con suficiente rapidez. No le deseo esto ni siquiera a él.

—Corbin —digo, pero su nombre me sale casi en un sollozo. Me tapo la boca para ahogar ese sonido.

Ahora Corbin está vivo, y si consiguiese llegar al pueblo, podría superar esto. Aprieto los labios con fuerza mientras tomo

una decisión. No puedo permitir que lo maten. Por muy desquiciante y egoísta que haya sido Corbin, creo que ahora solo pretendía salvarme. Y le han alcanzado por tomarse esa molestia.

Los cazadores avanzan entre los árboles apuntándonos con sus armas.

Will les grita que paren, agitando los brazos mientras se une a la refriega.

—¡Vais a darle a ella! —insiste, y se encara con uno de los cazadores antes de que levante el arma en nuestra dirección.

Angus, por su parte, se adelanta al grupo, sacando un puñal, y yo sé que pretende usarlo contra Corbin. Pretende acabar con él. Con un bramido, levanta el arma por encima de su cabeza.

Mi mirada se desvía hacia Corbin, indefenso en el suelo. Tiene los ojos desorbitados, anegados en dolor. En su rostro no hay ni rastro de su habitual dureza y desdén. Parece muy joven y asustado. Como el niño con el que yo iba a primaria, que respondía a las preguntas tartamudeando.

Mi cerebro trabaja febrilmente. Corbin es un blanco enorme. No puedo protegerlo. Solo puedo hacer... eso.

Emplear esa parte de mí misma..., lo que soy.

Entonces me pongo de pie con un ágil movimiento y me planto justo delante de Corbin, preparándome para lo que va a pasar. Para lo que estoy a punto de hacer.



22

urante un minuto, da la impresión de que todo se detiene.  
**D** Alguien ha pulsado el botón de pausa de todo el mundo excepto el mío.

Ladeando la cabeza, miro a mi alrededor, a las figuras

inmóviles, las expresiones congeladas, los cuerpos paralizados en medio de un movimiento. Lo miro y lo absorbo todo con una escalofriante sensación de calma.

Y luego todos empezamos a movernos de nuevo, pero como criaturas submarinas, luchando contra el fluido que nos envuelve, tratando desesperadamente de ganar impulso. Los chillidos, Will gritando mi nombre..., todo me llega como si estuviera muy lejos.

Mientras Angus reduce el espacio que nos separa, veo que su tieso pelo rojo sobresale intensamente. Es casi como una antorcha que corriese hacia mí. No se me escapa la ironía de la imagen. Suelto aire, extendiendo mis ardientes pulmones. Ya no hay nada que ocultar..., carece de sentido. He tomado la decisión de hacerlo de nuevo, de revelar lo que soy.

Toda la atención de Angus está fija en Corbin, la bestia enemiga.

Angus casi ha llegado hasta mí.

Yo simplemente me dejo ir. Las alas me brotan de la espalda, desgarrando mi camiseta y crujiendo en el aire.

Mis alas quedan libres y se despliegan. Como pájaros cautivos, los lienzos de membrana baten el aire, impacientes por probar el cielo. El calor estalla en mi pecho, surgiendo de entre mis labios en una gran bola de fuego de color rojo azulado. Angus retrocede a toda prisa ante la llamarada que yo tengo la precaución de lanzar delante de él, no a él, y que apenas lo chamusca.

Lenguas de fuego le suben por el brazo derecho y Angus las combate con feroces palmadas, aullando. Uno de sus compañeros salta sobre él para derribarlo y para que ruede por el suelo. Solo

hace falta un momento para que los otros cazadores carguen contra mí. Ahora me ven. Con el rostro crispado y enrojecido de furia, me apuntan con sus armas.

De entre los labios y por la nariz me sale un humo que asciende en volutas por el aire. Señalo con la cabeza a Angus, flanqueado por otros cazadores, indicándoles en silencio que me lo traigan. Estoy preparada.

Pero de repente Will está ahí..., donde no debería estar, plantado directamente delante de mí. Sin embargo, eso no los detiene, no impide que intenten llegar a mí.

—¡Will! —aúllo, aunque mi voz ha desaparecido bajo la lengua draki y suena como un grito profundo e inhumano.

Todo el mundo se encoge.

Y luego mi aullido queda olvidado. Yo quedo olvidada.

Con un rugido como el de un tren, un remolino de tierra nos engulle, cegándonos a todos. No puedo ver nada. Solo oigo un bramido ensordecedor mientras un enorme muro de tierra emerge delante de los cazadores.

Will. Él está haciendo esto.

El torbellino gira a mi alrededor; piedras y palos me golpean por todas partes, arañándome la piel. Dispuesta a que no se desperdicie el esfuerzo de Will, me agacho a buscar a Corbin. Lo agarro por las axilas y lo arrastro al abrigo de los árboles, tosiendo contra el polvo y no muy segura de durante cuánto tiempo podrá mantener Will esta situación.

Tiro de Corbin hasta que me arden los músculos por efecto de la tensión, hasta que me tiemblan los brazos, y luego sigo

adelante, deteniéndome solo cuando el sonido de la acción de Will se convierte en un gruñido distante.

—¡Cassian! —grito, con la esperanza de que pueda oírme.

Tras soltar a Corbin, me acuclillo a su lado para inspeccionar la herida de la flecha. Sus ojos, vidriosos por el dolor, se clavan en mí.

—No te la saques —le ordeno—. Espera hasta que estemos en el pueblo.

—Jacinda —dice él con voz ahogada—, yo lo..., lo lamento...

—No digas nada —replico, sacudiendo la cabeza y tapándole los labios con los dedos—. Te pondrás bien. No empieces a pedir perdón como si estuvieras muriéndote. Además, probablemente no lo hayas dicho en serio. Los dos sabemos que eres un memo. —Corbin empieza a reírse, pero acaba con un violento ataque de tos. Yo suelto un gruñido y luego añado—: Enseguida vuelvo.

—Aquí estaré —contesta él.

Hago una mueca. Por supuesto que sí...

A continuación regreso al río por Will, por Cassian.

La tierra lo inunda todo en un denso torbellino. Como en una tormenta de arena, apenas puedo ver nada. Mis ojos drakis intentan adaptarse, examinando el entorno, observando la masa terrosa que me rodea.

Solo necesito encontrar a Cassian, llegar hasta Will y sacarlo de aquí, y localizar a Tamra para que borre la memoria de los cazadores. Entonces todos estaremos bien. Seremos libres. Me aferro a esa esperanza, a esa creencia, mientras me interno en el

maremágnum trastabillando.

Vislumbro una figura alta y esbelta en medio del remolino marrón.

—¡Will! —grito, esperando que pueda oírme por encima del rugido del viento, incluso en mi irreconocible lengua draki. A estas alturas, Will ya debería conocer mi voz, use la lengua que use.

El viento varía, se reaviva, se torna más violento. ¿Es que Will no sabe que puede aflojar un poco? Lucho contra esa barrera para alcanzarlo y las partículas me pinchan la piel como alfileres. Poniéndome una mano delante de la cara, en un pobre intento de protegerme los ojos, levanto la vista, bizqueando contra el asalto arenoso.

Durante un momento me parece ver sombras ondulantes, oscuras formas girando a través de la tierra voladora —como siluetas sombrías que se moviesen en aguas pantanosas—, pero con lo opaco que es el aire, resulta imposible decir con certeza qué es real.

Avanzo hacia Will, apretando los dientes mientras batallo con el potente viento a cada paso que doy, con las alas plegadas para que no me frenen ni me impulsen hacia atrás. Ya estoy casi junto a él, mis ojos devoran su imagen..., y de pronto Will se derrumba, cae al suelo de espaldas, derribado por un draki que, evidentemente, ignora que Will estaba ayudando.

El tornado de tierra cesa al instante, en cuanto se corta la concentración de Will. Este se lleva las manos a la cara, y yo vislumbro sangre corriéndole entre los dedos donde le ha

alcanzado el draki.

Parpadeo y lo registro todo con una sola mirada. Reina el caos: media docena de drakis chillan por el cielo, lanzándose sobre los cazadores. Son todos ónix, los soldados de nuestra manada..., y están haciendo aquello para lo que se han entrenado durante toda su vida. Cassian se halla entre ellos, persiguiendo a un cazador hasta el río; sus grandes alas correosas están extendidas al máximo y planea con fluidez.

Lanzando una desesperada mirada a Will, llamo a Cassian a gritos, pero él no mira atrás. Está lleno de fría resolución, impaciente por vengarse. Lo percibo. Sus emociones me envuelven con avidez. Si Will y yo queremos salir de esta, tendremos que hacerlo por nuestra cuenta.

Varios drakis vuelan en círculos en lo alto, como aves carroñeras en el cielo despejado, llamándose unos a otros con gritos guturales. Will yace expuesto, es un blanco fácil. Corro hacia él, notando en la boca el desagradable sabor del miedo.

Reparo en Severin, que sobrevuela la escena desde las alturas. Sus alas son grandes, con algunas muescas y con las puntas desiguales e irregulares. Sus ojos se clavan en Will y suelta un grito agudo.

Yo me abalanzo sobre él, decidida a protegerlo.

Y es entonces cuando aparecen Tamra y Deghan hombro con hombro desde los árboles. Completamente manifestados, resultan poderosos y magníficos, una pareja intimidante.

—¡Tamra! —grito mientras ayudo a Will a ponerse en pie, haciendo una mueca al ver el tajo ensangrentado de su cara—.

¡Bórrales la memoria a todos, Tamra!

Es la única manera de acabar con esto... antes de que muera hasta el último cazador. Puede que en otro momento no me hubiera importado, pero ahora..., con los cuerpos inertes de Miram y Xander a solo unos metros de distancia..., solo quiero terminar con esto antes de que se derrame más sangre.

Estoy asqueada. Y estos hombres son parientes y amigos de Will... No quiero su muerte sobre la conciencia de Will, y sé que para él sería un cargo de conciencia. Y también para mí.

Tamra asiente con determinación y echa a andar. En medio de los tiros, los gritos y los drakis aulladores, ella abre los brazos y la niebla empieza a fluir.

Parada cerca de Will, contemplo maravillada el don de mi hermana. Ella posee un talento que puede salvar vidas. Como ocultadora, es la esperanza y la salvación.

Sin embargo, la niebla no tiene la oportunidad de crecer y elevarse. Una de las muchas balas que silban por el aire encuentra su objetivo.

Yo grito mientras Tamra se tambalea por el impacto, llevándose una mano a la cabeza, donde brota la sangre. Luego baja la mano y se queda mirándola sin comprender.

Mi sufrimiento es atroz... Lo más cerca que he estado de esto fue cuando perdí a mi padre.

Deghan sujeta a Tamra. La cabeza de mi hermana se balancea y luego se derrumba contra el hombro de Deghan. Él la deposita en el suelo, llamándola a gritos. La angustia de su expresión es un reflejo de lo que yo siento en mi interior.

Casi de inmediato, la niebla protectora comienza a evaporarse y volvemos a quedar expuestos, atrapados en una zona de guerra sin trincheras.

—¡Tamra! —chillo, y me dirijo a ella, rodeando todavía con un brazo la cintura de Will, reacia a dejarlo.

Es un trayecto lento, y creo que jamás llegaré a mi hermana cuando mi espalda estalla de dolor, impulsándome hacia delante.

Aterrizo de bruces, incapaz de moverme, demasiado desconcertada, demasiado herida. Mi visión se vuelve confusa, borrosa por las lágrimas. Intento hablar, gritar. El dolor se propaga por todo mi cuerpo. Aun así, el dolor físico no es nada comparado con la desdicha de mi corazón. Tamra. ¡Tamra!

El rostro de Will está ahí, llenando mi espacio visual. Su boca forma mi nombre. Me toca la cara, pero, extrañamente, todo es silencio a mi alrededor, como si alguien me hubiera tapado los oídos con algodón.

Noto cómo se separan mis labios, hablan, dicen algo. No estoy segura de qué..., pues no puedo oír ni mi propia voz. Y porque hay un millón de pensamientos rebotando en mi interior.

Creo que pronuncio el nombre de Will. Y el de Tamra. Y el de mi madre.

«Ayuda, ayuda, ayuda...».

Y luego, cuando la oscuridad me envuelve, todo se desvanece.



23

etazos de luz aparecen y desaparecen, fracturando la  
**R**oscuridad, brindando esperanza durante un segundo y  
ofreciendo luego una cruda nada. Resuenan voces como  
truenos distantes, tan cercanas que casi puedo entenderlas, que

casi distingo las palabras.

Pero me resulta imposible concentrarme cuando todo mi mundo es dolor.

—No va a conseguirlo...

—No digas eso. Nunca digas eso.

Con una mueca, me giro hacia el sonido de esa voz, reconociéndola de forma instintiva a pesar de que no puedo llegar al nombre. No puedo formarlo en mi cabeza. Porque no puedo pensar..., solo sentir.

Después, como la bruma matinal al evaporarse, las voces se apagan. Todo se desvanece, incluso yo.

Vuelvo en mí a causa del dolor. Cada vez que abro los ojos, lo hago a esta angustia que me ciega para todo lo demás. Es lo único que me convence de que todavía sigo viva.

Surgen rostros. Me sujetan manos. Pero no registro nada porque nada penetra en mí como el ardiente tormento de mi cuerpo. La agonía se propaga por todo mi ser. El calor..., incluso el calor resulta demasiado fuerte para mí.

Lo único que puedo hacer es sucumbir al manto de oscuridad gracias al cual no siento nada, no veo nada. Gracias al cual ni siquiera las pesadillas pueden encontrarme. Ni la manada. Ni los cazadores. Nada.

Gracias al cual puedo dejar de existir.

Los susurros se tornan más sonoros a mis oídos... y finalmente acaban por convertirse en auténticas voces. Son palabras, y no

fragmentos de sueños. Consiguen que vuelva a la vida. Se transforman en algo más que sonidos espectrales que se superponen en mi cabeza.

Reconozco las voces. Nidia. Tamra.

¡Tamra! Está viva. Como un bálsamo para mis heridas, esa noticia me fortalece.

Y luego hay otra voz que reconozco de sobra, una voz que conozco en lo más hondo de todos mis poros, de mi alma... La voz de Will.

—Will —digo con voz ronca, intentando levantar la cabeza; muchas preguntas zumban en mi interior.

Capto la sonrisa de su voz, la alegría.

—Bienvenida de nuevo, Jacinda.

Yo parpadeo despacio y abro los ojos a un mundo de sombras. En él hay rostros borrosos, pero antes de que pueda fijar la vista en ellos, tengo que volver a cerrar los ojos porque me asalta un repentino mareo.

Abro la boca y la cierro de nuevo; está áspera y seca. Me acercan un vaso a los labios y bebo con avidez, sin importarme la acidez del chorrillo de raíz de verda que le han echado al agua. Cuando retiran el vaso, giro la cabeza. Algo fresco me roza la mejilla, y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy tumbada boca abajo, con la mejilla izquierda apoyada sobre la fresca sábana de una cama.

Abro otra vez los ojos y descubro que el mundo ya no da vueltas.

—Cazadores... Tamra... —digo, y el miedo sigue ahí, como

una herida reciente.

Para mí, solo hace unos momentos que estaba luchando por mi vida, por la vida de mi hermana y mis amigos..., por la de Will...

Oigo de nuevo la voz de Tamra. Esta vez es más que un susurro.

—Estoy bien, Jacinda. La bala solo me rozó. Sangré mucho, pero nada más. Nidia me curó.

—Los cazadores se han ido —me tranquiliza la voz de Nidia—. Los trasladamos a kilómetros de distancia. No recordarán nada de lo sucedido. Yo me encargué de eso.

Me invade el alivio. Lucho por aclararme del todo la vista, y cuando lo logro, veo a la persona a la que he estado añorando. Will.

Apenas consigo suspirar su nombre antes de que la bebida de Nidia me haga efecto y me arrastre de nuevo a la inconsciencia.

—Jacinda, tienes visita.

La voz me saca de mi sueño ligero. Abro los ojos y giro la cabeza lentamente.

Había vuelto a caer dormida al poco de mi reencuentro con Will y Tamra. Tras tomarme un brebaje de Nidia. Después de que me aseguraran que Will, Tamra, Cassian y Deghan estaban sanos y salvos, fue un alivio dejarme vencer por el sueño sin ninguna preocupación al acecho. Excepto Miram, todos hemos sobrevivido. Y parece que, de momento, nadie de la manada

pretende aniquilar a Will. Premio doble. Por fin podía dormir libre de temores... No estoy segura de cuándo fue la última vez que me sentí así.

Me había tumbado de espaldas. La presión no era demasiado dolorosa, y me apetecía cambiar de postura.

Miro a Will, sentado en una silla a mi derecha, y luego a Nidia, plantada ante mí. Le digo que sí con la cabeza mientras me muevo cautelosamente para sentarme, teniendo cuidado con mi espalda, todavía malherida. Nidia se apresura a arreglarme las almohadas.

—¿Estás preparada para esto? —me pregunta Will, dejando en la cama el libro que estaba leyendo.

Yo asiento, aunque no estoy muy segura de qué es «esto».

Suenan pasos por la casa de Nidia, fuera de este dormitorio. Me paso los dedos por el enmarañado pelo, deseando tener un espejo, pero luego me digo que es mejor no saber qué aspecto tengo.

Mientras los veteranos franquean el umbral uno tras otro, yo contengo el aliento esperando ver a Severin, aunque él no aparece. Y entonces pienso que, al fin y al cabo, no es sorprendente. Acaba de enterarse de que su hija ha muerto... a manos de su hermana. Incluso aunque quisiera continuar en su puesto de alfa, no estoy segura de que pudiese. Incluso aunque Severin fuera emocionalmente capaz de seguir, sin duda los crímenes de su hermana lo eclipsarían.

El último en entrar es Cassian, y mis sospechas quedan confirmadas. Si Cassian está aquí, debe de haber ocupado el lugar

de Severin.

Se me corta la respiración. Desde luego, Cassian ha demostrado su valía. Será un líder mucho mejor que su padre. Eso explica por qué Will está intacto. Examinó la alta figura de Cassian. Parece curado, no hay ni rastro de heridas. La última vez que lo vi, estaba ocupado matando cazadores tan deprisa como podía para vengar a Miram. Siento una punzada en el pecho al pensar en su asesinato. Retuerzo el borde de la sábana, deseando decir algo..., estirar una mano y tocarlo, mitigar el dolor que me alcanza a través de nuestro vínculo y que amenaza con consumirme. Su expresión no revela nada, pero no puede ocultar su pesar. A mí no.

—Jacinda, hemos venido a pedirte tu relato de los hechos — empieza un veterano.

Mis ojos van de Will a Cassian e inquiero:

—¿No lo habéis oído ya todo?

—Hemos recibido informes sobre la muerte de Miram de parte de tu hermana, del draki que se llama a sí mismo Deghan y de Corbin. Pero necesitamos oír tu versión —contesta el veterano que ha hablado, inclinando la cabeza.

¿Corbin? ¿Habrás contado la verdad? Observo los rostros de los veteranos, intentando calibrar sus pensamientos.

—Vi cómo Jabel asesinaba a Miram y luego la arrojaba al río —declaro. Me humedezco los labios y miro a Cassian, odiando tener que decir cosas que sé que le duelen, pero ocultarlas no cambiará la verdad. Tras tomar aire, añado—: Lo hizo sin pestañear.

Un músculo se tensa en la mejilla de Cassian. Es el único signo externo de que mis palabras le han afectado. No da muestras de la rabia y el dolor que colman su interior, aunque yo los noto. Suelto aire entre dientes con un siseo y cierro las manos sobre las sábanas mientras combato la arremetida de emociones.

—No creo que Jacinda esté preparada para esto —interviene Nidia, recriminando a los veteranos con la mirada, especialmente a Cassian. Ella sabe qué es lo que me perturba en realidad: que las emociones de Cassian me están traumatizando.

—Jacinda ha dicho lo mismo que todos nosotros —apunta Will.

—Incluso Corbin —subraya Nidia, lo cual me sorprende.

¿Corbin ha contado la verdad? Si a Jabel la ha acusado su propio hijo, los veteranos no tienen razones para dudar de nuestra versión de los hechos. No si Corbin la corrobora.

—Tenemos lo que queríamos —anuncia entonces Cassian—. Dejemos a Jacinda. Necesita descansar.

Todos salen de la habitación excepto Cassian, que vacila, descansando el peso en una y otra pierna.

—Me alegro de que estés bien —me dice al cabo. Reparo en que tiene los puños cerrados en los costados—. Debería haber estado contigo. —Su mirada se desvía a Will, y sé que está pensando que él sí estaba allí. Le hace un gesto con la cabeza, agradeciéndoselo.

—No me debes una disculpa —replico.

—Sí, bueno, me alegro de que Will y Tamra estuvieran contigo.

—Ese era el plan cuando decidimos que tú vinieras al pueblo: que nosotros nos quedaríamos escondidos a esperar. Yo conocía cuáles eran los riesgos de regresar aquí. Ninguno de nosotros... — Me paro bruscamente justo antes de decir que ninguno ha resultado herido, pues hemos perdido a Miram. Me escuecen los ojos al recordarlo. No debería haber pasado, pero así ha sido—. Lamento mucho lo de Miram, Cassian.

Sus pupilas verticales vibran con la magnitud de su pena.

—No debería haberla dejado...

—No —lo interrumpo—. Yo debería haberla protegido mejor. La dejaste conmigo...

Cassian sacude la cabeza.

—Miram era responsabilidad mía. Le fallé.

—La mató vuestra propia tía —tercia Nidia, cuya voz resulta calmante y firme al mismo tiempo—. Y todos estamos seguros de que fue ella quien traicionó a Magnus. No hay mucho que puedas hacer cuando tienes una serpiente en la cama y no lo sabes.

Cassian asiente, pero yo sé que no está convencido. Siempre se sentirá culpable por la muerte de su hermana.

Se dirige hacia la puerta y anuncia:

—Volveré en otro momento.

Una parte de mí quiere decirle que se quede, pero, en ese caso, tendré que soportar todas sus emociones, que ahora mismo son terribles. Sea egoísta o no, preferiría que se marchara, la verdad.

Sonríó con timidez cuando él me mira, recostada en la cama. Y en su mirada sé que él percibe mis esperanzas. Por mí, por sí

mismo, se mantendrá lejos.

Will parece nervioso cuando damos el primer paso en la ondulada niebla, fuera de la casa de Nidia.

—Cambia ya esa cara de preocupación —le digo, pegándole un golpecito con la cadera. No demasiado fuerte, pues no quiero perder el equilibrio y caer.

—Teniendo en cuenta que acabas de despertarte hoy mismo y que apenas puedes caminar, soy yo quien va a meterse en líos si nos pillan.

—Entonces date prisa, antes de que Nidia note que hemos desaparecido.

Rodeándome la cintura con un brazo, Will soporta la mayor parte de mi peso y me guía a través del pueblo, siguiendo mis indicaciones por el centro hacia el norte y luego hacia el oeste, dejando casas atrás en dirección al cementerio.

Inhalo profundamente el aire fresco y margoso de la noche, dejando que alimente mi espíritu, y percibo el cementerio antes de tenerlo a la vista. Las canciones de los muertos llegan hasta mí a través de las piedras preciosas que albergan su huella. Atravesamos una cortina de pinos hasta el claro... donde descansan en paz todos los drakis. Gemas de todas las clases cubren el suelo, algunas en la superficie y otras enterradas, alojadas profundamente en la tierra y las cenizas de los drakis que ya nos han abandonado. Resplandecen coloreando la noche, bañando el aire de un arco iris de tenues tonalidades.

Will pega un respingo a mi lado.

—Es precioso, ¿verdad? —murmuro.

—Yo..., yo... —tartamudea.

—Tú lo notas.

Él parpadea varias veces, abrumado. Es una sensación que comprendo. Están aquí, todos ellos. Miram también. La memoria de todos los drakis, los haya conocido o no, permanece aquí. Su energía chisporrotea en el aire y me alcanza.

—Mi padre tiene que estar aquí también —digo—. Tamra y yo tendremos que escoger una gema... y dejarla por él.

Me cuesta pronunciar esas palabras. Sin pruebas de su muerte, sin sus cenizas, jamás habríamos considerado hacer algo así. Pero ha llegado el momento.

Will asiente, de acuerdo conmigo, con expresión solemne.

—Deberíais hacerlo.

Las gemas nos hacen guiños desde sus lechos terrosos. Una en particular atrae mi mirada. Es un topacio: la piedra preciosa de Miram. Susurro su nombre. Hay varios topacios en el cementerio de cenizas y gemas..., pero ese en concreto me habla, me llama como si se tratase de la propia Miram. Y yo no puedo evitar pensar que puede que sea así.

Parpadeo; me arden los ojos. De pronto me ceden las piernas, y Will me atrapa, me coge en brazos.

—Lo siento —sollozo contra su hombro, pues aborrezco ser tan débil. Después de todo lo sucedido, ¿no debería ser más fuerte, inmune a una pérdida como esta?

—No te disculpes. —Will se acomoda en el suelo conmigo en

brazos, como si fuera una niña, y me dice palabras arrulladoras al oído. Su mano es fuerte y firme en mi espalda. Luego sube hasta mi cabeza y me acaricia el pelo—. Miram se merece que la recuerden... y que la echen de menos.

Yo lloro entre hipidos.

—Fuimos a salvarla... y acabó muerta igualmente. —Esa certeza vuelve el dolor mucho más amargo—. Uno de los míos la mató... No fueron los enkros ni los cazadores. Fue una draki, su propia tía. Que también mató a mi padre.

Golpeo el suelo con un puño, que choca contra una gema, y me hago un corte en la mano. En mi piel brota una sangre resplandeciente, casi negra en la noche, tan oscura que el tono morado resulta imperceptible. Will suelta un taco y usa su camiseta para enjugarme la sangre.

—Eh, cuidado. Ya tienes bastantes heridas —me riñe, recostando mi cabeza sobre su hombro, y yo me desahogo llorando, no por el dolor de mi mano, sino por la pena de mi corazón.

—Te he empapado la camiseta —señalo, tirando de la tela mojada que le cubre los hombros.

—Y me la has manchado de sangre —me acusa en broma.

Yo sorbo por la nariz y sonrío, pasándole una mano por el hombro. Permanecemos en silencio unos instantes, sentados juntos bajo el resplandor de las gemas.

—¿Qué le han hecho? —pregunto, y luego aclaro por si Will me malinterpreta—: A Jabel.

Él suspira.

—Iba a haber un juicio...

—¿Iba?

—Según Nidia, Jabel sabía cuál sería la sentencia.

Mi corazón se acelera.

—La condenarían a muerte —declaro. Por lo que hizo, la justicia de la manada sería rápida y no tendría clemencia—. Justo lo que se merecía por deshacerse de su propia sobrina como si no fuera más que basura. —Sacudo la cabeza, consciente de que mis palabras resultan muy duras, pero en este asunto no me importa—. Jamás olvidaré la imagen de Miram lanzada al agua.

Will me estrecha con más fuerza.

—Jabel escapó antes de que pudieran...

—¡Entonces se ha librado! —espeto con dureza mientras pienso en ella. Está ahí fuera, impune por lo de Miram. Y por lo de mi padre.

—Dudo mucho que Jabel sea feliz, Jacinda, completamente sola entre humanos. Ella no es como tú. Mató para proteger esta clase de vida. —Señala nuestro entorno y luego añade—: Y ahora la ha perdido.

Pero no me basta.

—Perdona si no me siento satisfecha —replico—. Sigo pensando que la ejecución habría sido mejor.

—Pues vas a tener que dejarlo estar. —Me retira el pelo de la mejilla y después me pregunta—: ¿No crees que ya se ha derramado bastante sangre?

Ese sentimiento es idéntico al que yo tenía no hace mucho, y guardo silencio, pensativa, incapaz de rebatir ese argumento.

Will me coge una mano y entrelaza nuestros dedos de modo que le noto el pulso. Sus ojos avellana buscan los míos, intentando ver en mi interior. Casi como si le inquietara que yo hubiese salido dañada de todo esto..., o que haya vuelto a ser la chica que era. Una chica con la misión de salvar a todo el mundo..., sin tiempo suficiente para él porque está ocupada buscando una justicia que no siempre puede conseguir.

Cubro nuestras manos unidas con la que tengo libre y me inclino hacia delante, ávida de él, de tocarlo, de tenerlo tan cerca como pueda. Y de dejar atrás a la antigua Jacinda.



24

Hace un insólito día soleado, y paseo por el pueblo con el brazo de Tamra alrededor de mi cintura. Sobre nuestras cabezas flota una leve bruma que ha conseguido sobrevivir a los ávidos rayos, pero es lo bastante fina para que la luz del sol se filtre y me

caliente el pelo.

Es mi primera salida autorizada desde que me desperté, desde que Cassian y los veteranos me visitaron, hace tres días. Antes de eso, estuve inconsciente cuatro días. Sin que yo fuera consciente, mi mundo ha renacido esta semana.

—Todo parece diferente —digo cuando dos niñas pasan corriendo hacia el colegio. Me temo que van con retraso.

—Desde que Severin dimitió, sí, todo es diferente.

Remy nos saluda al pasar. Reparo en que ya no luce el brazalete que lo identifica como miembro de la patrulla.

—No lleva el brazalete... —murmuro.

—Los han eliminado —me explica Tamra.

A mis ojos, los brazaletes representaban una manada dividida. Quienes los llevaban eran los que imponían; el resto éramos los subyugados.

—No puedo decir que los eche de menos. —Asiento satisfecha, pues sé quién está detrás de ese cambio—. Cassian hará cosas buenas por la manada.

Tamra me lanza una extraña mirada, pero no dice nada.

Entonces aparece un grupo en la distancia: siete u ocho drakis que regresan con la pesca del día. Parpadeo al reconocer a dos de ellos.

—¿Will? ¿Deghan?

Ellos se separan del grupo al vernos. Sonriendo de oreja a oreja, nos muestran sus ristras de peces. Deghan se agacha para besar a Tamra, justo aquí, en mitad del pueblo, a plena luz del día. Procuro no quedarme mirándolos, pero es que no es una

imagen habitual. Y no se trata de un besito, precisamente... Es el beso que da un hombre al salir de la cárcel.

No puedo evitar sonreír, pues supongo que esa es una descripción adecuada para Deghan. Tamra y él siguen besándose cuando me giro hacia Will.

Y entonces me olvido de ellos.

Nunca puedo ver gran cosa cuando Will está cerca de mí. Contemplo sus ojos cambiantes..., que ahora mismo son de un castaño dorado. Le cae el pelo sobre la frente. Necesita un corte. O quizá no. Así hay más donde hundir mis dedos.

Will inclina la cabeza y me da un beso lento con sus suaves labios, tan frescos como el aire de la montaña.

—Hola —me saluda, con esa voz aterciopelada que me produce escalofríos.

—Hola —le respondo, y señalo los peces—. Buena captura.

—Sí. Estoy bastante impresionado conmigo mismo. Siempre había pensado que las pelirrojas eran muy atractivas...

—Ja, ja, ja... Me refería a la pesca.

—Ah, sí —replica, y levanta la ristra para admirarla antes de dirigirme la vista de nuevo—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Bien. Me alegra ver que estás ganándote el pan —bromeo.

—Y a mí me alegra saber que puedo hacerlo sin que..., ya sabes, me...

—Maten —concluyo por él.

Él asiente, y no se me escapa lo raro que es todo esto. Will con la manada, haciendo cosas normales y corrientes, como si fuera uno más.

—Venga, Will —lo llama Deghan—, vamos a limpiar esto.

Will asiente sin despegar sus ojos de mí y añade:

—Nos veremos esta noche, ¿vale?

—Genial, pero hueles a pescado. Lávate bien antes.

Su sonrisa se ensancha, y yo me siento liviana y optimista solo con verlo feliz. Feliz y aquí. Un panorama que siempre he esperado que pudiera darse, pero que nunca había creído posible.

Tamra y yo seguimos adelante, deleitándonos ambas en el instante que hemos pasado con los chicos a los que amamos. ¿Quién habría pensado jamás que esta llegaría a ser nuestra realidad? Incluso ahora parece un sueño..., algo que podrían arrebatar nos en cualquier momento.

Nos detenemos en el pequeño parque infantil que hay delante de la escuela de primaria. Hay una docena de niños jugando, bajando a toda velocidad por el tobogán o trepando por el muro de piedra. La profesora que los supervisa sonrío y nos saluda con la mano. Yo le devuelvo el saludo con torpeza. Me resulta raro que me acepten de nuevo.

Dos niñas corren hacia el último columpio libre. La primera en llegar se sube de un salto con una sonrisa triunfal. La otra le saca la lengua y se aleja pavoneándose como si tuviera algo mejor que hacer.

Yo sonrío.

—¿Te acuerdas de cuando éramos así? —le pregunto a mi hermana.

Entonces sale Az por la puerta del aula y recuerdo que ahora trabaja como ayudante de una profesora. Ayer se pasó a verme,

armando un buen alboroto porque los cazadores me hubieran atrapado de nuevo, y luego me puso al día de todos los cotilleos de la manada.

Al reparar en nosotras, corre al borde del patio; su larga melena es un estandarte negro con reflejos azules.

—Eh, me alegro de verte paseando. ¿Ya te has cansado de estar acostada? —Me abraza—. Supongo que será muy aburrido tener a un tío divino esperando a los pies de la cama, ¿no? —Pone los ojos en blanco y luego continúa, apuntando a Tamra con un dedo—: ¿Y qué me dices de ti? Será mejor que no te despegues de ese Deghan tuyo. ¿Has visto cómo lo miran las chicas? Aunque yo no, desde luego. —Me guiña un ojo y añade—: Yo soy demasiado respetuosa para babear por el chico de otra...

—¡Az! —la llama la profesora desde el otro lado del patio.

—Tengo que irme —replica con un suspiro—. Algunas tenemos obligaciones en vez de novios.

Tamra y yo nos reímos mientras ella sale disparada.

—¡Cómo la echaba de menos! —exclamo, sacudiendo la cabeza. Luego observo pensativa el perfil de mi hermana—. A ti también voy a echarte de menos.

Su expresión se torna nostálgica.

—Ya sabes que ahora puedes quedarte aquí. Y Will también. —Se muerde el labio y, casi como si me leyera el pensamiento, lo suelta para añadir—: Ahora será diferente.

—Lo sé.

—Y tampoco es que Will sea exactamente humano.

Asiento. Eso es cierto. Respiro hondo pensando en Will. Aún

no hay un veredicto claro sobre él. No es un draki, pero tampoco es humano. Es verdad que tiene poderes..., aunque ¿la sangre draki alargará también su vida? Solo el tiempo lo dirá.

—Sé que ahora nuestro pueblo es un lugar mejor —afirmo—. Con Cassian...

—Jacinda.

Algo en la voz de mi hermana me detiene. Me suelta la cintura y yo me pongo frente a ella con cautela.

—¿Y si Cassian no estuviese al mando? —me pregunta Tamra. Frunzo el entrecejo.

—¿Quién, si no...?

—Anoche Cassian y los demás veteranos fueron a verme. —Ladeo la cabeza, esperando su explicación—. Ya no quieren que haya un alfa al mando. Quieren crear un consejo formado por representantes...

Vacila un instante.

Mira hacia los niños que juegan, y yo no puedo evitar preguntarme cuál de entre ellos podría ser un piroexhalador, o un draki extinto, como creían que era Tamra. Me pregunto también si la nueva manada tratará esos casos a partir de ahora con ecuanimidad.

Una brisa me agita el pelo y unos cuantos mechones rebeldes me azotan la cara. Me los aparto y digo por fin:

—Me parece estupendo. Es democrático, ¿no?

—Quieren que yo forme parte del consejo. Y Deghan también —añade Tamra, y entonces yo retrocedo.

Observo a mi hermana inclinando la cabeza, maravillándome

de que se haya convertido en alguien a quien los demás admiran. Yo siempre he sabido que había grandeza en su interior, pero, hasta hace muy poco, la manada no se había dado cuenta.

—Se te nota en la voz que estás interesada —señalo.

—Les he dicho que sí.

—Ya veo...

Asimilo sus palabras asintiendo despacio, y me digo a mí misma que debería estar preparada para esto. Tamra ya me había contado que quería quedarse con la manada. En realidad no es una sorpresa impactante. Desde la aparición de Deghan, las cosas han cambiado. Tamra ya no se daría por satisfecha siguiéndome toda la vida. Sé que eso es bueno. Siempre seremos hermanas, siempre, y seguiremos queriéndonos, solo que llevando vidas separadas. Así es como debería ser. Sin embargo..., he de acostumbrarme a la idea de pensar en mi futuro sin ella a mi lado. Y duele un poco.

Las palabras se me atascan en la garganta, pero consigo sacarlas.

—Serás buena para la manada. Son afortunados por tenerte.

Si le cuento lo de mamá, ¿todavía querrá permanecer con la manada? Mientras me lo pregunto, sé que no es justo manipularla con esa información solo porque no quiero perderla. Pero ¿acaso puedo ocultárselo? No es algo que pueda guardarme para mí misma...

—Ya no somos niñas —murmura Tamra.

—No, no lo somos —coincido, y luego se hace el silencio—. Sé dónde encontrar a mamá —admito por fin—. ¿Te acuerdas de nuestro viaje a Oregón? ¿De aquella foto que nos tomamos delante

de una roca que parecía una palmera?

Tamra asiente mientras su expresión se ilumina.

—¡Sí! ¡La palmera!

—Mamá está allí. Ha vuelto allí.

Observo a mi hermana, esperando —injustamente, lo sé— que con eso cambie de opinión. Pero entonces dice:

—Bueno, ahora puede regresar aquí. Su destierro ya no está vigente...

—Dudo que a ella le importe eso. No esperarás que mamá quiera volver a vivir aquí, ¿verdad? Jamás lo ha deseado.

Tamra suspira.

—Tienes razón.

Y entonces me siento mal... por intentar utilizar a mi madre contra mi hermana.

—Estoy segura de que vendrá de visita —declaro—. Se alegrará de que tú seas feliz. Y yo también me alegro. —Tamra me mira aliviada. Yo sacudo la cabeza, pensando en otra cosa—. ¿Y qué pasa con Cassian? ¿Se conforma con ser un miembro más del consejo?

Tamra me observa como si yo ya debiera conocer la respuesta.

—Cassian se marcha.

—¿Qué?

—Abandona la manada.

De repente me cuesta respirar.

—Jacinda, ¿te encuentras bien? —me pregunta mi hermana, mirándome preocupada.

—La manada lo necesita. —Eso es lo que siempre me ha

dicho él: que la manada lo necesitaba. Que nos necesitaba a los dos. Casi llegó a convencerme de eso.

—Ya no parece opinar lo mismo. Su padre ha renunciado. Severin está destrozado, avergonzado, y Corbin también. — Tamra se humedece los labios y vuelve a mirar a los niños—. No creo que Cassian pueda quedarse aquí. No después de lo que ha sucedido.

Supongo que lo entiendo. No me lo imagino permaneciendo aquí, marchitándose, convirtiéndose en una sombra junto a su padre y su primo. No es que lo esté metiendo en el mismo saco que a Severin y Corbin, desde luego, pues ellos están luchando contra su vergüenza mientras que Cassian está luchando contra su aflicción por Miram. Cierro los ojos de dolor cuando el rostro de Miram surge ante mí. Conozco lo bastante a Cassian para saber que se culpa por lo ocurrido.

—Supongo que eso es cierto... —admito.

—¿Y qué me dices de ti, Jacinda? ¿Qué vas a hacer?

¿Qué voy a hacer? He reflexionado sobre eso durante meses, incluso antes de que Will tirara de mí en una dirección y Cassian en otra...

Cuando todo se reduce a mí, solo a mí, ¿qué es lo que quiero? ¿Dónde se supone que estoy? Por primera vez, tengo libertad para tomar una decisión. Una sonrisa lenta se apodera de mis labios.

Entrelazo mi brazo con el de Tamra y nos alejamos del parque infantil. Las risas de los niños se desvanecen a nuestra espalda.

—Lo creas o no, Tam, todavía no lo he decidido. En primer lugar, por supuesto, iré con Will en busca de mamá. Y después...

—Mi voz se apaga y noto que mi sonrisa se ensancha.

Tamra me da un empujoncito juguetón.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada. Es que da gusto tener opciones. Hasta ahora, nunca había tenido la libertad de decidir y de convertir mi decisión en una realidad. Pero, vaya adonde vaya, regresaré de visita. Al fin y al cabo, debo controlar un poco cómo mi famosa hermana lidera la manada hacia el futuro. —Tamra pone los ojos en blanco y entonces añade en tono ligero—: Vamos, que con tanto paseo me ha entrado un hambre canina.



25

Recorro de puntillas el pasillo de la casa de Nidia, teniendo especial cuidado al entrar en el salón, donde está Will durmiendo en el sofá. Lo contemplo un momento, apreciando su inquebrantable hermosura antes de escabullirme. Debo hacer

esto yo sola. Despertarlo es absurdo.

El poblado susurra con todos los sonidos de la noche, pero no hay nadie mientras voy hacia el norte, donde vive Cassian. En su casa, una luz atraviesa las sombras. Hay alguien despierto. Pienso en Severin. Tamra dice que está avergonzado, destrozado. Cuesta no sentir compasión por él. Ha perdido a su hija... y, en cierto modo, también a su hermana.

Cuadro los hombros y llamo a la puerta, esperando que no abra Severin. Sé que Jabel es la responsable de la muerte de mi padre, no Severin, pero, aun así, él ha influido mucho en las desdichas de mi vida. No quiero tener que volver a mirarlo a la cara si no es necesario.

Sin embargo, sé quién está al otro lado antes de que la puerta se abra. Lo noto tan vivamente como al aliento que me sale entre los labios.

—Jacinda... —Cassian repara en que voy vestida con camión y luego mira por encima de mi hombro—. ¿Has venido sola? —Yo asiento con la cabeza y él hace un gesto hacia el interior—. Pasa.

—¿Podemos sentarnos aquí fuera? —replico inmediatamente, señalando el balancín del porche.

Cassian cierra la puerta a sus espaldas y se sienta. Yo me acomodo a su lado. Durante un rato, nos limitamos a columpiarnos, y me pregunto si mi vida habría sido así si no hubiese abandonado jamás la manada. ¿Cassian y yo, meciéndonos juntos en un balancín todas las noches?

—Te marchas —anuncio.

Él inclina la cabeza.

—Sí. Y tú también —dice en un tono que no es de pregunta.

—Sí —respondo—. ¿Adónde irás?

—No lo sé —contesta, agitando una mano en el aire despreocupadamente—. Hay mucho que ver ahí fuera..., incluso otras manadas. Me gustaría contactar con ellas, compartir lo que hemos descubierto, advertirles sobre los enkros y sobre los dispositivos localizadores. Quizá yo también pueda aprender de ellas. —Pienso en Lia, en Roc y en los demás..., y me pregunto si habrán conseguido su objetivo. Noto un sabor amargo en la boca —. Estoy seguro de que hay lugares mejores para mí que este.

—¿Qué estás buscando?

—Quizá un sitio al que pueda contribuir con algo bueno.

—Eso puedes hacerlo aquí.

Él frunce el rostro. Una de las comisuras de su boca se curva en una semisonrisa.

—Pues entonces, quizá un sitio donde pueda olvidar —rectifica—. ¿Eso te parece más sincero?

Sus purpúreos ojos negros me atraviesan, y sé que está hablando de algo más que de su familia, más que de su hermana.

Abro la boca, pero él levanta una mano para detenerme.

—Lo entiendo, Jacinda. Antes no, lo admito, pero ahora sí..., desde nuestro enlace. —Suelta una carcajada ronca, un sonido desasosegante—. Comprendo qué sientes por Will, desde luego que lo comprendo.

Me arden las mejillas de vergüenza al asimilar el significado de sus palabras. Mientras yo he sentido todo lo que sentía Cassian, él también ha estado experimentando todas mis emociones. Incluso

mis sentimientos por Will.

—Vaya... —murmuro—. Esto es un poco embarazoso.

Cassian se ríe de nuevo, y esta vez el sonido es genuino.

Me aparto un mechón de pelo de la cara, pero vuelve a caer. Nuestras miradas se cruzan.

—Espero que ahí fuera encuentres lo que estás buscando —le digo. «Lo que te mereces», añado para mis adentros.

Cassian me sujeta el mechón rebelde detrás de la oreja y replica:

—Lo mismo digo, Jacinda. —Sin una palabra más, baja la mano y se dirige a la puerta. Allí se detiene para mirarme de nuevo —. Adiós, Jacinda.

Yo me lleno los pulmones con una temblorosa bocanada de aire; sé que es posible que no vuelva a verlo jamás.

—Adiós, Cassian.

Y después se va. La puerta se cierra suavemente a sus espaldas.

Yo me levanto, incapaz de permanecer ni un instante más en el porche de su casa, tan cerca de él que todavía puedo captar todas sus emociones. En este momento en concreto, ninguna de ellas es agradable. Hay pesadumbre, aflicción, un cansancio que llega a lo más hondo del alma.

Pero lo que no percibo en Cassian es arrepentimiento. Eso es lo que me llevo mientras bajo deprisa de su porche. Me aferro a eso, al hecho de que los dos estamos siguiendo los impulsos de nuestro corazón sin arrepentimiento. Y, ahora mismo, mi corazón me conduce hacia Will.

Recorro rápidamente el sendero de acceso y el camión se

agita entre mis tobillos cuando de pronto surge una figura entre la niebla.

Yo suelto un respingo y retrocedo hasta que veo que se trata de Will.

—Me has asustado —le digo.

Él se acerca despacio, con las manos hundidas en los bolsillos del vaquero.

—Lo siento —responde—. Me he despertado cuando te marchabas. Estaba preocupado por ti.

No me imagino qué habrá pensado al ver que me escabullía en plena noche para ir a visitar, de todas las personas posibles, a Cassian. Sin embargo, no distingo rabia en su rostro. Solo paciencia. Will me observa —parece que está esperando—, y su mirada no es tanto recelosa como cautelosa. Lo he llevado al infierno una y otra vez, pero él siempre ha estado conmigo.

—Estoy bien —le aseguro—. Solo he venido a despedirme de Cassian. —Miro por encima del hombro y añado—: Él ya no estará aquí por la mañana.

Lo sé sin que me lo haya dicho directamente. Lo noto. Cassian ha estado esperando mi visita, ha estado esperando para darme su último adiós.

Will mira también por encima de mi hombro, hacia la silenciosa casa de Cassian. Sopla una brisa que mece el balancín del porche.

—¿Se va? —me pregunta.

—Sí. —Cojo a Will de la mano. Sus largos dedos se entrelazan con los míos—. Cassian estará bien —afirmo, y

realmente lo creo. Él encontrará lo que necesita. En otro lugar.

Echo a andar, pero Will me obliga a detenerme y a mirarlo a la cara.

—¿Y tú estás bien, Jacinda? —inquire, frunciendo el entrecejo con inquietud.

Yo me inclino hacia delante para alisar las arrugas de su frente antes de deslizar ambas manos por sus mejillas y sujetarle la cara con ternura.

—Por fin ha terminado, Will. Somos libres. —Por fin—. Podemos ir a cualquier sitio. —Pego mi boca a la suya, besándolo con todo lo que soy..., hasta que un calor familiar brota en mi interior y me siento a punto de estallar. Me separo y digo con voz ronca contra sus labios—: Estoy mejor que bien.

Will me atrae para besarme. No necesito un vínculo ritual para sentir que él también está bien.

Sé que lo está. Los dos lo estamos.

El océano ruge suavemente en mis oídos mientras camino de la mano con Will. Las tiras de mis sandalias cuelgan de los dedos de mi otra mano. El dobladillo enrollado de mis vaqueros me roza la parte trasera de las rodillas.

—¿Estás segura de que es aquí? —me pregunta.

Me pongo un brazo delante de la cara y ahí se quedan las sandalias, balanceándose. El sol poniente tiñe el cielo de un espléndido naranja rosado, tan brillante que me duelen los ojos. Varias rocas salpican la costa. Durante un momento, me veo a mí

misma hace años, corriendo con mi hermana mientras mis padres nos siguen con paso más lento, cogidos de la mano y disfrutando de vernos saltar entre las olas. Tamra pierde una chancla y suelta un chillido mientras chapotea en el mar para recuperarla.

Sonríó ante ese recuerdo y dejo que me reconforte.

—Sí, estoy segura —respondo al cabo.

Will me aprieta la mano.

Seguimos adelante, hundiendo los pies en la densa arena, que me impide avanzar con soltura. Inspecciono la orilla llena de ilusión, esperando que ella esté ahí. Que no me haya equivocado. He esperado esto durante mucho tiempo. Si ella no está aquí, seguiremos buscando hasta que la encontremos.

Mientras tanto, Will y yo nos tenemos el uno al otro. Y tenemos todo el tiempo del mundo para disfrutar de momentos como este, de un paseo por una playa. Sin miedo al mañana, sin preguntas sobre quiénes somos o qué queremos.

Entonces reparo en una mujer; tiene el cabello parcialmente cubierto con un pañuelo morado. Los ondeantes extremos se alzan con el viento como llamas danzarinas mientras ella contempla el mar. Se abraza a sí misma y mira resueltamente hacia delante, buscando algo en esas aguas doradas y en ese sol poniente.

Me detengo bajo la sombra de una de las formaciones rocosas y sigo su mirada, contemplando con ella el sol que se hunde en el océano. Se me contrae el pecho. Es una vista preciosa.

—Ahí está —dice Will mientras me aprieta el brazo—.

Vamos.

Yo asiento, observando a esa mujer un instante más, casi temiendo llamarla, temiendo que pueda desaparecer como en mis sueños.

—¡Mamá!

Ella se gira hacia mí con una rapidez que me indica que ha estado esperándome. Ella sabía que yo vendría.

Entrelazo mis dedos con los de Will. Nuestras palmas se pegan la una a la otra y noto perfectamente el pulso de su corazón, que late al mismo ritmo que el mío.

—¡Vamos! —exclamo, y doy un paso adelante, saliendo de las sombras a la luz.



## Agradecimientos

Después de tres años profundamente sumergida en el mundo de **D** Firelight, cuesta decir adiós a Jacinda y sus amigos. Pero todas las cosas deben llegar a su fin, y yo me considero afortunada por haber podido compartir esta aventura con tantos lectores.

Gracias por viajar conmigo.

Quiero dar especialmente las gracias al equipo de HarperCollins por haber respaldado esta serie. Por supuesto, nada de esto podría haber pasado sin mis maravillosas editoras, Farrin Jacobs y Kari Sutherland. Farrin, gracias por echar un vistazo a una «historia de dragones» y por darle (¡a la historia y a mí!) una oportunidad. Tu apoyo ha significado mucho para mí. Kari, tu ojo para los detalles nunca dejará de admirarme. Gracias por no conformarte nunca con un «bastante bueno». El resultado final es tanto tuyo como mío.

Mando un gran abrazo a mi agente, Maura Kye-Casella, por estar a mi lado durante todos estos años. Juntas hemos llegado lejos. Nunca he dudado de nuestra asociación, y adjudico a mi estrella de la suerte el hecho de haber firmado contigo desde el principio. Marisa Russell, extraordinaria publicista, gracias por estar encima de todo y por trabajar siempre tan deprisa..., especialmente cuando te bombardeo con correos electrónicos. Sasha Illingworth, Cara Petrus y Sarah Kaufman: gracias por crear unas cubiertas tan maravillosas. Tera Lynn Childs, tú fuiste la primera en decirme que fuera a por ello: gracias.

Tengo la fortuna de estar rodeada de familiares y amigos cuyo apoyo me ayuda a mantenerme a flote: Tera Lynn Childs (¡de nuevo!), Sarah McLean, Jane Welborn, Lindsay Marsh, Mary Lindsey, Shana Galen, Vicky Dreiling, Kerrelyn Sparks, Kady Cross, Kim Lenox, Ginny Endecott y Laura Griffin. Y a mis padres, Gene y Marilyn, gracias por haber estado siempre orgullosos de mí, y por presumir de hija ante cualquiera dispuesto

a oíros. Robert Michels y Rosanne Kohler: sois culpables de lo mismo; gracias a los dos con todo mi cariño.

Y para mis hijos, que lo ponen todo en perspectiva: vosotros proporcionáis felicidad y significado a cada uno de los días de mi vida. Soy mejor escritora por eso. Y por último... Jared. Cada día que pasa te valoro y aprecio más que el día anterior. Tú haces que todo sea posible. Te quiero. Y me encanta la vida que tenemos.



SOPHIE JORDAN. Creció en una granja en la región montañosa de Texas, Estados Unidos, donde de pequeña tejía fantasías sobre dragones, guerreros y princesas. Sophie escribió su primera novela en la parte posterior de su clase de español cuando iba al instituto. Esta pasión le llevó a graduarse en Inglés e Historia.

Un breve paso por la escuela de derecho le enseñó que el derecho no es tan interesante como la literatura. Tras varios años ejerciendo de profesora de Lengua en un instituto lo dejó por el nacimiento de su primer hijo, y decidió que era hora de perseguir el tan deseado sueño de escribir.

Su primera novela publicada, *Amor hostil (Once upon a wedding night, 2006)*, fue nominada al premio *Mejor Novela Romántica Novel* de los *Romantic Times*.

Sophie Jordan es conocida por sus novelas escritas para jóvenes

adultos, en los que introduce numerosos elementos fantásticos. Jordan ha alcanzado en varias ocasiones la lista de los más vendidos de diarios como el *New York Times* o el *USA Today*.

Además, Jordan publica novelas de romance paranormal bajo el seudónimo de Sharie Kohler.